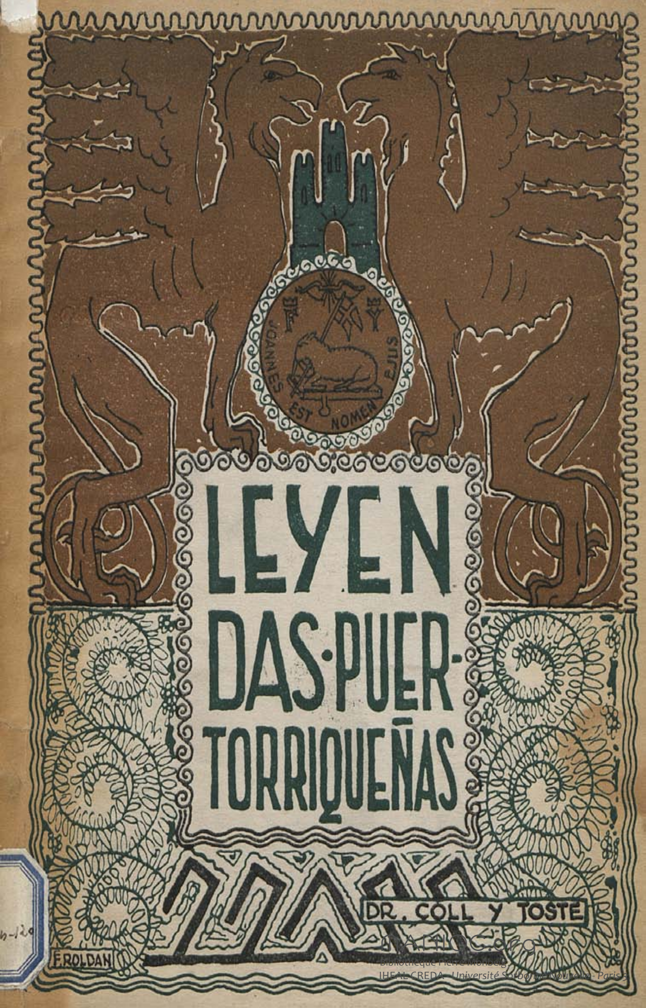

JOANNES EST NOMEN EJUS
LEYEN
DAS·PUER-
TORRIQUEÑAS
DR. COLL Y TOSTE
F. ROLDAN

Para Ventura García Calderón, ilustre representante en París de las letras ibero-americanas. Con el afecto sincero del autor.

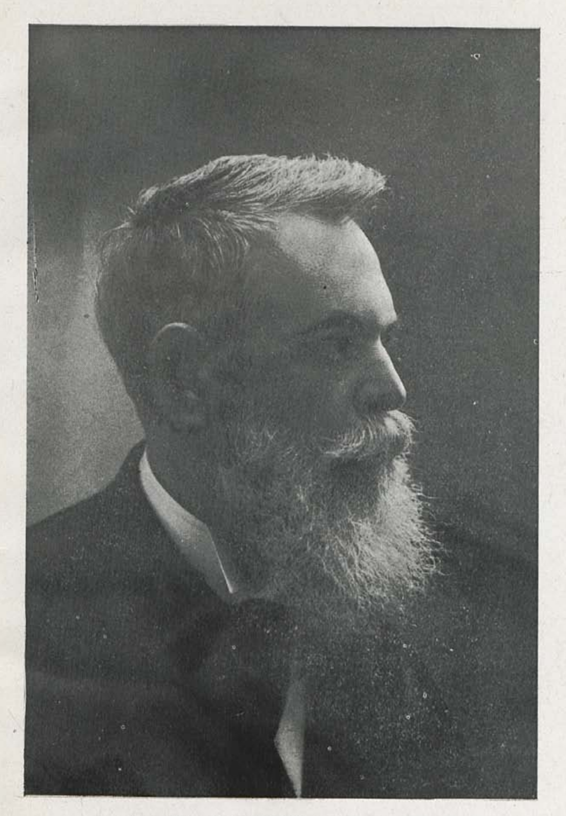
Cayetano Coll
y Toste

Villa Los Pinos, Febrero 20-1924.
Puerto Rico.

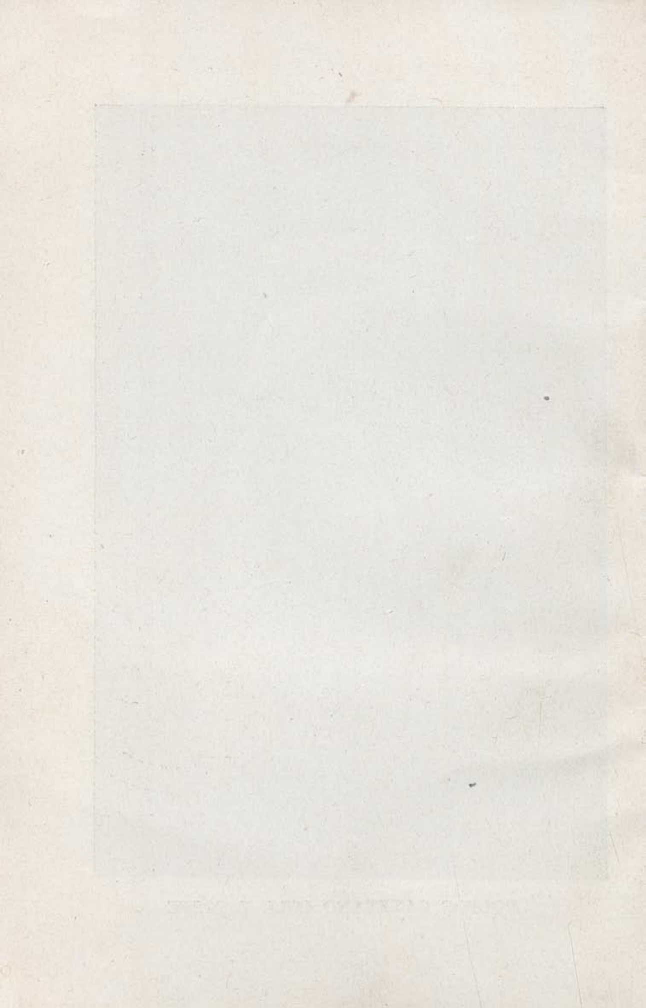
---

Sr. Ventura García Calderón, y le pide, en grata correspondencia de intercambio intelectual, q. le envíe un ej. de su obra José Martí: Madre América, q. acaba de prologar. Ruégale le envíe también el Catálogo de su Biblioteca Liliput. Cordialmente

Dr. Coll y Toste



DOCTOR CAYETANO COLL Y TOSTE



BIBLIOTECA PUERTO RICO ILUSTRADO

VOLUMEN IV

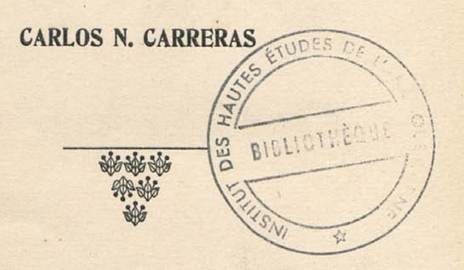
# LEYENDAS PUERTORRIQUEÑAS

POR

## CAYETANO COLL Y TOSTE

PROLOGO DE

CARLOS N. CARRERAS




EDITORIAL PUERTO RICO ILUSTRADO
SAN JUAN
1924

# LEYENDAS PUERTORRIQUEÑAS

# AL LECTOR....

*DE una amigable entrevista con el Dr. Coll y Toste, donde el ilustre historiógrafo ponía en su ocurrente gárrula, la sutil ironía de su ingenio, la frase animada y pintoresca de un tono carmín, más subido que el de los flamboyanes en flor que alfombran con sus pétalos la escalinata de su retiro-residencial en Villa* Los Pinos, *surgió la idea de brindar al lector estas leyendas que llevan el espíritu de nuestras tradiciones.*

*En este género literario, donde descolló triunfalmente el inolvidable peruano don Ricardo Palma, muéstrase a elevada altura el Sr. Coll y Toste, en las páginas que forman este interesante libro.*

*Alguien ha dicho, y no sin sobrada razón, que si la historia ha de ser considerada como literatura propiamente dicha, merecería ser antepuesta a la novela y figurar en primera línea como en los tiempos antiguos, para llenar cumplidamente su misión en los tiempos modernos; y el historiador necesita ser hombre de letras en el más alto sentido de la palabra, porque debe saber exponer los hechos con elegancia, con estilo fácil y agradable y necesita al mismo tiempo, ser competente en po-*

*lítica, en ciencias y en artes, para reflejar con exactitud las manifestaciones de la vida de los pueblos en sus diversos y complicadísimos aspectos."* (1)

*¿Qué es la leyenda, sinó un apunte fugitivo de la historia reanimado por la gracia y la imaginación penetrante del escritor? Tiene su fuente en la historia este género tan agradable de la literatura, y aunque muy antiguo se remoza en sus nuevas formas, como en la presente obra donde su autor, además de ilustrar con detalles verídicos, y de recrear al espíritu del lector en una deliciosa lectura, parece haber ido tras una trascendencia oculta, buscando la psicología de nuestro pueblo, toda vez que arranca desde el siglo XVI, época de la Conquista, pasando de siglo en siglo, en sus investigaciones, hasta nuestros días, a cuya labor pone fin y remate de manera airosa, trayendo a esas leyendas la poesía de la historia regional...*

***

*La leyenda es la aurora de la historia.* Los Vedas *constituyeron una serie de leyendas de los* Arios. *Para ellos hubo cuatro razas humanas fundamentales. Consideran la roja como la primitiva, ocupando la tierra y combatida por la* negra *y la* amarilla *que se unieron después; y finalmente por la* blanca, *salida de los bosques de Europa. Según los vedas, el dragón fué el emblema de los negros cuando invadieron todo el Sur de Europa; y para los* blancos *que los combatían arrojándolos de los territorios europeos y asiáticos, el diablo o espíritu maligno era negro.*

*El Dragón brillaba al sol en la bandera de combate de los africanos y sus sacerdotes lo esculpían en las puertas de sus templos.*

*Los hombres hiperbóreos, los rubios de cabellos de oro y ojos de zafir, trajeron el culto del Sol*

---

(1) Anibal Latino.-La Nueva Literatura.—Pág. 90.

*y de los Antepasados; y este culto dió lugar a las mujeres videntes y pitonisas. La mujer como ser más imaginativo y sensible que el hombre, presintió primero que su compañero, lo Oculto, y afirmó rotundamente lo Invisible... Así surgen la Voluspa del Edda, las dormidas célticas, las videntes germanas, las bacantes de Tracia y la pithia de Delfos.*

*En el fondo de todas estas cosas está la magia de la Belleza y el cincel del Arte.*

*¿Sabeis de cosa más delicada que las leyendas de el Carnero y los Hijos del Sol y de la Luna de Zend Avesta, y la leyenda del Murciélago de los Druídas?*

***

*El alma de los pueblos, amante de lo maravilloso y sobrehumano, acoge con encanto y deleite todo lo que es superior y sublime. ¿Quereis algo más extraordinario para impresionar la fantasía humana que el génesis de la historia griega? Apolo, el Dios del Sol, Dionysos, el resucitador de las almas...*

*Hay pueblos cuyo solo nombre es evocador de bellas leyendas milenarias. Decímos Egipto, y es como una palabra mágica que exalta la imaginación; la barca de Isis flotando en el río de las almas y llevándolas hacia el dios Osiris... La iniciación de Mermes en el templo de Tebas...*

*Roma: imaginaos lo sugestivo de una loba amamantando a Rómulo y a Remo, los fundadores de la ciudad emperatriz, dueña del mundo antiguo civilizado...* Las Noches Aticas *de Aulo Gelio,* La Matrona de Efeso *de Petronio, el árbitro de la elegancia,* Las Aventuras de Psiquis, *de Apuleyo, que ha inspirado a tantos pintores y poetas, como Moliere, La Fontaine y Rafael...*

***

*El paganismo con sus espíritus ideales, ocupando los bosques y las aguas, llenos de ninfas,*

*ondinas, gnomos, sátiros, gigantes, enanos, dragones, sierpes aladas y animales parlantes, ha sido un rico manantial para abrevar la fantasía de los poetas y dar vida a las leyendas.*

*El cristianismo, con sus ángeles y serafines, brujas y demonios, agentes de Lucifer; encantamientos y éxtasis y milagros de los Santos, también ha sido abundosa fuente para la creación de leyendas místicas... Las bíblicas páginas del Antiguo y Nuevo testamento cristiano, están cuajadas, como el cielo de estrellas, de maravillosas leyendas que encantan en la niñez y preparan el alma creyente a conservar la fe... El espíritu de Dios flotando sobre las aguas en la creación del mundo; Adán y Eva en el Paraíso; el Arca de Noé; La Torre de Babel; el fuego bajando del cielo sobre Sodoma y Gomorra por la corrupción de sus costumbres; La madre de Dios dando a luz en un portal entre el buey y la mula; los príncipes de Oriente guiados por una estrella a adorar al niño Jesús... Santiago, el apóstol montado en un caballo blanco, peleando contra los moros en España; dos ángeles del cielo bajando la cruz en Asturias; la batalla de Covadonga, donde se vuelven las flechas contra los árabes... y mil más....*

***

*Dijímos que la leyenda era un apunte fugitivo de la historia reanimado por la gracia y la imaginación penetrante del escritor... y si asentimos, también, que para ser historiador es menester ser hombre de letras, con elegancia de estilo fácil, ser competente en ciencias y en artes, para reflejar con exactitud las manifestaciones de la vida de un pueblo, queda hecha la presentación del autor de esta obra desde esas consideraciones, quien llena a carta cabal todas esas aptitudes en eminentes grados de sabiduría.*

*El Dr. Don Cayetano Coll y Toste, poeta lau-*

*reado, escritor de bello estilo, conocedor de las costumbres de nuestra sociedad desde su formación, que sabe dar a su prosa calor y color, hombre de ciencias y letras, consagrado a la noble misión de la Historia de su patria, y por último, político notable que ha resuelto hábilmente problemas trascendentales de gabinete es una de esas firmas que gozan de tan sólido prestigio en las letras, que por sí sola avalora el libro que queda en las manos del lector...*

Carlos N. CARRERAS.

---

# Guanina

## (1511)

### I

Caía la tarde envuelta en radiantes arreboles. Don Cristóbal de Sotomayor, sentado en un taburete en el amplio aposento que se había hecho fabricar en la aldehuela india de AGÜEYBANA, aspiraba amodorrado los efluvios amorosos que la brisa de la tarde le traía del inmediato boscaje, pensando melancólicamente en la Corte valisoletana y en la Condesa de Camiña, su señora madre. cuando penetró en la alcoba con precipitado paso una hermosa india, de tez broncínea, ojos expresivos, levantado pecho, suaves contornos y cabellos abundosos, medio recogidos en trenzas, a estilo antiguo castellano.

—Qué ocurre, querida Guanina, que te veo asustada y tus grandes y hermosos ojos, tan vivaces siempre, están llenos ahora de lágrimas?

—Huid, señor!.... Huid, amor mío.... Tu muerte está acordada por todos los caciques boriqueños. Yo conozco las cuevas más recónditas de nuestra isla y yo te ocultaré cuidadosamente en una de ellas.

—Estás delirando, Guanina! Los tuyos han do-

blado ya la cerviz para no levantarla más, replicó Don Cristóbal, atrayendo hacia sí a la gallarda india, besándola en la frente, y tratando de tranquilizarla.

—No creas, señor, que los mios están vencidos. Los consejos de mi bondadoso tío Agüeybana hicieron que los boriqueños os recibieran con placer y paz; y os agasajaron. Os creyeron verdaderos *guaitiaos;* pero los hechos han venido a probar desgraciadamente, que no sois tales confederados y amigos, sino que pretendeis ser amos. Además, algunos de los tuyos han abusado inconsideradamente de la bondad indígena. Y finalmente, el rudo trabajo del laboreo de las minas, en compactas cuadrillas, buscando esas tan deseadas piedrezuelas de oro, que tanto apreciais, los ha llevado a la desesperación, que como sabeis muchos se quitan la vida por no lavar esas malditas arenas.

—Te veo, Guanina, también rebelde, díjola Don Cristóbal, sentándola a su lado y besándola cariñosamente.

—Digo lo que siento, amor mío. Y como tu muerte está acordada por los caciques, quiero salvarte. Vengo a avisarte, porque no quiero que te maten, volvió a exclamar Guanina, con los ojos llenos de lágrimas y abrazándose fuertemente al joven hidalgo, que la retuvo entre sus brazos con placer.

## II

De repente penetró en la alcoba, Juan González, el intérprete, cortando imprudentemente el amoroso coloquio de los jóvenes amantes.

—Señor Don Cristóbal, no hay tiempo que perder. La rebelión de los indígenas va a comenzar y será formidable. Acabo de presenciar un *areyto,* en el cual tus propios encomendados, danzando y cantando, han jurado tu muerte y la de todos nosotros.

—Tú también, buen Juan, estás impresionado! Veo con pesar, que se te están pegando las timideces de estos indios. Esos son desahogos de siervos y nada más.

—Hace noches, repuso el astuto González, que observo luminarias, y que oigo, en el silencio nocturno, el grito de alarma del caracol en la montaña, tocando a rebato con insistencia. Son éstas indudablemente, señales de aliento, acordadas ya. Pronto la isla toda arderá en terrible conflagración contra nosotros. ¡Huyamos, señor, huyamos! Conozco todos los atajos y vías que conducen a la Villa de Caparra. ¡Aún es tiempo, señor don Cristóbal!

—Yo huir, Juan González!,—dijo con énfasis y comprimida rabia don Cristóbal, levantándose airado del taburete, y desprendiéndose de los brazos de Guanina, que tenía sobre los hombros del gallardo mancebo reclinada su gentil cabeza, y repitió:

—Yo huir, Juan González! ¿No sabes tú, que me llamo Sotomayor, y que ninguno de los míos volvió jamás la frente al enemigo? Saldré de aquí por la mañana, a pleno sol, alta la visera, con pendón desplegado, seguido de mis amigos y con mis equipajes al hombro de esta canalla, que atruena ahora el *batey* con su vocinglería y que pronto castigaremos. Nada más. Retírate.

Mientras tenía lugar este diálogo entre los dos cristianos, Guanina se había retirado al alféizar de la ventana y miraba con ojos tristes la obscuridad del bosque, como queriendo escudriñar sus secretos con sus penetrantes miradas de criatura salvaje, y maquinalmente terminaba de trenzar su negra y abundosa cabellera, a estilo castellano, según se lo había enseñado el joven hidalgo español, en sus raptos de amor con la esbelta doncella indígena.

—Ven, Guanina, siéntate a mi lado. Estoy irritado con los tuyos, pero no contra ti. Tu amor llena

mi alma. Bésame para olvidar con tus caricias las penas que me agobian.

Y la hermosa india ciñó con sus brazos el cuello del gallardo doncel y le besó risueña, mostrando al reirse, sus amarfilados dientes, que parecían una ringlera de perlas finas.

III

La mañana fué luminosa, esplendente. Bien de madrugada el buen Juan González, el astuto intérprete, llamaba quedamete a la puerta de la alcoba de don Cristóbal.

—Señor, señor, soy yo, Juan González.

—Entra. ¿Qué hay?

—Toda la noche hemos estado velando vuestro sueño. ¡Partamos, señor don Cristóbal, partamos!

—Llama a Guaybana, mi cacique encomendado.

—Ya le había citado, señor. Está abajo en el portal, esperando vuestras órdenes.

—Dile que entre.

Juan González obedeció la orden de su Capitán. Y Guaynaba, el cacique principal de BORIQUEN, penetró en el salón. Saludó a don Cristóbal friamente, llevándose la mano derecha a la frente, pero manteniendo el ceño muy fruncido. Era Guaybana un joven robusto, desenvuelto y altivo. Había heredado el cacicazgo de su tío *Agüeybana*, y odiaba mortalmente, de todo corazón a los invasores.

—Necesito, Guaybana, díjole don Cristóbal, que nombres una cuadrilla de tus *naborias*, para que lleven mi fardaje a la Villa de Caparra. Estoy de viaje y quiero partir inmediatamente.

Juan González el *lengua*, interpretó a su Capitán.

—Serás complacido, contestó el cacique secamente, retirándose de la alcoba sin saludar, y con

el ceño fruncido como cuando entró en el aposento.

—Señor don Cristóbal, ¿qué habéis hecho? ¿Por qué habéis indicado a Guaybana la ruta que vamos a seguir? Exclamó el intérprete, aterrado con la imprudente franqueza de Sotomayor, que no daba gran importancia al movimiento insurreccional de los boriquenses.

—Juan, mi buen Juan, es preciso que sepan estos gandules, que nosotros no huimos de ellos. No temáis, amigo mío, que el Dios de las victorias está con nosotros. Nadie puede humillar el pendón castellano. ¡Ea, González, a preparar el viaje!

Y el intrépido joven descolgó de la pared su espada toledana, su casco y su rodela, colocándolos sobre la cama. Guanina al ver lo que hacía su amante, se acercó a él y le dijo al oído:

—Llévame contigo, amor mío! No quiero quedarme aquí sin tu compañía. ¡Llévame!....

—Imposible ahora, Guanina. Tan pronto salgamos de estos sitios, habrá una fuerte *guasábara;* y yo no quiero que una flecha te alcance y pueda herirte o matarte. Una rozadura de tu piel me partiría el corazón. Pronto volveré por tí, muy pronto. Te lo prometo.

Y estrechándola entre sus brazos la besó en la boca con ardor juvenil. Guanina se puso a llollar tristemente, sin que los sollozos que salían de su pecho hicieran cambiar de resolución al noble y arrogante doncel.

Los *naborias*, sirvientes indios, empezaron a entrar en el aposento de don Cristóbal y a repartirse la carga. Los indígenas miraban de reojo, con mal disimulada cólera, a la hermosa Guanina, que tenía los párpados hinchados de tanto llorar.

La comitiva estaba en el *batey*, esperando las últimas órdenes. Don Cristóbal dispuso que Juan González, quedase a retaguardia con los equi-

pajes y que sus cinco amigos marcharan con él a vanguardia, bien prevenidos, para evitar una emboscada. El adalid, buen guía, había de ir marchando a la descubierta. Como iban de viaje y a pie, no podían llevar toda la armadura, y se pusieron solamente petos de algodón, para resguardar el tronco de algún flechazo.

Don Cristóbal, puesto el casco de bruñido acero, ceñido el espadón y embrazada la rodela, subió precipitadamente los escalones del caserón de su estancia para besar por última vez a su querida Guanina. No se dijeron ni una sola palabra. Se abrazaron y se besaron de nuevo convulsivamente. Cuando bajaba la escalera, llevóse don Cristóbal el dedo meñique de la mano izquierda, a la mejilla, para borrar furtivamente dos hermosas perlas que se habían desprendido de sus ardientes ojos y que el arrogante joven no quería fueran sorprendidas por sus compañeros de armas. Era el tributo justo de amorosa reciprocidad del soberbio paladín a la encantadora india, que había sacrificado a su amor los sentimientos de patria, raza y hogar indígenas.

## IV

La comitiva de don Cristóbal de Sotomayor, aprovechando el ambiente fresco de la mañana tropical, se puso en marcha por el camino que conducía hacia la Villa de Caparra. Bien pronto se perdió de vista el reducido pelotón. Entonces Guaybana reunió trescientos indios, de sus mejores guerreros, y les dijo:

—Sonó, amigos míos, la hora de las venganzas. Muchas lunas me han sorprendido llorando nuestra desgracia. Hay que destruir ahora a todos los invasores o morir por la patria en la demanda. Todos nuestros hermanos de las otras comarcas

de la isla están ya preparados para la lucha. El *zemí* protector manda morir mantando. El sol de hoy nos será propicio con sus lumbres. Es preciso, pues, no seáis vosotros inferiores en valor a los valientes guerreros que capitanean *Guarionex* y *Mabó Damáca.* Fijad la puntería de las flechas y amarrad a las muñecas las manijas de las macanas. ¡Adelante, adelante!

Guaybana lucía su penacho de plumas multicolores, llevaba al cuello el *guanín* de oro distintivo de jefe y blandía con la mano derecha la terrible hacha de silex, con que derribaba sus bosques de úcares y cedros.

Seguían al decidido cacique trescientos indios, bien armados, con sus carcajes al hombro, llenos de flechas, el arco en la mano izquierda y la macana en la diestra. Llevaban el pelo recogido al occipucio con un cordón de maguey y el cuerpo pintorrejeado en franjas con la pasta del *achiote* amarillo y el jugo negro de la *jagua.*

Marchaban los indios sin orden ni formación por la vía que poco antes había tomado don Cristóbal, en cuya busca iban. Todos hablaban o gritaban, produciendo una algarabía infernal. Habían perdido por completo el miedo a los extranjeros.

## V

El primero que sintió que se aproximaban los boriquenes, en sentido hostil, fué el intérprete Juan González, que marchaba a retaguardia. El astuto *lengua* dió orden en seguida a los naborias de detenerse y hacer alto, para escudriñar lo que era aquel ruido. Y al mismo tiempo que se daba cuenta de lo que ya él, con su buen juicio, se presumía que fuese, se le echaron encima unos cuatros indígenas y recibió dos macanazos, que le rompieron la cabeza y le salpicaron de sangre.

Afortunadamente no perdió el conocimiento y arrodillándose ante el sorberbio cacique Guaybana, que acababa de divisar, le pidió la vida y ofreciósele a servirle perpetuamente.

—Dejad a este bribón, no le matéis! gritó Guaybana; y volviéndose con arrogancia a los suyos, exclamó:

—Avanzad en busca de don Cristóbal y su gente!

La mesnada india obedeció; y corrió por el atajo, lanzando furiosos gritos de guerra. Los naborias saquearon el equipaje, que poco antes llevaban a cuestas, y se desparramaron en distintas direcciones.

Viéndose Juan González solo, dió gracias a Dios por haberle salvado la vida, curóse como buenamente pudo las heridas de la cabeza, y trepóse en un frondoso árbol para esperar la noche y poder huir hacia Caparra con mayor seguridad de salvación. El buen *lengua* prefirió más ser un Sancho que un don Quijote, librando la ruín pelleja a costa del honor. A pesar de su desgracia, sentía hondamente no poder avisar a su amo de cómo era la avalancha de enemigos que iban en su contra.

## VI

Don Cristóbal y sus cinco amigos caminaban con sumas precauciones al ojeo. De cuando en cuando la brisa les traía voces inacordes y ruidos extraños, procedentes del bosque. Cruzaron los senderos cautelosamente. Una ráfaga de viento les trajo vocablos más inteligibles. Eran gritos indígenas. Bien pronto comprendieron que se acercaban los indios en actitud belicosa y que habría *guasábara*.

El adalid, a pesar de ir a vanguardia, paróse,

y dió la voz de alerta. Don Cristóbal dió el alto; y volviéronse todos del lado que venían las inacordes voces, bien embrazadas las rodelas y los aceros al aire libre. Pronto la flechería les advirtío que los enemigos eran muchos y que la lucha sería empeñada y sangrienta.

—Amigos míos, dijo el hidalgo don Cristóbal, preparaos a dar buenas cuchilladas. Aunque somos pocos triunfaremos. No debemos separarnos ni por un instante. Tened el ojo avizor, pie firme y el brazo siempre en guardia, y que las estocadas sean rectas para que sean mortales. En la mano izquierda tened la daga. Y que Dios nos proteja.

—Santiago y Sotomayor! gritaron sus amigos. Santiago y Sotomayor! repitieron.

Como se precipita un torrente desbordado, acrecentado por las lluvias continuas, así cayó aquella turbamulta de indios sobre el pequeño destacamento castellano. Los primeros indígenas que se acercaron, mordieron el suelo inmediatamente. Se atropellaron de tal modo contra los cristianos, que no les fué posible usar de los arcos y las flechas; porque se peleaba casi cuerpo a cuerpo. La sangre humana lo teñía todo con su rojo color. Los gritos agudos y rabiosos, herían la atmóstera. Don Cristóbal y sus amigos lanzaban a su vez voces estentóreas de guerra para contrarrestar la de sus contrarios; y con cada estocada certera iba una maldición violenta. La pequeña hueste revolvíase ágil a diestro y siniestro. Los boriqueños acosaban a los castellanos por todas partes con terribles macanazos. Volaban las macanas partidas en dos por los tajantes espadones. Poco a poco se fué apagando la estruendosa gritería y las respiraciones eran jadeantes. El suelo estaba lleno de cadáveres por todos lados. Los indios podían reemplazarse, los españoles no. El último de ellos que

cayó, fué el hidalgo y valeroso don Cristóbal, con el casco abollado y la espada rota, pero de frente a sus contrarios. En vano trató de alcanzar al soberbio Guaybana, pues cuando llegó a divisarle y corrió hacia él, para atravesarle con la espada, tropezó ésta en una liana, recibiendo al mismo tiempo un macanazo en la cabeza, que le privó de la vida, a la vez que otro formidable golpe de macana dado de soslayo, le rompía la espada.

Guaybana y sus guerreros, se acogieron a una loma cercana para descansar de las fatigas del combate, enterrar a sus muertos y orientarse en la campaña que iban a emprender contra los cristianos. El primero que habló fué el soberbio régulo de *Guaynia*:

—El gran *Zemí* está con nosotros! En verdad que mi *guaitiao* don Cristóbal era todo un valiente. No retrocedió ni un paso. Si fuéramos caribes, nos beberiamos su sangre para que nos infundiera su gran valor. Es preciso hacerle los honores de un gran guerrero y enterrarle con la pompa correspondiente a su categoría de cacique español. Tú, Naiboa, ve donde el *bohique* principal Guacarí y que se cumplan mis órdenes.

Cuando el *nitayno* o lugarteniente Naiboa fué con veinte indios a recoger el cadáver del desgraciado hijo de la Condesa de Camiña, se encontraron a Guanina, lavándole el rostro a su amante, y tratando en su delirio insano, de volverle a la vida con sus ardientes besos. Regresó la comitiva india, llevando la noticia infausta a Guaybana, de que su hermana Guanina no había dejado que tocaran el cadáver de don Cristóbal.

—Bien, Naiboa. El Zemí tutelar así lo habrá dispuesto, replicó el régulo boriqueño. Respetad el dolor de Guanina, amigos míos. Mañana será sacrificada sobre la tumba de su amante para que le

acompañe en la otra vida. Y añadió con triste voz el cacique vencedor:

—Tú bohique Guacarí, dirigirás el rito cruento.

El augur se puso en pie y marchó con sus acólitos en demanda de la víctima infeliz y del cadáver del Capitán cristiano, a fin de preparar la fúnebre ceremonia para el día siguiente.

Cuando llegaron al sitio de la desgracia, encontraron a Guanina muerta, descansando su cabeza sobre el pecho ensangrentado del hidalgo español.

## VII

Los cadáveres de don Cristóbal y Guanina fueron enterrados juntos al pie de una gigantesca ceiba. Y sobre esta humilde tumba, brotaron espontáneamente rojas amapolas silvestres y blancos lirios olorosos. La naturaleza misma ofrendando en el altar del amor ingenuo, alma del mundo, hálito misterioso, soplo divino y dicha perenne de las almas puras.

Cuando al declinar el día, la purpúrea luz enrojece el Occidente, como si lo bañara en sangre, y la sombra de la gigantesca ceiba, añosa y carcomida por la edad, arropa una gran extensión de terreno, creen los campesinos de la cercanía escuchar en aquella loma dulces cantos de amor, con el suave susurro de las hojas. Sabedores por la tradición, que allí fueron sepultados el valiente don Cristóbal de Sotomayor y la hermosa india Guanina, creen que son las almas de los dos jóvenes amantes, fieles a su intenso amor, que salen de la tumba a contemplar la estrella de la tarde y a besarse a los rayos de la luna. (1)

---

(1)—Esta leyenda se ganó medalla de oro en el Certamen que se celebró en San Juan cuando la fiesta del 4 Centenario de la Colonización cristiana de Puerto Rico, el 12 de agosto de 1908.

# El Capitán Salazar

## (1511)

### I

Refiere Fernando Colón, biógrafo de su padre el gran Almirante, que al realizar su segundo épico viaje y aportar a una isla, "que bautizó San Juan Bautista, que los indios llamaban "Boriquén", surgió con la armada en una canal de ella a Occidente, donde pescaron muchos peces y vieron halcones y parras silvestres y más hacia Levante fueron unos cristianos a ciertas casas de indios, que según su costumbre estaban bien fabricadas, las cuales tenían la plaza y la salida hasta el mar, y la calle muy larga, con torres de caña a ambas partes; y lo alto estaba tejido con bellísimas labores de plantas y yerbas como están en Valencia los jardines; y lo último hacia el mar era un tablado en que cabían diez o doce personas, alto y bien labrado".

Este pueblecito era el *yucayeke* del cacique Aymamón. Junto a él levantaron los cristianos el villorrio *Sotomayor*, a cuyo frente estaba el capitán Diego de Salazar. El régulo indio y el jefe castellano eran buenos amigos, *guaitiaos*. es decir, confederados; y la hija del cacique, una linda

muchacha como un botón de rosa, la gentil *Caonaturey* (Oro del Cielo) fué el estrecho lazo de unión entre aquellos dos valientes.

II

Acordado el levantamiento de los indígenas en 1511, por *Guaybana,* jefe entonces de los Boriquenses, y secundado por los intrépidos *Guarionex,* régulo del *Otoao* y el arrojado *Mabodamaca,* dominador del *Yagüey,* dióse comienzos a la rebelión con la muerte violenta del hijo de la Condesa de Camiña, don Cristóbal de Sotomayor, que vivía con su encomienda de indios al sur de la isla, en *Guaynía,* la ranchería de *Guaybana.*

El soberbio *Guarionex,* marchó en seguida con una frenética turbamulta de índigenas a incendiar el poblado de *Sotomayor.* Cayó con tres mil indios como una tromba tempestuosa sobre el incipiente burgo. Sorprendió al vecindario durmiendo, pero los atalayas avisaron muy de prisa al Capitán Salazar, quien se vistió apresuradamente, oyendo la estruendosa grita de los asaltantes y el estrépito sordo del combate. Aseguróse el peto, calóse el casco y descolgó su espadón. Aquel acero toledano cortaba un pelo en el aire, pero la hoja mejor templada no vale nada si no tiene una buena empuñadura y ésta necesita una vigorosa mano de hierro que la maneje y un corazón audaz que la dirija. Y de todo esto disponía el Capitán Salazar. Joven, apuesto, intrépido y sereno, ordenó al adalid frunciendo el entrecejo y henchido de cólera, tocar su clarín de guerra para congregar su gente. Al oirlo, respondieron sus adictos gritando: "Santiago y Salazar"!

Los cristianos constituían solamente un pequeño pelotón de audaces. El fornido cacique *Aymamón* con su mesnada, leal al castellano, contenía

las huestes invasoras de *Guarionex*. El fuego había prendido en los pajares y bohíos, y las llamas y el humo se propagaban simultáneamente. A la luminaria del incendio combatían en tropel salvaje los indígenas leales con los rebeldes.

*Coanaturey*, sofocada por el humo, abrió imprudentemente un ventanal de la casa donde vivía con Salazar. La inocencia es atrevida en el peligro. *Coanaturey* era una valerosa muchacha. Parecía hecha de cornalina por el color rojo de su piel de india, realzado aún más con el áureo metal de los aros que se enroscaban en sus brazos y pantorrillas. Su caballera, negra como el basalto, caía en desorden sobre su nuca tentadora. Tenía siempre la sonrisa en su boca de frescura primaveral. Sus ojazos negros eran vivaces. La voluptuosa india, floreciente y dulce, se había apoderado del corazón del guerrero español.

*Caonaturey*, ostentando su vistoso atavío de plumas multicolores, se acercó al ventanal. Bien pronto tres flechas, acompañadas de los agudos gritos de la *guasábara*, penetraron por la abertura: una dió en el resplandeciente casco metálico del Capitán Salazar, otra se quebró en el quicio de la ventana y cayó en el sobrado, y la tercera se clavó en el pecho de la hermosa hija del cacique *Aymamón*. La gallarda joven dobló el cuello, lanzó un doloroso suspiro y expiró en los brazos de su desesperado amante. Salazar lanzó una terrible imprecación, y se arrojó impetuoso y temerario, seguido de su gente, a lo más intrincado de la pelea.

Los gritos de los combatientes, los disparos de arcabuces y los estallidos del incendio semejaban al fragor de una tempestad de rayos y truenos. Pronto comprendió el Capitán Salazar la imposibilidad de someter o aquellos gandules desenfrenados y poder salvar el caserío del desastre. El incendio

se había extendido horrorosamente y una espesa humareda en densos remolinos rodaba por la sabana contigua. Hizo de nuevo tocar su clarín y al grito de guerra "¡Santiago! ¡Salazar!" empezó a batirse en retirada, abandonando el poblado, ya que no podía obtener el éxito de la victoria. Sotomayor ardía por todas partes. Cuantos indígenas trataron de cortar la retirada al bizarro mílite mordieron el polvo tajados y maltrechos.

III

A los rayos moribundos de la luna, en una loma cercana, pudo el Capitán Salazar detenerse y con su ardor caballeresco y su espíritu altivo organizar la marcha hacia Caparra. La claridad lunar se detenía en su broncíneo casco. Con una hábil treta había dejado a los indígenas de *Guarionex* empeñados en destruir a los indígenas de *Aymamón*. Desde aquel sitio se distinguía perfectamente el voraz incendio.

Lo primero que sintió el Capitán Salazar, fué haber dejado por detrás el cadáver de su infeliz amante; pero no le era posible volver a Sotomayor a recoger los adorados restos de *Caonaturey*. Tal vez, en aquellos tristes momentos, estaba el cuerpo de la desgraciada doncella reducido a cenizas.

IV

El camino que conducía hacia la Villa de Caparra, era una intrincada vereda, peligrosísima por la rebelión general de todo el país. El Capitán Salazar y su mermada tropa la afrontaron valientemente, aunque con pocas esperanzas de éxito. Los enemigos no se atrevieron a perseguirles. Se conformaron para celebrar su triunfo, con saquear el po-

blado *Sotomayor* y el aduar del leal cacique confederado.

El pequeño escuadrón ganó el camino de la sierra, poniéndose en salvamento, y al rayar el alba del segundo día entraba en la Villa de Caparra, sano y salvo, aunque rendido de cansancio y con los petos y espadones cubiertos de sangre.

Los de Caparra, sabedores ya de la muerte de don Cristóbal de Sotomayor, por noticias llevadas por su intérprete González, que pudo salvarse, daban al Capitán Salazar por perdido considerándole que había sucumbido bajo la pesadumbre de tantos indios alzados. Al verle llegar, gallardo y triunfador, salieron a recibirle con pífanos y tambores. Al valiente Capitán, al ser abrazado por Ponce de León, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Llorais, Salazar?—le dijo el poblador de Caparra.

—Esta terrible emoción me la produce la pérdida de *Caonaturey*, que murió en mis brazos atravesada por una flecha y no pude salvar sus restos.

## V

Ponce de León formó tres compañías de soldados para empezar la reconquista de la isla. Una fué comandada por el denodado Diego de Salazar, que los indígenas consideraban como el más valiente entre los cristianos.

Al llegar el joven campeón al sitio donde se alzaba *Sotomayor*, no encontró más que soledad y ruinas ennegrecidas por el incendio. De aquellas cenizas grises emergía una tristeza profunda. El lenguaje mudo de aquellos escombros era enternecedor y le recordó sus dulces amores con *Caonaturey* y el infinito dolor de haberla perdido. Todo lo que se va de venturoso deja siempre en el corazón un

ensueño de blancura, como en el mar el barco que se aleja impelido por el viento! Cuán grato recordar las hermosas quimeras del pasado y sus divinas ilusiones!

El Capitán Salazar, profundamente emocionado, hizo disparar los arcabuces en homenaje al leal cacique *Aymamón,* y levantó una modesta cruz a la memoria de la desgraciada doncella india que le fué tan fiel. Los cronicones de la época conservan parte de la historia de estos sucesos, aunque las neblinas de los tiempos modernos tratan de hacerlos desaparecer.

---

# El Cristo de los Ponce

## (1513)

### I

A pesar de que el 4 de septiembre de 1511 los Oficiales Reales de Sevilla habían entregado a Juan Cerón, al ser repuesto en la Alcaldía Mayor de San Juan, por orden del Rey Fernando, siete ornamentos, imágenes, cálices y campanas para la iglesia de la VILLA DE CAPARRA, el gobernador Juan Ponce de León, que tenía que devolver, contra su voluntad, al teniente del Visorrey don Diego, las varas del gobierno en la incipiente colonia, quiso tener una imagen del Redentor para sí y su familia. El altivo Capitán de Mar y Tierra, en *Borinquén*, no quería nada que viniera por conducto de sus personales enemigos Cerón, Díaz y Morales. Con tal motivo escribió a la Corte enviando buenos castellanos de oro a fin de adquirir un Cristo, que se le había de remitir en la primera oportunidad.

### II

Los Oficiales Reales de Sevilla, en la Casa de Contratación, al visar las mercaderías de los tratan-

tes de Indias, dieron "pase libre", sin imposición alguna, al Cristo que remitía al Conquistador de *Sanct Xoan* su amigo el Comendador de Lares, fray Nicolás de Ovando, que se encontraba por aquel entonces ya de vuelta en la Corte y había entregado el mando de la Española a su sucesor, el primogénito del gran Almirante.

El barco que conducía la Sagrada imagen, se hizo a la vela, cruzó la barra de Sanlúcar, llegó felizmente a Canarias, donde hizo aguada y fijó el rumbo al Oeste por aquel mar ya no *tenebroso*, en demanda de las islas de Barlovento. Este era el itinerario de la vieja travesía para la venida a las Indias Occidentales.

III

Corría el mes de agosto de 1513 y La Buenaventura,—este era el barco a que nos referimos anteriormente—, con su capitán Juan Pérez al timón, llegó frente a *Dominica*, llenó de agua los barriles de entre puente, aprovisionóse de leña y terció el rumbo al suroeste, para costear las islas menores de esta parte del archipiélago antillano y buscar las Cabezas de San Juan. Después, pasó la noche *temporejando*, como rezan las bitácoras de entonces; y, con el claror del alba, aprovechó el fresco terral que las costas cercanas le enviaban, para avanzar en su ruta en busca de *Sanct Xoan*.

A la siguiente mañana, amaneció el cielo color de panza de burro, y la brisa quedó entorpecida con fuertes ráfagas de viento, que venían del nordeste. La carabela tuvo que navegar de bolina, para evitar las peligrosas cabezadas que el oleaje y el viento la obligaban a dar. Cada vez el tiempo presentaba peor cariz y pronto tuvo que luchar el barco con uno de esos temibles ciclones que con frecuencia azotan nuestra isla.

Juan Pérez, diestro timonel, que no temía, como viejo lobo marino, ni al mar ni a las tempestades, quiso tomar puerto en la cala de San Juan, a pesar de lo encrespado del tormentoso oleaje, y para aproximar su barco a tierra tomó rizos y con el foque y la mayor aproó atrevidamente hacia la costa, en busca del fondeadero anhelado. Y al embocar La Buenaventura hacia la cala, rozó con violencia en la restinga submarina de la punta de Isla de Cabras y despedazóse la quilla rápidamente en aquellos bajíos.

El buque se detuvo, después del convulsivo extremecimiento, y se inclinó de babor. Y las fuertes corrientes, encontradas en aquellas restingas, con el viento furioso y el golpear incesante del impetuoso mar lo destrozaron en corto tiempo. Imposible socorrer a los náufragos. En la vorágine del océano desapareció en seguida casco y arboladura, carga y pasajeros. Rodó sobre las ondas un terrible y prolongado grito de angustias. Todo se lo había tragado el indomable elemento. El sordo mugir de la tempestad quedó imperando sobre la triste escena....

Sólo una caja se vislumbró que flotaba, a despecho del oleaje. Sobre el lomo de las ondas, se le veía aparecer y desaparecer alternativamente. En vano una onda se empinaba sobre otra onda para llevarla al fondo. Las olas no podían sumergirla. Poco a poco se fué aproximando aquel bulto hacia tierra y se entró por la Boca del Morro, replegándose a un remanso de la corriente, que se forma junto a las peñas de la derecha, y aún existe, y que viene a ser como una pequeñita ensenada, donde las olas, después de rugir y golpear en las rompientes coronándose de espumas, penetran mansamente en aquel recodo.

Allí fué recogida la afortunada y misteriosa

caja por algunos vecinos, curiosos que presenciaban el naufragio, a pesar del mal tiempo; y uno de ellos dispuso, echándosela de autoridad, que fuese llevado aquel bulto a Caparra y que allí se sabría a quién pertenecía.

## IV

Tal como se acordó se hizo. La caja era de fresno y pronto el martillo y cortafrío dieron cuenta de sus clavos. Dentro del misterioso cajón venía una envoltura fuerte: era estopa de cáñamo, acorchada, de poca resistencia, fofa aunque gruesa, y que impidió que el agua del mar penetrase más adentro y dañase una cajuela de cartón fino, que contenía envuelto en algodones y tafetán de seda blanca, un Cristo Crucificado. Imagen que fray Nicolás de Ovando remitía a su amigo el Capitán del *Higüey* y Conquistador del *Borinquén.*

Recogió Juan Ponce de León la salvada imagen y una carta del Comendador, que con ella venía. Y por mucho tiempo veneróse con gran religiosidad la sagrada efigie primero en la VILLA DE CAPARRA, y después en el altar de la Capilla de Nuestra Señora de Belén en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Los descendientes del Conquistador, y sobre todo, doña Isabel de Loaysa, fundadora y legataria de dicha capilla, siguieron venerando aquella imagen del Redentor; y el pueblo de San Juan rindiéndole ferviente culto. Se dice en los cronicones de aquella época, que hacía milagros; y se le conoció siempre con el nombre expresivo de *El Cristo de los Ponce.*

## V

El tiempo ha tendido su fina red de olvidos sobre la milagrosa efigie, porque el tiempo oscure-

ce o mata las mejores añoranzas. Toda la documentación particular del *Capitán del Higüey* se ha perdido. Sólo se ha salvado respecto al colonizador y primer gobernador de Puerto Rico, lo que se conserva en el Archivo de Indias.

Actualmente en la iglesia de San José, que es la antigua Santo Tomás de Aquino, se venera una imagen del Redentor, que se llama *El Cristo de los Ponce.* Y existe la creencia popular, que este Cristo es el que se salvó milagrosamente en el naufragio de La Buenaventura.

# Las garras de la Inquisición

## (1520)

### I

El reparto de los indios de Boriquén, hecho por el alcalde mayor Juan Cerón, teniente de gobernador por el Visorrey D. Diego, en la isla de "Sanct Xoan", cuando el poblador Juan Ponce de León le entregó el 29 de octubre de 1509 las varas de la Justicia en la incipiente colonia, no dejó satisfechos a los vecinos de Caparra.

Luego, al sustituir el *Capitán del Higüey* al Cerón, realizó nuevos repartimientos de indígenas que tampoco fueron del agrado de los pobladores. Y con el pase cruel de unas manos a otras, vino el alzamiento de los aborígenes contra los invasores europeos, en 1511, y la guerra con las desgracias y desastres de toda conquista.

Después, en la pacificación, fué preciso hacer nuevamente otros repartos de indios, una vez dominados los rebeldes Boriquenses. Y éste lo hizo el Conquistador.

No quiso el rey Fernando que el cuarto repartimiento lo hiciera el Conquistador y sus parciales; y por ende, dió orden que el Fiscal de la Audiencia de

Santo Domingo, licenciado Sancho Velázquez, lo efectuara, pasando de la capital de la Española a la inmediata isla de San Juan. Y así se cumplimentó. La llegada del Fiscal de S. M. a Caparra, levantó una polvareda de disgustos, mayores aún después del reparto de Encomiendas. Las presas eran cortas y los pobladores muchos, y aunque se disminuyeran las cuadrillas de *naborias*, no alcanzaban para todos.

II

—Señor Obispo, el licenciado Velázquez, ha dejado a su Ilustrísima sin indios para las Cofradías en el nuevo repartimiento que ha hecho por orden del Rey.

—No os preocupéis por eso, querido padre Bernardo, replicóle monseñor Manso. Y añadió con sonrisa forzada: Por algo he sido canónigo; y aunque afirman mis adversarios que soy poco experimentado en las cosas del mundo, el Rey, que Dios guarde, siempre ha estimado mis servicios, y por su orden visité la Universidad de Salamanca y metí en cintura a toda aquella gente de alto copete.

—¿Cómo, monseñor?

—Pues, sencillamente. Castigué a los doctores y catedráticos, obligándoles a pagar de su bolsillo particular, y no de las arcas de la Universidad, como lo habían efectuado, las ropas de seda que se habían hecho para salir a recibir pomposamente al príncipe don Juan, cuando les visitó.

—Y el rey Fernando, ¿aprobó vuestros actos?

—Desde luego. Y ya me véis aquí. Y así como he obligado a los pobladores de Caparra a pagar el Diezmo y las Primicias, a pesar de sus desacatos e inobediencias, de igual modo procederé contra el encopetado Velázquez, para que me dé una Encomienda de indios, para las Cofradías de esta ciudad

y la Villa de San Germán, pues esta es la única granjería que en las Indias podemos tener por ahora.

—Váyase con cuidado Su Ilustrísima, que el señor Fiscal de S. M. es hombre de valimiento en la Corte y le puede echar la zancadilla.

—Antes se la echaré yo a él, padre Bernardo.

III

El diez de Agosto de 1515, embarcaba Sancho Arango, en la carabela *Barbola,* del maestre Francisco González, con un *Memorial* para el Cardenal Cisneros, en el que entre otras anotaciones contra Velázquez, el Justicia Mayor, se le acusaba de "dar yndios a marranos, hijos de reconciliados, jugar a los naipes, non castigar los amancebamientos, y que por quaresma se yba a una estancia donde se estaba sin oyr missa, e comiendo carne, e diciendo cosas contra la fee".

Por lo visto, el señor Obispo Alonso Manso, no era tan pacífico como su apellido indica, y tampoco se dormía en las pajas.

El Rey ordenó que el licenciado Antonio de la Gama, pasara a las Indias y tomase de paso residencia a Sancho Velázquez, Justicia Mayor de San Juan. Tan pronto llegó a Caparra, empezó la Gama la investigación, y a los cinco meses sentenció el Juez pesquisidor, con arreglo a los Capítulos de Corregidores, que Velázquez fuera privado de su oficio de Justicia Mayor, pagase ciertas multas y fuera remitido preso a S. M. El ex Fiscal de la Audiencia de Santo Domingo, apeló mediante procurador. La Gama le otorgó la apelación para ante los tribunales de S. M. en la Corte, y ordenó que en la carabela *Santiago,* del maestre Cristóbal Sánchez, embarcara el ex-Justicia con rumbo a España.

Con esta providencia, retiraba hábilmente La

Gama de la colonia al Fiscal Velázquez, y a su vez, le daba facilidad para que se justificara ante el Rey.

IV

—De orden de la Santa Hermandad, abrid.

—¿Qué pasa, alguacil Pérez, que parece venís a mi casa en son de guerra? Olvidáis vos lo que he sido en Santo Domingo y aquí y lo que puedo volver a ser?

—Señor, traigo una orden terminante del Inquisidor General de las Indias. Se me ordena detener incontinente, al licenciado Sancho Velázquez por blasfemo. Y ya veis, el licenciado Sancho Velázquez sois vos. Daos pues, preso a la Santa Justicia.

—Con que Su Ilustrísima quiere camorra con un Fiscal de S. M.! Sea. Vamos Pérez, donde gustéis.

—A la Santa Hermandad hay que obedecer humildemente, señor licenciado, replicóle con arrogancia y socarronería el soberbio alguacil.

V

La noticia corrió por toda Caparra como un reguero de pólvora prendida. Ni Ponce de León, ni La Gama, se atrevieron a intervenir ante el Inquisidor General de las Indias para sacar a Velázquez de la carcelería y que se embarcara para España. Y el 17 de mayo de 1520, día de la Ascención, daba el piojo en los calabozos de la Santa Hermandad por blasfemo, el que se había atrevido a dejar al señor Obispo, sin una buena encomienda de indios para sus Cofradías.

En el Archivo de Sevilla, hay un legajo del pleito interpuesto por Beatriz de la Fuente, viuda, vecina de Olmedo, y madre del licenciado Velázquez,

contra el Fisco. De este interesante documento, se colije, que Velázquez fué sentenciado injustamente; que fueron testigos contra él, todas aquellas personas que había castigado en la colonia.

Ningún cronista se atreve a anotar, por qué sucumbió Velázquez en las garras de la Inquisición con tan inopinada mudanza de la suerte; pero entre líneas se deja entrever, que la ojeriza del Obispo y su persecución violenta, aplastaron y redujeron a polvo ruin al ex-Fiscal de S. M.

El berrinche de verse en las redes de la Institución de Torquemada, con las usuales prácticas del tormento de los tarritos de agua, para que declarase que era blasfemo, acabó tal vez con el encopetado Justicia Mayor.

Antonio Sedeño, que fué un perturbador sin entrañas y que desempeñó el cargo de Contador de San Juan, fué castigado por Velázquez, por haber sustraído una mujer sevillana, de a bordo de una carabela. Pues bien, este Sedeño escribía al Cardenal de Tolosa: "Estoy en pleitos con el hermano de Sancho Velázquez, un mal juez, que fué remitido a S. M. para que hiciese con él justicia; y proveyendo Dios *maravillosamente* en su castigo, fué preso por la Santa Inquisición y murió en ella, antes que diera descargo de sus obras."

El manteo supo diestramente echarle el guante a la toga! Nuestra bella isla tuvo la peregrina gracia, de ser la residencia especial del Inquisidor General de las Indias!.... Todavía en 1625, cuando los holandeses tomaron la ciudad, se encontraron *Sambenitos* en el coro de la Catedral....

Gracias a Dios, que el progreso ha barrido con tales procedimientos, aunque las heregías y los blasfemos continúan dando que hacer. ¡Terribles eran las garras de Inquisición!....

# Una visita de ultratumba

## (1523)

### I

Doña Leonor Ponce de León, la hija más pequeña del Conquistador del Boriquén, casó con el doctor don Antonio de la Llama Vallejo, sucesor en el gobierno de esta isla, del licendiado don Diego de Caraza; y a la vez, juez de residencia.

Vallejo era todo un hombre, buen mozo, altivo, cumplidor de sus deberes y amante cariñoso de doña Leonor, la que correspodía con su entrañable afecto de criolla vehemente a los pulidos extremos de su enamorado galán.

Fué preciso dar tregua a sus coloquios de amantes esposos, porque Vallejo tenía que llevar a la Corte, personalmente, el juicio de residencia de Caraza, para resolver ante el Consejo de Indias, algunos puntos obscuros de la gobernación de este prócer y astuto letrado. Por tanto, embarcó Vallejo en la carabela Santa María de los Remedios, de Juan de Alaminos y quedó doña Leonor sumida en acerbo llanto en el rincón solitario de su hogar, consolándose únicamente ante el milagroso Cristo de los Ponce, cuando postrada de rodillas en la iglesia de Santo Tomás de Aquino, le pedía al Re-

dentor un feliz viaje para su consorte y un pronto regreso a sus suaves y acariciadores brazos.

II

Cada mañana iba la consecuente dama, con el vago ensoñar de su forzada y tediosa soledad, a espiar el horizonte marítimo y vislumbrar tal vez la señal indicadora del retorno de su querido Vallejo. Tiempo perdido. Después de tres meses de angustias e insomnios, vinieron nuevas de España de que la nave de Alaminos, había zozobrado frente a las costas de Portugal, ahogándose el gobernador Vallejo y salvándose tan solo parte de la tripulación.

Fué tan rudo el golpe para la infeliz doña Leonor, que melancólica y febril postróse en cama y negóse a tomar alimento y a recibir visitas. Después de aguda enfermedad quedó la consecuente dama sumida en honda pena y se apoderó de ella una profunda tristeza, por lo que se pasaba todo el día recogida en el lecho, con la cabellera destrenzada, rezando por el eterno descanso de su desgraciado esposo y rogando al Cielo dispusiera de su vida para ir a reunirse con su marido en la eterna mansión de los justos.

Toda la familia se desesperaba del abatido estado de doña Leonor, esperando de un momento a otro un fatal desenlace. Un día, a plena luz, según cuentan viejos pergaminos, entró en la casa un hombre, vestido a estilo de los médicos de la época, con cuello alto y guantes grises, deconocido en la ciudad, y se encaminó rectamente al aposento de doña Leonor, sin anunciarse, ni tomar guía, ni hablar a nadie de la servidumbre, y cerró la puerta tras él.

III

¿Qué pasó entre el desconocido visitante y la

melancólica dama? No lo dicen los antiguos papeles. Pero nadie vió salir del aposento al extraño doctor, que se evaporó como visión fugaz. Y la desconsolada viuda, rehabilitada por aquella célica visita, comenzó a consolarse, se curó de su neuropatía y volvió a hacer vida regular entre sus adeptos y familiares.

IV

Y termina el cronista Torres Vargas, narrador de este suceso, diciendo "que Dios busca los medios, que sabe que más importan para nuestro remedio." A lo que podemos añadir, que este hecho, maravilloso y sobrenatural, se explica hoy aceptando la comunicación de los seres de un mundo invisible con los de la tierra, de lo que dan testimonio probatorio algunos escritores, considerando esas apariciones como manifestaciones reales de la vida psíquica entre unos y otros seres.

Hay autores, más fisiólogos que psicólogos, que consideran estas manifestaciones como una auto-sugestión mental del propio individuo, negando en absoluto los fenómenos de la vida a distancia, los sueños premonitores y la telepatía.

La ciencia, que ha transformado el mundo, sacará incólume la verdad del seno de todos estos hechos maravillosos. "La tierra, dice un gran pensador, es un punto sombrío con alrededores ilimitados de bruma y espacio, y todo el infinito se estremece cuando tocamos un átomo."

# La casa encantada

## (1524)

### I

Habiendo dispuesto los Reverendos Padres Jerónimos, en 1519, que la *Cibdad de Puertorrico* fuera trasladada de *Caparra* a la *Isleta*, donde actualmente se encuentra, comprendió su fundador Ponce de León que sus enemigos habían triunfado en el litis entablado en su contra desde los tiempos de Juan Cerón, con el fin de trasladar a otro punto de la isla el primer burgo cristiano. Resolvió, por ende, el Conquistador irse a poblar el Biminí y la Florida, descubiertas por él en la Pascua de 1512.

Gran organizador el Leonés, preparó diestramente su expedición, y el 26 de Febrero de 1521, se hizo a la vela desde el puerto del viejo San Germán, a la desembocadura del *Guaorabo*, con rumbo a los citados países, en demanda de nuevas aventuras por aquella azul lontananza.

Al poco tiempo se supo en San Juan, el desastre del desembarco de los expedicionarios en La Florida y los combates sangrientos con los terribles indios *Semínolas*, así como la necesidad apremiante de Ponce de León, herido gravemente en un muslo, de reembarcar su gente y replegarse a la Habana, donde falleció.

La familia del Conquistador, apesadumbrada, cerró la casa de Caparra y se vino a vivir a la incipiente ciudad, a la Casa Blanca, que entonces era toda de madera, al amparo de García Troche, casado con la hija mayor del Adelantado de *Biminí* y la *Florida*, y que desempeñaba el cargo de Alcayde de la Fuerza.

El inmenso caserón de dos pisos, fabricado en Caparra, con todos los bajos de tapiería, fuerte, almenado y con saeteras, y los altos de recias maderas del país con un amplio balcón a la redonda de los cuatro costados, donde solía pasearse el Conquistador muy a menudo; y las techumbres y la gran buharda con rojas tejas de Castilla, traidas de La Española, quedó todo ello entregado a un fiel guardián, chapado como los antiguos indomables vasallos, natural también de Tierras de Campos, como su señor, y a quien el Capitán Poblador, distinguía cariñosamente llamándole "mi buen Gaspar de Hinojosa".

II

—Señor Alcayde, ahí fuera está Hinojosa de Caparra, que quiere hablar con Su Merced.

—Que pase.

El viejo soldado penetró con paso firme el saloncito de retén de la Fuerza, donde García Troche despachaba oficialmente. Quitóse su vieja gorrilla de cuartel y esperó a ser interrogado.

—Qué deseas, Hinojosa?—dijo el Alcayde.

—Señor, vengo a comunicar a Su Merced, que he tenido que dejar la casa del Capitán don Juan, en cuyos bajos vivía cómodamente con mi familia y trasladarme a un descabalado hohío, un cuchitril, algo lejos, para complacer a mi mujer y mis hijas. Y como arriba, en los pisos altos, hay intereses que custodiar, necesito que se me auxilie con

un par de guardianes de confianza, que puedan allí pernoctar.

—¿Y por qué tu familia no quiere vivir en la casa del Adelantado, siendo tan cómoda?

—Señor, dijo Hinojosa, con las mejillas lívidas y visible turbación, la casa está encantada!....

—¿Cómo encantada?

—Señor, después que se recibió la noticia de la desgraciada muerte del señor don Juan, a los pocos días se empezaron a sentir ruidos en la parte alta de la casa. Mi mujer me llamó la atención varias veces y yo lo atribuí a las ratas; pero una noche, que estaba desvelado, sentí andar en el balcón. Las pisadas no podían confundirse, a pesar de que silbaba un recio viento turbonado en la cañada. Eran pisadas fuertes de botas. Sigilosamente me eché fuera de la cama, empuñé el espadón y por la puertecilla trasera me salí al batey. Las hojas secas de los árboles inmediatos rodaban en torbellinos por el suelo. Había un poco de claridad lunar. Yo miré con cautela hacia el balcón y quedé sobresaltado. Se me cayó la espada de la mano. Señor! Distinguí perfectamente al Capitán don Juan, de espalda. Llevaba su peto, su casco, sus botas y su tizona. Marchaba majestuosamente, como si se paseara a lo largo del balcón. ¡Cuántas veces en vida le vi recrearse así! No era una sombra, era la realidad! Refugiéme, Señor, a mi cuarto, esperé a que amaneciera, y sin decir nada a mi mujer ni a mis hijas, las mandé al rancho indicado y me he venido a San Juan a dar cuenta a Su Merced de lo que ocurre.

E Hinojosa aterrizó su mirada; y pálido y sudoroso se quedó esperando órdenes.

—Bien, dijo García Troche secamente. Daré parte al señor Obispo Manso. Se dirán misas por el descanso del alma del Adelantado. Y se asperjerá con agua bendita toda la casa por si son ma-

leficios de Satanás. No digas a nadie, absolutamente, lo que me acabas de referir.

García Troche conferenció con su Ilustrísima Alonso Manso, y se tomaron las medidas indicadas.

III

Al mes de haber ocurrido el suceso relatado hubo una gran tormenta, que casi dejó destruída la ciudad. El Alcalde, Pedro Moreno, quedó arruinado y García Troche le prestó la casa de Caparra, interín reedificaba la de la Capital, arrasada por el ciclón. Cuál no sería el asombro del Alcayde de la Fuerza al ver aparecer a Moreno al día siguiente y decirle pálido, amohinado y con acentuada agitación nerviosa:

—Amigo mío, afortunadamente no llevé mi familia a Caparra.

—Por qué? le replicó García Troche.

—Pues sencillamente porque esa casa está encantada! A la media noche sale el Adelantado, vestido en son de guerra a pasearse por el balcón!....

—Vamos, vamos, Moreno, os habéis dejado sugestionar por el supersticioso de Hinojosa.

—Nada de eso, García Troche. Hinojosa me preparó un aposento de los altos. Y a la media noche sentí que pisaban fuertemente en el balcón. Me vestí. Abrí sigilosamente una ventanilla y ví, de refilón, pasar al Adelantado. Iba hablando y gesticulando. Y llevaba en la diestra el espadón....

—Pero, le vistéis la cara?

—Para qué, si era él. Su estatura, su modo de andar. Su casco y su peto. Lo conocí en seguida. La silueta del Adelantado se destacaba en aquella lobreguez de la noche vigorosamente. Se oía bien claro el retintín acompasado y metálico de sus doradas espuelas. Cerré cuidadosamente la venta-

nilla y aquí me tenéis. Yo no me meto con la gente del otro mundo! Ni por un cuento de maravedises de oro, llevo mi familia a Caparra!....

IV

García Troche volvió a hablar con el señor Obispo.

—Mandaré al alguacil de la Santa Hermandad para que le demande, a ver qué pide de nosotros el Capitán don Juan, replicóle su Ilustrísima, arrugando su ancha frente.

El alguacil Pérez de Zúñiga con cuatro corchetes, después de confesar y comulgar, vestidos de paño negro, se trasladaron a Caparra, a fin de pernoctar en la casa del Adelantado e interrogarle de parte del Santo Oficio. Hinojosa los hospedó en los bajos y quedaron en vela todos. A la media noche se empezaron a sentir los ruidos.

—En verdad, Pérez, que estais metido en un lío muy peligroso. Recordad que el Capitán Poblador, tenía en vida un genio muy fuerte, que nadie se lo podía aguantar. Díjole el fiel Hinojosa.

—No embargante, contestó Pérez de Zúñiga. Yo me ceñiré a cumplir con mi deber. Sólo debo interrogarle, como alma del otro mundo, qué pide de los que quedamos en éste. Y pax Christi!....

Hinojosa abrió la puerta excusada y se deslizó al batey. Detrás de él Pérez y los corchetes. La noche tenía el claror astral. A ras de tierra, contiguo a la maraña salvaje del boscaje cerca de la quebrada, flotaba una neblina gris, diáfana. Aquellas brumas parecían un grupo de fantasmas. El espíritu humano acoge con fervor lo misterioso. Plañía fuertemente el terral entre las branquias de una gran ceiba. El terror se apoderó de improviso del pecho de todos. Pérez de Zúñiga sintió un hondo desasosiego.

—Hinojosa, dijo quedamente el alguacil al guardián, te vamos a pedir un favor.

—Diga, Pérez de Zúñiga.

—Pues, tu serás testigo en el día de mañana ante el Santo Oficio que el Capitán pide misas y oraciones. Porque lo que es el hijo de mi madre, no sube esa escalera a habérselas con el Adelantado!....

Y se pasaba la mano por la frente llena de copioso sudor.

—Tampoco nosotros! dijo el más audaz de los corchetes.

Intentaron orar y no pudieron. Un silencio mortal reinaba en aquella soledad. En el balcón se destacaba distintamente la alta figura del Conquistador, que marchaba con paso fuerte y acompasado. Soplaba recio el terral. Acongojados se acogieron los vigilantes a los bajos del caserón, acuciados por el miedo.

V

La casa de Caparra fué desalojada, y todos los enseres y recuerdos de Juan Ponce de León fueron trasladados a la Capital. El caserón fué clausurado después de llevar a la ciudad todo lo utilizable. Más tarde se utilizaron las maderas y quedaron en ruinas las tapierías. Hoy se encuentra con gran dificultad parte de los cimientos.

A los cinco años de ocurrir estos sucesos, decía un padre domínico al Prior del Convento:

—Acabo de confesar en artículo de muerte al viejo cacique Adamanay, tan adicto al Conquistador, y me ha referido que todos los días, después de haber sabido la muerte de don Juan, dejaba a media noche el conuco y se iba al caserón de Caparra y se ponía, el muy osado, la armadura completa del Capitán; siendo su ufanía pasearse un

buen rato por el amplio balcón de la casa. Preguntado por qué hacía eso, me contestó enfáticamente, con el gesto sincero de un convencido: "Para adquirir el valor y la destreza del señor don Juan, que era un gran guerrero".

Los indígenas de las Antillas, tenían sus creencias raras, aunque en cuestión de creencias supersticiosas todos los pueblos tienen sus extravagancias!....

---

# El Grano de Oro

## (1530)

### I

Entre los pobladores del *Boriquén,* que se habían dedicado a la busca de oro, había dos activísimos sevillanos, Antonio Orozco y Juan Guilarte. Eran muy amigos. Vinieron a la isla con cartas de vecindad del Rey, dadas por la Casa de la Contratación de Sevilla. Vivían en Caparra y disponía cada uno de una Encomienda de cuarenta indios, un solar y una caballería de tierra.

Orozco y Guilarte trabajaban con sus cuadrillas de *naborias* en los placeres auríferos del río *Mabiya* lavando diariamente arenas y más arenas, en busca de las deslumbrantes pajuelas del precioso metal.

Un día dijo Orozco a Guilarte:

—El lunes de la semana entrante, al romper el alba, nos vamos a ir tierra adentro, a ver si nos topamos con algún yacimiento de oro.

—¿Llevaremos indígenas por guías?

—No. Llevaremos brújula para orientarnos, marchando siempre hacia el Sur: y repletas las alforjas para unos días. Dejaremos nuestros capataces al frente de las cuadrillas en el *Mabiya.*

—Conforme! Pero no debemos olvidar nues-

tras mantas, para defendernos del relente, si hemos de dormir en el bosque.

II

Después de ocho días de exploración a través de la selva virgen, llegaron a una cumbre, desde la cual divisaron el mar Caribe a un lado, y al otro el Atlántico. El panorama era esplendente; sabanas y montículos con todos los colores del verde, desde el claro esmeraldino al ágata crisoprasa; y al horizonte, de frente y de espalda, dos franjas de azul turquí.

—Aquí fabricaría yo una casa de campo, dijo Guilarte.

—Valiente burrada sería, replicóle Orozco. Esto es bueno para contemplarlo un rato, pero luego hastía!

—Pues yo creo que a mí no me hastiaría nunca! Volvió a anotar Guilarte.

—Tonto! Lo mejor es que reunamos mucho oro y nos larguemos a Triana. ¡De Sevilla al cielo!

—Pues chico, muchas arenas tenemos que lavar para asegurar algo. Y luego, eso de tener que dar al Rey el *Quinto*, por su linda cara! Vamos, me parece que en mucho tiempo no salimos de nuestra pobreza!....

Los dos amigos, sentados sobre una roca, después de su andariega expedición, abrieron sus morrales y empezaron a devorar su pan *casabí* y unos pedazos de queso canario.

Orozco era un hombre como de treinta años, piel blanca, pecosa, pelirojo, ojos pequeños y grises, nariz aguileña pronunciada, labios finos contraídos, con las comisuras caídas. Alto de cuerpo, enjuto y descarnado. Espíritu impaciente, audaz, ambicioso. Tenía la mirada picaresca del tahur de profesión. Revelaba en su tipo los cruzamientos de sus

antepasados. Su atavismo surgía en el ojo gris vándalo y en su nariz judaica.

Guilarte representaba un genuino tipo berebere, nacido en suelo español. Trigueño, ojos negros rasgados, nariz recta y fina, rostro oval, cerrado de barba negra, brillante y rizada. Permanentemente la sonrisa en los labios. Buena musculatura. Indolente. Le atraía el canto de los pájaros y el rasguear de una guitarra. Le gustaba cortejar las indias y había aprendido con ellas a cantar y bailar los *areytos*.

De pronto Guilarte dijo a Orozco:

—Mira hacia esa hondonada en la dirección de mi brazo. Qué ves?

—Una piedra, que brilla como un topacio con los rayos del sol.

—Fíjate bien y verás que es un trozo de oro unido a un trozo de cuarzo.

—Efectivamente! Qué buena vista tienes! Y es bien grande!....

—Pero ¿quién diablos desciende de esta elevada montaña allá abajo para recogerla?

—Pues tú y yo!....

—¿De qué modo? dijo Guilarte.

—Hagamos aquí campamento con *yaguas* y tejamos sogas de *majagua*, que reforzaremos con *bejucos*. Y con sogas haremos una buena escala.

—Pues al avío! Las palmas de *yaguas* están ahí y más allá distingo un boscaje de *majaguas*. Las lianas están por donde quiera para darnos fuertes *bejucos*.

Ante el hallazgo fortuito de tan valioso grano de oro desaparecía la contemplación de aquella hermosa naturaleza virgen, sorprendente, que el sol bañaba con áureos reflejos venciendo la maraña impenetrable de la selva. El follaje raquítico bordeaba el abismo y de una roca pelada manaba un hilo de cristalina linfa que huía rápidamente por

entre los peñascales, perdiéndose el brillador chorrito en las profundidades de aquella inmensa olla.

III

Terminada la escala con rapidez y pericia extraordinarias y bien asegurada a un gran cedro descendieron por ella fácilmente Orozco y Guilarte.

Llegados al fondo del abismo vieron que la piedra codiciada era más grande de lo que creyeron en un principio.

—El oro que tiene esta piedra vale, separado el cuarzo y demás ripio, de cuatro a cinco mil castellanos, dijo Guilarte, que era inteligente en metalurgía.

—Lo suficiente para sacar avante a uno de los dos, pero no a entrambos. Busquemos a ver si encontramos otro grano.

Desengañados de no encontrar más oro, dijo Orozco a Guilarte:

—Te voy a proponer un negocio. Juguemos a los dados este hallazgo y a quien Dios se lo de, San Pedro se lo bendiga. Si te lo ganas, puedes ya retirarte a España. Si me lo gano yo, me voy de soleta a Sevilla. El que se quede en Caparra se encarga de la Encomienda de su compañero y la explota en sociedad.

—Bueno, contestó Guilarte. ¿Y los dados?

—Aquí los tengo, replicó Orozco.

—Pues, échalos!

La suerte favoreció a Orozco. Y Guilarte lo felicitó con sinceridad, añadiendo:

—Se han cumplido tus deseos. Vámonos para arriba.

—Sube tú primero, yo iré después con la piedra.

Guilarte echó mano a la escalera y trepó ágilmente por ella.

Cuando llegó arriba se sentó al borde del abis-

mo a esperar a su amigo. Orozco subió bien hasta la mitad de la escala, pero se rompió un escalón y estuvo a punto de caer, pues tenía la mano izquierda embargada con la piedra aurífera. Gritó a Guilarte y éste le contestó:

—Qué hago?

—Tira de la escala para que me ayudes a ascender o tengo que soltar la piedra. Pronto, pronto!

Guilarte, que era hombre de muchas fuerzas se acercó al cedro y empezó a halar de la escala con precipitación. De repente rodó por tierra. La escala, hecha de fibras verdes de *majagua* a pesar de estar reforzada de *bejucos*, también verdes, no pudo resistir el roce áspero de la peña y súbitamente se rompió. El infeliz Orozco cayó en la hondonada desde una gran altura y aunque la maleza amortiguó el golpe, quedó medio muerto en el césped del bosque. Imposible le fué a Guilarte poderlo socorrer, y desalentado regresó al campamento de *Mabiya*, caminando día y noche.

## IV

Con ayuda de buenos indios, prácticos, y fuertes escalas volvió Guilarte, diligente, al socorro de su infortunado amigo. Cuando llegó a su lado estaba aún vivo, abrazado a aquella fatídica piedra que le costaba la vida. Lo primero que pidió fué agua. No había podido moverse de donde había caído porque tenía rotas las dos piernas. Después que satisfizo la sed, llamó a Guilarte y le dijo:

—Voy a morir! Oyeme! Tú descubriste el grano de oro y yo te quité tu parte usando dados falsos. Dios me ha castigado. Perdóname!....

Y espiró. El pobre Orozco fué víctima de su ambición. Todas las pasiones son buenas, ha dicho un filósofo, mientras uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan. Conducido el

cadáver al campamento de *Mabiya* se le dió cristiana sepultura. Sabido en *Caparra* lo ocurrido, los Oficiales Reales dieron cuenta al Rey, quien concedió a Guilarte todas aquellas tierras exploradas por él y su infiel y desgraciado amigo. También es verdad que el honrado y desprendido vasallo había regalado a la Catedral de Sevilla aquella enorme pepita de oro, por la cual Orozco, con el ansia de enriquecerse, había sido traidor a la amistad.

Todavía en la cordillera central de la Isla, hay una cumbre, denominada *La Sierra de Guilarte*, que recuerda este trágico suceso.

---

# Los milagros de San Patricio

## (1536)

### I

En tiempo de don Francisco Manuel de Obando, Teniente de Gobernador por don Luis Colón en esta isla, allá por el año de 1536, hubo una sequía tan prolongada, que fué la desesperación de estancieros y labriegos. Hasta el pasto de los hatos parecía quemado. Y la contrariedad y desaliento de los campesinos llegó a sus últimos límites, al ver que una plaga de hormigas y gusanos se extendía por las sementeras y destruía las plantas por completo. ¡Fatal desgracia! Hasta las casas se vieron invadidas de las terribles hormigas que se subían por todas partes y atacaban a los niños.

### II

Era obispo de la diócesis don Alonso Manso, clérigo de Sevilla y primer inquisidor de las Indias, y un día díjole el Dean:

—Señor Obispo, creo conveniente reunir el Cabildo eclesiástico y tomar medidas contra las hormigas y gusanos. Recuerde su señoría ilustradísima,

que San Saturnino detuvo el año pasado una plaga semejante a ésta.

—Avise usted al Provisor para que mañana tenga lugar la reunión del Cabildo; contestó el Obispo.

En efecto, se convocaron los canónigos, y hasta se invitó al Provincial de los Domínicos. Los Franciscanos todavía no se habían establecido en la Capital. Se tomó el acuerdo de celebrar rogativas para que cesara la peste de insectos.

El Dean propuso, que además de San Saturnino, que ya había ayudado en años anteriores, se sortearan los Santos, a ver a cual otro le correspondía implorar también en ayuda de los campesinos. Para tal fin se reunieron los dos Cabildos, el eclesiástico y el seglar, y se dispuso que un niño de menor edad sacara la papeleta de una urna.

Reunidos todos en casa del señor Obispo, se pidió ayuda a los Cielos con una ferviente oración y se procedió en seguida a sacar de una urna el papelillo que contenía el nombre del Santo que debía ser electo. Leyó el Notario eclesiástico en alta voz:

—San Patricio.

Todos los concurrentes se miraron. Era un santo casi desconocido. Esperaban el nombre de San José, San Blás, Santa Rita de Casia, Santa Bárbara, que estaban en boga en aquellos tiempos. Especialmente San Blás, que conjuraba las tormentas y Santa Bárbara los rayos.

El señor Provisor tomó la palabra y dijo:

—Queridos hermanos en el Señor, hay que respetar la voluntad del Cielo y hacer las rogativas a San Patricio.

Y anotó el Dean:

—Soy de la opinión del señor Provisor, pero creo conveniente reiterar la suerte.

La mayoría estuvo conforme con esta salida del Dean; sobre todo los que se le había atravesado en

la garganta el nombre de San Patricio. Volvió el Notario a echar en la urna el papelillo afortunado, agitó el recipiente y llamó al niño a que sacase otra papeleta. Cumplió el infante su cometido y entregó el nuevo trozo de papel al Notario, quien leyó por segunda vez en voz alta; —San Patricio!—

III

Convencidos todos de la intervención del Cielo, hicieron sus rogativas a San Patricio. Hubo misa y sermón. Y al terminar las religiosas fiestas, llovió torrencialmente como acontece siempre al final de las grandes sequías, desapareciendo totalmente la plaga de hormigas y gusanos.

Refiere el cronista de la iglesia Catedral que "se reiteró la suerte tres veces y salió siempre el mismo santo, teniéndolo todos por notorio milagro, por lo que se tomó por abogado del cazabe."

Todavía en 1641 continuaba esta devoción a San Patricio. Pero después se enfriaron los ánimos y se olvidaron de su protector celestial.

¿Por qué se enfriaron los ánimos? No lo dice el Cronista. Tal vez el santo falló en plagas sucesivas.

Tal vez necesitaba de la cooperación de San Saturnino. Tal vez se irritó el bienaventurado con la indiferencia y escepticismo de los campesinos. La causa de tan injustificado olvido la desconocemos....

¡Quién sabe, si hubiera seguido el pueblo con devoción y religiosidad celebrando sus rogativas al milagroso San Patricio no tendríamos a estas horas la patria en tantos aprietos, pues por lo que respecta al *casabe* todavía tenemos cosecha!....

---

# Los restos de una cadena de oro

(1560)

I

Carría el año de 1564. El galeón *San Gerónimo*, que conducía al nuevo gobernador don Francisco de Bahamonde y Lugo, capitán de caballos en Flandes, había fondeado en la cola de San Juan.

Los oficiales reales Cristóbal de Salinas, Hernando de Cardona y Pedro de Castillejos pasaron a bordo a cumplimentar al nuevo gobernante, *besalle la mano*, y disponer el desembarco de las armas, ropas y matalotaje que traía el navío.

Dos regidores del Cabildo, con Alonso Pérez Martel a la cabeza, estaban encargados del arreglo del arco triunfal, y de los preparativos que la Cibdad tenía que hacer para el recibimiento del gobernador; no olvidando, por supuesto, que había que colocar en lo alto del arco, por timbre, las armas de S. M.

El mismo día, por la tarde, saltó a tierra el representante oficial de la Corona, y el regimiento de San Juan de Boriquén estaba tendido a lo largo de la Caleta, desde el muelle hasta los peldaños de la Catedral. La capital no estaba aún circuída de murallas, y por consiguiente, no existía la Puerta de San Juan, que construyó después don Yñigo de la Mota Sarmiento, en 1635, colocando una capillita en la parte superior dedicada a San Juan Bautista.

Los atambores, trompetas y pífanos abrían la marcha. El galeón y la galera del puerto hacían fuego de cañón. Los arcabuceros hacían salvas desde Casa Blanca y las seis piezas de artillería de bronce, del fortín de Santa Catalina y las cuatro del bastión del Morro atronaban el espacio.

La Ciudad toda recibía con agasajos y vítores al nuevo gobernador. Los rico-homes de la capital, antiguos hijos-dalgos, y ora tratantes en gengibre y cueros, los Mendoza, Guzmanes y Padillas, al *besalle la mano* al bravo capitán de Flandes y darle el parabién de su llegada por traer cédula de gobernación para esta isla por los Reyes de Castilla, le regalaron una cadena de oro por valor de más de cien ducados.

Don Francisco vestía jubón de raso chorreado y calzas bermejas de holanda, altas botas, cerradas, de camino, con espuelas doradas, cuera damasco negro guarnecida de oro, con tres cuchilladas en el pecho, sombrero de tafetán negro con caireles de oro y trena de ámbar con cordoncillos de lo propio, plumas blancas en el sombrero y bohemio morado.

A la puerta de la Catedral salió el Cabildo eclesiástico y el señor Dean a la cabeza, por ausencia del señor Obispo, a cumplimentar al regio representante, darle el agua bendita y asperjarle con ella. El órgano sagrado dejó oir entonces sus melodiosas notas y el incienso y la mirra, perfumando el ambiente, esparcieron por los ámbitos del templo grises nubéculas aromosas.

El gobernador tenía aderezado un aposento en Casa Blanca y pasado el Tedeum y visitado el Cabildo, donde fué recibido *baxo mazas*, abatidas luego al brazo y los reyes de armas descaperuzados, se retiró orgulloso y satisfecho a su aposentamiento, acompañado de todos los caballeros de

San Juan, la guarda de alabarderos, y montado en brioso corcel que tenía pelliza de terciopelo hasta debajo de los estribos.

La Cibdad ardió en fiesta tres días y se rompieron cañas y se corrieron ágiles y apuestos caballos de los hatos del Toa y del Turabo, en honor del nuevo gobernante; y se paseó el Pendón de Castilla por todas las calles con pífanos y atambor.

II

Don Francisco de Bahamonde y Lugo cumplió como bueno en su gobernación. Los tiempos eran agrios y apretados. Combatió a los atrevidos Caribes que infestaban la Isla por la banda de San Germán y hasta fué en persona a aquellos arriesgados sitios a hacerles la guerra; y en una *guasábara* recibió un terrible flechazo en el muslo izquierdo, que lo postró en cama y estuvo a punto de entregar su alma a Dios, pues llegó a estar oleado.

Salvado de tan peligrosa herida, determinó don Francisco marcharse a España, por haber terminado el tiempo de su gobernación. Despidióse de todos cortesmente y regresaba a su patria tan pobre, que al salir a embarcar sólo le quedaba una vuelta de la cadena de oro, que le habían regalado los estancieros de San Juan. Entonces, dirigiéndose a la mujer de un sobrino suyo, allí cercano, le dijo:

—Señora, tomad los restos de esta cadena de oro; y no me lo agradezcáis al dároslos, que no lo hago por servirla, sino por tener ¡voto a sanes! el orgullo de decir con verdad que "no me llevo nada de Puerto Rico".

¡No sabemos, de 1565 para acá, que se haya repetido la frase del Capitán de caballos en Flandes, don Francisco de Bahamonde y Lugo!....

# La Sortija de Diamante

## (1590)

### I

—Vengo, querida Mónica, a deleitarme un rato oyéndote cantar y tocar la guitarra.

—Y qué quieres tú que toque, Juanillo?

—Pues la entrada triunfal de don Gonzalo de Córdoba en Nápoles. Quiero oir como imitas los clarines y tambores....

—Pero, hombre, siempre pides lo mismo!

—Eso es para comenzar, después echaremos unas coplas.

—Quita allá! Tú serás buen artillero, pero cantas pésimamente y desafinas que hay que oir....

—En cambio, tu voz es divina y me arroba y encanta como el incienso de la Catedral. Y la guitarra en tus manos, con su punteado me llega al alma. Tan pronto es marcial y bravía cual si fuera el chocar de dos aceros que combaten o amorosa y dulce como la plegaria de una virgen.

—Adulador! Déjate de falsos requiebros!

—Te lo juro por la Virgen del Pilar de Zaragoza. Y también te digo, que anoche soñé que te había regalado una sortija de diamante, hermosísima, como anillo de boda. Y te advierto, que nos casamos y ponemos un puesto de Aguardiente y Aloja en la plaza de la Verdura.

—Dios te oiga, Juanillo! Pero no me decías en noche pasada, que te ibas a reenganchar, porque eres el mejor artillero del Castillo?

—Y lo soy, mi vida! Pero estoy cansado de servir al Rey y no salir de pobreza. Y, por otra parte, te quiero más que a las niñas de mis ojos!

II

Mónica era a maravilla una linda muchacha, siempre contenta, vivaracha, donairosa, tarareando con suma gracia seguidillas picarescas, sin malicia. Era una moza de suaves contornos y líneas griegas, piel de aceituna clara y pelo con reflejos azulinos; tenía una sonrisa encantadora y cuando se reía lo verificaba con tal estrépito como si fuera un repique de cascabeles. Amaba a Juanillo, el artillero, con coquetería infantil. Por lo que pudiera propasarse el militar siempre estaba de guardia la tía Brianda, que amaba a la muchacha como si fuera su madre. Pero todos aquellos atisbos furibundos estaban de más, porque Juanillo era de corazón noble y amaba a Mónica sin torcidas intenciones.

Juan Alonso Tejadillo (a) Juanillo, era un guapetón andaluz, de veinte y tantos años, fornido y de pecho varonil. Cara placentera, muy simpático, melifluo, enlabiador e imán de voluntades femeninas. Quiso venir a las Américas espontaneamente y sentó plaza en Cádiz, donde tomó tan a pecho la balística del cañón que llegó a manejarlo con maestría.

III

Pocos meses después del mimoso diálogo de Juanillo y Mónica, que hemos narrado, apareció frente a la ciudad de San Juan la escuadra de

Francis Drake, a copar dos millones, en oro y plata, que estaban en la Capitana de la flota de Tierra Firme, al cargo de don Sancho Pardo y Osorio, fondeada en este puerto. Afortunadamente también estaban en el surgidero cinco fragatas de guerra de S. M. al mando de don Pedro Tello de Guzmán.

La Capital, para esa remota fecha de 1595, no estaba aún amurallada y contaba únicamente con la fortaleza Santa Catalina, hoy palacio residencial del Gobernador. El Morro, no estaba concluido y tenía anexo un fortín llamado el Morrillo.

Inmediatamente fueron guarnecidas las Caletas con buena artillería y se hizo muestra de toda la gente disponible de mar y tierra. También despachó el Gobernador avisos a Santo Domingo, Cartagena y Santa María.

En el Morro había veinte y siete piezas de bronce muy buenas. Entre ellas, un cañón de cuarenta libras de calibre, regalo del rey don Felipe a este fuerte cuando se dió comienzo a su construcción. Era el magnífico presente, cañón de crujia de la galera real otomana que rindió don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.

Juan Alonso Tejadillo, primer artillero del Morro, estaba encargado del cuidado y manejo de esta bien templada carronada.

La armada de Drake era formidable: veinte y seis velas: entre ellas los navíos "Defiance", "The Elizth", "Benadventure", "The Gardlante", "The Hoope", "The Adventure" y "The Forefighter". El escuadrón desfiló frente al Boquerón y vino a fondear al socaire de la isla de Cabra.

Llegada la noche, aprovechó Drake la intensa obscuridad y atacó el puerto con veinte y cinco lanchas, bien tripuladas, las que se metieron de rondón debajo del fuego del Morro y Santa Elena. Entonces pegaron fuego a las fragatas de la arma-

da de Tello de Guzmán, echándoles alcancias y bombas de fuego. Desde tierra jugaba la artillería y de las Caletas hacían sus descargas los mosquetes y los pedreros lanzaban abundante metralla.

Al claror del incendio de la fragata "Magdalena", que llenaba de ráfagas de luz toda la bahía, se pudo rectificar la puntería contra las chalupas enemigas, que tuvieron que retirarse con pérdida de diez lanchas y más de cuatrocientas bajas, pues cada embarcación llevaba unos sesenta combatientes.

Con la luminaria del incendio, Juan Alonso Tejadillo modificó la mira de su cañón turco, pues la Capitana inglesa estaba casi a la entrada del puerto y se distinguía claramente la luz de un ventanillo de popa. La lucecilla parpadeaba sobre las ondas. Hacia aquella lumbre dirigió el artillero su puntería cuidadosamente. Luego se santiguó e invocó a Santiago apóstol, y sin vacilación alguna aplicó el bota-fuego al oído de la carronada.

La bala penetró en el comedor del navío inglés y mató a John Hawkin y otros bretones que estaban bebiendo cerveza.

Drake amaba mucho a su pariente y maestro Hawkin, y disgustado por su muerte y por la obstinada resistencia de los españoles, levó anclas al siguiente día y se marchó con rumbo N. O., viniendo avisos del Arecibo y del viejo San Germán de la desembocadura del *Guaorabo* "que la armada enemiga había pasado por allí camino adelante".

## IV

El gobernador don Pedro Suárez, entusiasmado con la derrota de los enemigos, hizo la merced al artillero Juan Alonso Tejadillo "de una sortija de diamante, por lo bien que había servido a S. M. en aquella jornada y por haber matado a Juan de Aquines". Así reza el cronicón.

Juanillo regaló el precioso aro a su idolatrada Mónica, como anillo de boda; y cumplido su servicio y obtenida su licencia absoluta pudo casarse, aunque sin caudal ni gajes, y puso un puesto de aguardiente y aloja en la plaza de la Verdura, hoy de Baldorioty.

La linda Mónica, ébria de felicidad, despachaba los vasos de refresco a los parroquianos luciendo orgullosa su sortija de diamante.

# El Peñón de las Palomas

## (1602)

### I

En tiempos del gobernador don Sancho Ochoa de Castro, allá por los años de 1602, acostumbraban los vecinos de la Capital hacer sus peregrinaciones y cacerías a un islote que está frente a la desembocadura del río *Toa.* Estas peregrinaciones no tenían carácter religioso, sino festivo, para pasar un buen día de campo y echar una cana al aire, regresando los paseantes de su jira contentos y satisfechos a la ciudad, cargados de gran cantidad de palomas.

Para las damas casaderas era una gran jira y algunos matrimonios se concertaron en estos días de asueto, pues el trato social y culto engendra el cariño y tras el cariño y la amistad despliega el amor sus alas.

### II

Llegó a oídos del Gobernador la noticia de que a dicho peñón acudían infinidad de palomas a anidar y sacar sus crías; y que la abundancia de ellas era tal que sería posible al Fisco sacar alguna utilidad o tributo de ello; no considerando justo que el vecindario, de mogollón, se apropiara aquellas aves que pertenecían, según él, a la Corona.

En tal virtud, el Gobernador que se titulaba enfáticamente Capitán de Galeones y Señor de la Casa y Solar de los Condes de Salvatierra de Vizcaya, dió un riguroso *Bando* con pregón general, de tambor batiente y lectura de escribano de Cabildo en alta voz, en plazas y encrujadas de calles, prohibiendo en absoluto que ningún vecino pudiese ir a dicho Peñón y menos a coger o cazar con trampas o armas de fuego, o de cualquier modo, una de aquellas palomas, a no ser que tuviese oficial permiso para ello; después del pago correspondiente de la tal licencia, que había ordenado fuera a favor de las Reales Cajas de S. M., so pena de cien maravedies de oro de multa. El edicto cayó en los oídos del vecindario, muy cuidadoso de sus franquicias, como un ataque a sus derechos procomunales.

III

—¿Has oído, Maruca, lo que dice el Gobernador en su Bando?

—Eso no va conmigo, Lulú, porque yo cazé mi novio en la pasada excursión y pronto me casaré.

—Pues lo que es a mi me ha dejado don Sancho a la luna de Valencia. En esta próxima jira, que íbamos a tener el domingo, pensaba yo comprometer al Teniente Silvio. ¡Permita Dios que no saque don Sancho ni un chavo de su estanco! ¿Habráse visto más codicia?....

IV

Y sucedió, que después del odioso *Bando* gubernamental, solemnemente proclamado en esquinas y plazuelas, que establecía Estanco sobre el Peñón de las Palomas a favor del Fisco, jamás volvieron aquellas prolíferas aves a anidar en el islote frente al río *Toa.*

Este suceso inesperado hizo mella en la imaginación del pueblo y lo consideraban los vecinos de la Capital "como una obra divina y como una demostración providencial de Dios, en su liberal mano, que quiere gocen todos los humanos de sus beneficios". Así lo glosan las viejas crónicas de la época a que nos referimos, con carácter de verdad histórica.

V

A veces los hechos se encargan de fomentar las supersticiones; la fantasía se ocupa luego de agrandarlos e interpretarlos; y la brusquedad de los incidentes de darles una lógica formidable.

De ello, surge el *post hoc, ergo propter hoc,* tan frecuentemente aceptado. Lo imprevisto seduce y embota los sentidos. A los hombres agrada siempre lo sobrenatural y maravilloso, que con frecuencia les hace creyentes y místicos. Y es que todavía tenemos escondido entre los pliegues del alma y en la médula de los huesos, el miedo cerval a lo intangible de lo Desconocido.

---

# La Mensajera de la Muerte

## (1623)

### I

El papa Paulo V nombró obispo de Puerto Rico al clérigo Bernardo de Balbuena que hacía doce años estaba de Abad en Jamaica.

Esto ocurría en 1620. Tuvo necesidad el padre Balbuena de pasar a Santo Domingo a que le consagrara el señor arzobispo fray Pedro de Oviedo. Y estando en la primada, la priora del convento de Carmelitas Calzadas le pidió una audiencia. El obispo, al par que buen sacerdote, cortés, caballero, se la concedió y pasó a entrevistarse con la madre superiora.

—Molesto a su Ilustrísima, díjole la priora, porque Sor Angela de la Cruz ha tenido una rara visión, que se refiere a su señoría, y yo he querido darle conocimiento del hecho.

—Puede la buena madre decir, que yo la escucharé solícito, respondió afable el obispo.

—Pues bien, señor, la hermana ha visto en sueños una paloma blanca en la cornisa de la bóveda de la Catedral de Puerto Rico y a su Ilustrísima de cuerpo presente en su féretro.

—Sea lo que Dios quiera, hermana priora. Yo estoy siempre dispuesto a comparecer ante el trono de Dios!

II

El obispo Balbuena tomó posesión de su diócesis de Puerto Rico en 1623. Pronto se dió cuenta nuestra sociedad de la clase de hombre que estaba al frente de este Obispado. Todos los vecinos de valer eran contertulios de su Ilustrísima.

El sabio teólogo de Sigüenza, al par que poeta de primer orden y prosista de talla, hacía las delicias de su tertulia. Recitaba estrofas de *El Bernardo,* con tan robusta entonación y delicado acento, que Zorrilla y Núñez de Arce, nuestros grandes recitadores del siglo XIX, se hubieran quedado estáticos.

Aquellas sesiones tenían cierto carácter académico, pues el culto a las Letras descollaba en sus temas. Se discutían los modismos de la rica habla de Castilla con igual interés que la interpretación de un paisaje obscuro de la Biblia.

Estas conferencias hubo necesidad de suspenderlas para atender al rudo ataque que dieron los holandeses a la Capital al mando de Bardwin Henry: que nuestros cronicones llaman Boduyno Henrico.

III

El señor obispo vivía cerca de la Catedral, pues todavía no teníamos Palacio Episcopal, que lo fabricó posteriormente el obispo Pizarro en 1733. Y celebraba su misa todas las mañanas, bien temprano, en el altar mayor del templo.

En la mañana del 10 de Octubre de 1627, al volverse al público para decirles, *Yte missa est,* notó en la cornisa del crucero de la nave principal de la Catedral una paloma blanca. Y recordó la visión de sor Angela de la Cruz.

Llegado a la sacristía y despojado de la casulla y demás arreos de oficiar, díjole al sacristán:

—Truxillo, vea a ver qué clase de ave está posada sobre la cornisa del crucero principal de la nave del templo.

Regresó el enviado y le contestó:

—Señor obispo, es una paloma blanca. No sé por donde haya entrado.

—Déjela usted quieta y que no la molesten. Replicóle su Ilustrísima y se marchó.

IV

Ya en su casa, llamó al Notario Eclesiástico y le dijo:

—Quiero hacer mi testamento inmediatamente. Quiero que mi fortuna sea toda para esta Iglesia. Quiero que en la Catedral se construya una capilla con la advocación de San Bernardo, con cargo a mi capital, y que en ella se entierre mi cádaver.

V

Por la tarde sintió el austero Prelado unos escalofríos intensos que le obligaron a recogerse en cama. Por la noche estaba de suma gravedad y recibió el Santo Viático con dobles de campanas y repetidos rezos; poco después los bronces tocaban agonía, y a las tres de la mañana fallecía de una calentura maligna, al decir del físico del Regimiento de Cantabria.

Estando su féretro en la Catedral recibiendo honores fúnebres, con gran pompa, mientras el órgano entonaba sus salmodías, el incensario humeaba y el inmenso público oía con fervor el canto religioso, la misteriosa paloma tendió rápida su vuelo y fué a posarse sobre el ataúd que contenía los despojos mortales del bondadoso obispo Balbuena, y después de un largo rato ascendió tendiendo sus

alas, giró al rededor de la nave central tres veces, y desapareció por uno de los ventanales del templo, perdiéndose en el misterio de la inmensidad azul como un copo de niebla alba.

Lo mismo ocurrió en 1648 estando celebrando honras fúnebres en esta Catedral por la memoria del obispo fray Damián López de Haro, muerto en la Margarita....

Así lo rezan los papeles viejos de mi viejo archivo. Y dice Shakespeare: "Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible". Y agregamos nosotros: Hay un hilo misterioso en el laberinto del desenvolvimiento de la humanidad!

Villa Los Pinos,
Nov. 30 de 1917.

---

# Una buena espada Toledana

## (1625)

### I

Corría el año 1625 y había expirado la tregua de doce años entre España y la República de las Provincias Unidas de Holanda. Francia, guiada por el cardenal Richelieu, se unió a los holandeses para atacar a España. Por otra parte, el rey Felipe IV estaba entregado a su favorito el conde-duque de Olivares, que para adular al joven monarca y dominarlo, le ofrecía el triunfo completo contra todos sus enemigos.

Acababa el nieto del Gran Capitán de ganar la batalla de Flerus, obligando a las huestes protestantes a meterse en Holanda con el resto de sus acuchilladas tropas. Y ardía la guerra fuertemente en Flandes y Alemania. En este estado de cosas bajaron las escuadras holandesas a atacar las posesiones españolas de América, saqueando a San Salvador, Lima y Callao.

Para esa remota época continuaba la ciudad de Puerto Rico olvidada, sin amurallar y con una muy pobre guarnición; sin contar con las hermosas defensas, después construidas, de los castillos San Antonio, San Gerónimo y San Cristóbal.

## II

Una mañana del mes de Septiembre, del año indicado, apareció frente a la ciudad una escuadra holandesa de 25 urcas, que al favor del alisio brisote del mediodía se entró de sorpresa dentro del puerto a velas desplegadas, como si hubieran penetrado en un surgidero holandés.

Los artilleros del Morro hicieron fuego, pero tan torpemente, por el mal estado de la artillería del Castillo, "que muchas piezas al primer tiro se apeaban por estar las cureñas y encabalgamientos viejos, y algunos cañones había cuatro años que estaban cargados".

No fué posible impedir el desembarco de tan formidable enemigo. El vecindario acobardado huyó a los campos; y las autoridades se refugiaron en el Morro.

Comandaba esta escuadra enemiga el general Bouduyno Enrico, delegado del Príncipe de Orange. Pidió con heraldo y bandera blanca, la entrega de la plaza, al gobernador don Juan de Haro, quien le contestó, que si todo el poder de Holanda hubiera desembarcado, a todo el poder de Holanda le haría frente; y que si quería la entrega de las llaves del Morro que las fuera a coger.

Bouduyno Enrico ordenó inmediatamente sitiar aquella fortaleza y se emplazaron baterías entre el llano que media entre el castillo y la ciudad. El asedio aumentaba de día en día y los sitiados tuvieron que hacer una salida repentina para contener el ímpetu de los sitiadores. A pesar de este esfuerzo de valor el cerco se iba estrechando.

## III

Una mañana aproximóse tanto un destacamento a los baluartes, a hacer fuego de mosquetería

contra los sitiados, que el capitán holandés, que los dirigía (y que se sigue creyendo fuera el propio Bouduyno Enrico en persona) se distinguía perfectamente al frente de su gente por las plumas amarillas de su casco y su apuesta figura. El bizarro capitán de negro peto y brillantes botas tenía intenciones de asaltar el castillo, tal era el denuedo y osadía con que se iba acercando a los fosos y exploraba los rebellines.

De repente se oyeron crugir las cadenas del puente levadizo del Castillo y salió un pelotón de tercios castellanos, dirigido por don Juan de Amézquita y Quixano, primer comandante de San Felipe del Morro. Los holandeses al verle se replegaron activos y se formaron en batalla para pelear cuerpo a cuerpo, a fin de sostener la acometida de los sitios y obligarles a retroceder y a encastillarse de nuevo.

Contra los sitiadores se adelantó con rapidez y arrogancia el intrépido capitán Amézquita, con su airoso chambergo español, cuyas plumas rojas batía la brisa y el sol abrillantaba. Vestía coleto de gamuza y recias botas de cuero cordobés, sin espuelas; y al costado espada toledana de cazoleta calada, cuya fina hoja empuñaba entonces en su diestra. Bien templado acero que tenía grabado el mote de "No me saques sin razón, ni me guardes sin honor". Los retorcidos mostachos a lo Felipe IV, que lucía el mancebo, revelaban su carácter enérgico y su fiereza militar.

Al verle avanzar, se adelantó el Capitán holandés en actitud de combatir personalmente con el Capitán español. La tropa de una y otra parte, que lo comprendió así, se formó en línea a contemplar aquel duelo singular de sus dos valientes paladines. Estos combates personales eran muy frecuentes en aquellos caballerosos tiempos de retos

y desafíos entre hidalgos, y gustaban mucho en los ejércitos. Se les daba gran importancia y hasta se creía, supersticiosamente, que influía en ellos el Destino. El duelo iba a ser a espada y daga. Todavía se usaba esta arma, o el puñal o la capa para hacer los quites.

Los capitanes casi eran de igual estatura. Desde los primeros momentos se reconoció que entrambos conocían el manejo de las armas que esgrimían. Buenos discípulos de Capo Ferro y Carranza Pacheco, los mejores maestros de esgrima de aquellos tiempos. No cruzaron sus aceros, sino que mantuvieron sus espadas en guardia de punta, sus dagas a la altura de sus petos. Entonces avanzaron con precaución, contraidos sus músculos a lo felino, prontos a caer sobre su adversario descuidado. El combate estuvo vario e incierto. Los golpes se sucedían y los quites eran sorprendentes. El holandés estrechando a Amézquita le hizo retroceder, y girando de flanco, trataba astutamente de ponerle de cara al sol. El capitán del Morro le siguió hábil, acomodándose a los intentos de su contendor, plegó los ojos para resistir la luz solar y expresamente se puso en condiciones de que su enemigo se tendiera a fondo. El silencio que reinaba en aquellos trágicos instantes era religioso. El capitán holandés, conseguido su intento, preparó su estocada, y creyendo que el español estaba deslumbrado por la viva luz solar, que le daba de plano en el rostro, y que era debilidad y torpeza aquella actitud, se fué a fondo impetuosamente. Amézquita hizo el quite con la daga, desviando el acero de su enemigo, que no pudo replegarse a tiempo, y le introdujo la espada toledana en el gollete, de donde brotó un borbotón de sangre bermeja.

Cayó el caudillo del Príncipe de Orange, recogiéronle sus heraldos, y volvieron las espadas sus soldados desalentados.

Los holandeses dolosamente, incendiaron la ciudad al retirarse a sus urcas, después de entregarse al saqueo y rapiña de las casas. No obstante, fueron perseguidos y escarmentados por los pedreros de las Caletas al reembarcarse; y la mosquetería de la Marina hizo muchas bajas en los fugitivos; teniendo el enemigo que abandonar rápidamente el puerto con pérdida de algunos buques y mucha gente.

IV

Enterado el rey Felipe IV de la bravura demostrada por el Capitán puertorriqueño don Juan de Amézquita y Quixano le premió con mil escudos, le ascendió en su grado y le nombró gobernador de Santiago de Cuba. Cargo que renunció don Juan a los pocos meses de desempeñarlo, para regresar a su querida tierra.

Bouduyno Enrico no falleció en el duelo sostenido con el denodado Amézquita, por que sus heraldos al recogerle pudieron dar lugar a que le curaran a tiempo la cuchillada del cuello. Al año siguiente "al frente de la Habana, el día 2 de Julio, sucumbió este almirante holandés, de resultas de una herida recibida el año anterior en Puerto Rico, peleando cuerpo a cuerpo con el capitán don Juan Amézquita". Estas palabras del cronista cubano testifican la verdad de las viejas tradiciones criollas, que posteriormente han negado con suma ligereza algunos de nuestros escritores.

En el Campo del Morro hay un monumento conmemorativo de esta gran hazaña y señalado triunfo. El nombre del heroico Capitán puertorriqueño brilla por su ausencia; y en cambio hay otros con grandes letras y en soberbia lápida de mármol. Aquí debemos exclamar con Shakespeare: ¡Cuán diverso es el hombre del hombre! Y añadimos nosotros: ¡Qué repugnante herrumbre es, en una sociedad, el olvido de sus muertos de valía!....

[illegible]

# Una buena jugada de naipes

(1631)

I

Orgullosísimo estaba don Iñigo de la Mota Sarmiento por haber concluído el cerco de piedras de la ciudad, que iniciara en 1631 su antecesor don Enrique de Sotomayor. Y su regocijo subió de punto cuando pudo en 1639 transformar la fortaleza de Santa Catalina en Casa de Gobierno y habitación de los Gobernadores. Con tal motivo hubo fiestas, corridas de caballos y bailes.

En uno de estos bailes le robó el corazón a Juana Manuela, la hija de don Iñigo, el apuesto teniente del Regimiento don Alonso de Aguilar.

Si bella era la sevillana hija del Gobernador con su pálida tez de azucena, hermosa cabellera negra y brillante, y sus ojos húmedos que parecía que acariciaban con sus miradas seductoras, gallardo era el oficial, hijo de Medellín, y paisano de Hernán Cortés.

Cuando don Iñigo se percató de estos amores, montó en santa y fraternal indignación, porque Alonso de Aguilar, el novio de su hija, no solamente era un pendenciero, sino una bala perdida, un manirroto, no afincado, y jugador sempiterno, sin condiciones según afirmaba el Gobernador, ni

para ascender en su carrera ni para ser un buen padre de familia.

Don Iñigo hizo venir a su presencia a Juana Manuela y después de una fuerte reprimenda le manifestó que si continuaba en amores con el teniente Aguilar la embarcaba para España y la metía en el convento de Monjas Carmelitas de Cádiz.

Luego ordenó que se presentara en su oficina el atrevido doncel, novio de su hija, y terminada una filípica en toda regla le agregó como despedida las siguientes frases:

—Queda usted enterado, teniente Aguilar! No quiero que continúe usted molestando a Juana Manuela, y sepa que si me contraría le va en ello la vida! Hemos concluido! Puede usted retirarse!....

De más está decir, que los discursos del Gobernador fueron voces que se llevó el viento; y que Aguilar siguió escribiendo a Juana Manuela y Juana Manuela a Aguilar, ya que no podían verse en ninguna parte. La contrariedad de don Iñigo aumentó en ellos extraordinariamente el amor que se tenían, y centuplicó sus arrobadores ensueños.

## II

Transcurrido algún tiempo y con ansias de verse, Alonso de Aguilar pidió una cita a Juana Manuela para el huerto de la Fortaleza. Para aquella remota época todos los alrededores y parte de atrás de Santa Catalina estaban llenos de plantas silvestres y árboles frutales hasta la misma Puerta de San Juan por un lado y hasta la Capilla de la Concepción por el otro. Y hacia el fondo del patio interior había una escalerilla de material, trabajada en el muro, que hoy está cubierta y tapiada en la muralla posterior, haciéndola invisible.

El teniente contaba con el beneplácito de la

guardia, en la cual tenía buenos amigos. A la caída de la tarde escaló el paredón y encontró a Juana Manuela que ya lo esperaba en el kiosco del fondo de la huerta jardín. Al ver Juana Manuela a Alonso de Aguilar le saludó cariñosamente, dióle la mano y díjole con voz afable y triste sonrisa:

—Por fin puedo volver a hablarte. Mi padre está furioso contra nosotros y está resuelto a meterme en el convento de Monjas Carmelitas de Cádiz; y me ha dicho que si te sorprende por estos alrededores está dispuesto....

—A matarme. ¡Ya me lo ha dicho a mí encolerizado! Poco me importa que me mate, después que yo te vea y oiga tu dulce voz, Juana Manuela de mi vida....!

Y los negros ojos de Aguilar despidieron relámpagos de amor. La enramada era espesa y trascendía la fragancia suave de las flores silvestres. Juana Manuela estaba más hermosa que nunca, realzada su belleza por el enigma de la soledad. Cuántos ensueños se acarician sobre el ala flebe de la fantasía junto a una doncella núbil!

—Seamos prudentes, Alonso! No ganaríamos nada con provocar las iras de mi padre. Mejor es buscar amigos e influencias en la Corte. A Dios plegue.... pero, ah! vete, vete en seguida, que viene gente hacia este sitio! Gritóle aterrada la joven.

Imposible ya marcharse. Los enamorados jóvenes ignoraban que el Gobernador había dado cita, precisamente también para la huerta-jardín y a aquella hora, a los Oficiales Reales, para tratar asuntos de gobernación en sitio tan fresco, porque la temporada era sumamente calurosa; y fueron sorprendidos, en su interesante coloquio y amorosa expansión, por aquellos inoportunos recién llegados. El Gobernador, reprimiéndose en cuanto pu-

do, aunque un color se le iba y otro se le venía, arrugó la frente y dijo al oficial con voz firme:

—Señor teniente Alonso de Aguilar, espéreme usted en mi despacho!

Y después de terminar el asunto que le llevó al kiosco con los Oficiales Reales, entróse don Iñigo en el cuartelillo de retén, llamó al Capitán de la guardia y subió a su oficina. Al entrar en su despacho sus ojos llameaban. Aguilar contemplaba tranquilamente un cuadro al óleo y se volvió al sentir los pasos de don Iñigo. Este exclamó con ronca voz:

—Señor Capitán, lleve usted preso a las bóvedas del Morro al teniente don Alonso de Aguilar. Me responde usted de él con su vida!....

El Teniente avanzó un paso, y con aspecto sereno saludó militarmente y siguió al Capitán. Detrás de ellos fué al poco rato un ordenanza con un oficio para el Comandante del Castillo, comunicándole el irritado don Iñigo, que Aguilar era reo de Estado y que lo pusiera preso en la bóveda de la izquierda. Hay que saber que de esta bóveda se salía o para ser fusilado abajo, en la batería de flor de agua, o para ser ahorcado detrás del bastión del polvorín.

## III

—He llamado a usted, señor Asesor, para que incoa un expediente sumarísimo al teniente don Alonso de Aguilar, preso por conspirador e instigador a rebeliones dentro del Regimiento para perturbar el órden público y saquear la ciudad. Por convenir a la tranquilidad de este presidio y dar a la guarnición una muestra de energía y carácter del Gobierno será ejecutado dentro del Castillo del Morro.

—Pero....

—No hay pero; usted sabe que tengo las facul-

tades omnímodas de Jefe de plaza sitiada; y quiero que se me respete y obedezca ciegamente. En mi juicio de residencia podrá usted formular a su tiempo el cargo que guste.

—Está bien, señor Gobernador. Cumpliré con lo ordenado, reservándome mi derecho, por si tuviese necesidad de hacer uso de él en mi defensa.

## IV

El teniente Aguilar penetró en la bóveda que se le había destinado y se echó a descansar en un camastro. Al día siguiente, a medio día, entró el Capitán del Regimiento a verle.

—Hola, chico, bienvenido seas! me aburro aquí de lo lindo, díjole Aguilar.

—Traigo para ti una misiva del Gobernador, bastante agria.

—Pues, desembucha.

—Pues, te ha condenado a muerte por conspirador e instigador a rebelión dentro del Regimiento; y sin apelación!....

—Venganza de don Iñigo, porque le cortejo su hija. Egoismo de viejo goloso. Juana Manuela me quiere y eso le molesta!....

—Lo peor es que tengo la orden de leerte la sentencia y de cumplimentarla.

—Pues ahórrate el leérmela. Tú sabes, que me llamo Alonso de Aguilar y de Quirós. Soy hidalgo de buena cepa. '"Después de Dios la casa de Quirós". Este es nuestro mote. Tengo, por tanto, derecho a que se me trate como tal. No puedo ser ahorcado ni extrangulado. Hay que cortarme la cabeza. ¿Dónde está el verdugo? Como cristiano, tengo derecho a los auxilios espirituales de nuestra religión en artículo de muerte. ¿Dónde está el sacerdote? O es que don Iñigo quiere asesinarme a mansalva y tú te prestas a ello....

—No, no, yo soy tu amigo y pondré en conocimiento del Comandante del Morro tus derechos, pues el Gobernador ha ordenado que se facilite todo lo necesario para cumplimentar su orden y exigiré lo que me pides para complacerte.

—Pues chico, mientras te facilitan lo que pido y exijo, voy a pedir un favor de tu galante fineza, que también todo reo en Capilla tiene derecho a una gracia.

—Tú dirás....

—Tengo en el bolsillo la paga del mes: mientras viene el sacerdote y el verdugo jugaremos un poco a la baraja. Si no tienes dinero yo te lo presto.

—Convenido....

El Capitán era joven, arriscado y genial, y quería complacer a su amigo en todo. Como el calabozo estaba con poca claridad, porque la tarde iba cayendo rápidamente, prendieron el farol y a su luz temblona prepararon la mesa para tallar.

## V

El Capellán del Castillo había salido y fué preciso ir a buscar al Obispo. Enterado de lo que se trataba, enteró a su vez a su Ilustrísima, quien, indignado, marchó en seguida a la Fortaleza a ver a don Iñigo. Trabajo le costó obtener el perdón de Aguilar. Ofrecióse a ser padrino de los novios y regalarles un viñedo que tenía en Extremadura. El Gobernador dió su consentimiento después de entretener al Obispo largo rato y calcular, mirando el reloj de pared, de que ya el Capitán habría ahorcado al Teniente, con las facultades plenas que le había concedido. Su Ilustrísima marchó inmediatamente para el Morro.

## VI

Antes que el Obispo, había llegado al Castillo el Capellán. Y enterado del lugar que ocupaba el reo, se dirigió a la bóveda de la izquierda y muy conmovido, llamó a la puerta. El Capitán y el Teniente estabán jugando a la baraja. Tallaba el Teniente.

—Quién vá? gritó el Capitán.

—El Capellán del Castillo.

—Abrele la puerta, dijo Aguilar.

Al ver el padre Vega la mesa de juego y a Aguilar tallando se reaccionó y exclamó:

—Qué es ésto?

—Padre, estoy jugando mi paga antes de irme para el otro mundo. Tengo derecho a pedir una gracia, como reo en capilla, y el Capitán generoso, ha accedido a mi solicitud.

—Hombre, pues siga usted, que a mi me gusta también, a fe de cristiano viejo, el juego de naipes.

Al poco rato volvieron a llamar a la puerta. Se levantó el Capitán y fué a ver quién era.

—Quién llama?....

—El verdugo.

—Pues entra, dijo el Capitán abriendo, y espera ahí sentado que ya te llegará el momento de cumplir con tu deber. Traes el tajo?

—Sí, señor.

—El hacha tiene buen filo?

—Sí, señor.

—Pues, quédate en ese rincón del calabozo, que ya te avisaré.

Y volviéndose el Capitán a la mesa llegó oportunamente para jugar el entrés, que había pedido el padre Vega. Ganó la banca.

—Pues, Teniente, eche usted un elijan, dijo el padre Vega.

Volvió a ganar la banca. Entonces exclamó Aguilar:

—La suerte me favorece en el juego y me es adversa en amores. Talle usted, padre Vega, a ver si le va mejor.

Así se iba el tiempo rápidamente. El Capitán había hecho traer tabacos y vino de Jerez. Entre tanto, el verdugo, recogido en el sitio que le habían designado, estaba inmóvil lanzando siniestras miradas a los jugadores, que no hacían caso de él. Pasadas dos horas, volvieron a llamar a la puerta.

—Ira de Dios! exclamó Aguilar. No abras! Que me dejen pasar tranquilo los últimos instantes de mi existencia!....

El Capitán no abrió. Prendió un tabaco y echó vino en las copas. La paga de Aguilar disminuía con rapidez y se aproximaba el momento trágico. Volvieron a llamar con insistencia. Los golpes esta vez eran muy violentos. Aguilar había puesto su última moneda al rey de espada. Entonces, se oyó la voz de trueno del Comandante del Morro.

—O abren la puerta u ordeno derribarla a hachazos....!

El Capitán al oir la voz del Jefe del Castillo, corrió a abrir. Penetró el señor Obispo, seguido tumultuariamente de varios militares de la plaza.

—Aquí te traigo el perdón, Alonso de Aguilar! exclamó conmovido su Ilustrísima. Yo seré el padrino de tus bodas. Embarcarás luego, para España en el primer galeón que toque aquí de la línea de Nuevo México.

Y abrazó al reo. Todos se arrodillaron para dar gracias a Dios. Mas el perverso ejecutor de la Justicia salió de la bóveda exclamando:

—Ninguno se acuerda de dárselas a la baraja, que si no es por ella hace dos horas que yo lo hubiera escabechado!....

El renegado verdugo no comprendía, que la ba-

raja fué el medio de que se había valido Dios para evitar que don Iñigo de la Mota Sarmiento, deslustrando su buena hoja de servicios a S. M., cometiera tan espantoso desaguisado.

---

# La Virgen de Belén

## (1632)

### I

El joven Jorge, piadoso varón habiendo cumplido su año de noviciado en el Convento de Santo Domingo de Guzmán, de esta ciudad, profesó. Como era natural de San Juan y de familia rica, su ingreso en la orden Dominica fué con todo esplendor. El anfitrión no cabía en sí, de gozo, una vez realizadas sus aspiraciones.

Fray Jorge Cambero era muy devoto de Nuestra Señora de Belén, cuya imagen, traída de España, y puesta en un cuadro pequeño como de tres cuartas, estaba colocado en el dormitorio del Convento desde tiempo inmemorial. Se decía que estaba en el edificio desde la fundación de la Orden en esta isla, en 1523.

### II

Llegada la hora de recogerse los monges en la celda general, entró por primera vez en ella Fray Jorge, que del dormitorio de los novicios pasaba al de los conventuales, por haber profesado ya.

Recogido todo el personal y reinando un profundo silencio, Fray Jorge no pudo conciliar el

sueño con las emociones del día. ¡Habían sido tantas! Había abandonado en definitivo el mundo, donde más de una dama gentil le quiso cautivar y se acogía bajo los pliegues de la bandera de combate de Santo Domingo, con su especial devoción a la Virgen de Belén.

Estando en estas reflexiones y trazándose el nuevo rumbo que tenía que seguir, se le pasaron las horas de la noche y ya de madrugada detuvo sus pensamientos al escuchar una música sutil y divina que penetraba en sus oídos como una plegaria santa.

Emocionado en alto grado quiso darse cuenta de lo que oía y al dirigir su vista al altar donde estaba la imagen de Nuestra Señora de Belén, notó con gran sorpresa un coro de ángeles cantando a maitines a la Virgen. Se puso de rodillas frente a su cama a escuchar estático aquella divina salmodia y notó al mismo tiempo que todos sus compañeros de salón dormían profundamente.

III

Jamás olvidó Fray Jorge Cambero lo que había tenido la dicha de presenciar la noche del día que profesó. Luego supo de su confesor que otros monges habían tenido la dicha de él....

Su devoción y culto a Nuestra Señora de Belén fué desde entonces mayor que el que la tenía, y por fin alcanzó el puesto de Provincial de la Orden con la ayuda y protección de la Virgen de Belén.

Y una vez al frente del Convento puso Casa de Estudios de Artes y Gramática castellana y latina, no sólo para los novicios, sino también para los vecinos de la ciudad que quisieran estudiarlas.

No volvió Fray Jorge a oir cantar a maitines a los ángeles; pero le bastaba cerrar los ojos y ponerse en éxtasis, para recordar aquella dulcísima

plegaria que embargó toda su alma la noche de su profesión.

Bendita fe de nuestros mayores, tan grande como la de Bernadeta en Lourdes. ¡Qué milagros realiza ese éxtasis arrobador de amor celeste, desentrabado de los lazos mundiales!....

---

# El matador de tiburones

## (1640)

### I

Ardía la Aguada en fiesta. Frente a la hermosa bahía estaban anclados los galeones que conducían al Virrey de Nueva España y al Obispo de Tlasteca. Los nobles hidalgos desembarcaron en lo que la armada se aprovisionaba de agua y bastimentos para seguir viaje a Veracruz.

El Virrey, marqués de Villena y duque de Escalona, quiso dejar memoria de su llegada a un puerto de esta isla, y pidió al Teniente a Guerra un niño para apadrinarlo y protegerlo. Se buscó el infante, y le echó las aguas bautismales el obispo acompañante D. Juan Palafox y Mendoza. Al niño se le puso por nombre D. Diego de Pacheco, como su ilustre padrino. Todo esto ocurría allá por el año de 1640.

El gobernador D. Agustín de Silva y Figueroa y el prelado D. Fray Alonso de Solís estuvieron en la Aguada a cumplimentar a tan altos dignatarios.

Los rumbosos festejos habidos, fueron ruidosos y de ellos hablan los cronicones de la isla.

### II

En el banquete que se dió en la Casa de Rey

en honor de los representantes de S. M. dijo don Diego de Pacheco:

—Señores, lo que más me ha llamado la atención en este largo viaje ha sido, que dos días antes de arribar a estas playas, hemos pescado un pez horrendo, que llaman tiburón. Tenía cuatro varas de largo y la tremenda boca guarnecida de unas hileras de dientes movibles. Muerto y echado sobre la cubierta del barco infundía pavor tan feroz animal.

—Pues señor Virrey, aquí en la Aguada hay quien lucha con un tiburón y lo vence, contestó el Teniente a Guerra.

—¿Qué dice usted, amigo mío?—replicó el Virrey sorprendido; y añadió—¿Puede ser eso verdad? Gustaríame presenciar tan sorprendente combate.

—Tenemos un pescador ribereño, que suele batirlos cuerpo a cuerpo y siempre con feliz éxito.

—Pues llámelo usted que deseo conocerlo.

III

Rufino, el indio, era un matador de tiburones. Moraba en la aldehuela Aguadilla, frente al surgidero de las naos, y vivía de la pesca. Mocetón de más de veinte años, era de baja estatura, ancho de espaldas, fornidos miembros y color achocolatado. A simple vista, se descubría en él el cruce de las razas pobladoras de esta isla. Ojos grandes, nariz aguileña, labios gruesos, pelo negro y abundante. Simpático, humilde y complaciente. El Teniente le mandó llamar y le dijo:

—Muchacho, nuestros nobles huéspedes desean verte peleando con un tiburón. ¿Estás dispuesto a ello?

—No, señor.

—¿Por qué?—interrogó con extrañeza el Teniente.

—Porque no tengo mis escapularios de la Virgen del Carmen.

—¿Y dónde están?

—Estaban muy deteriorados y los envié al Convento de Monjas Carmelitas de la Capital para que me los compusieran.

—Te daré cuatro pesos fuertes, si peleas mañana con un tiburón en presencia del Virrey y del Obispo que van para México.

—No puedo, mi Teniente; necesito mis escapularios de la Virgen del Carmen.

—Te daré ocho pesos....

—No puede ser, señor!

Presentado Rufino al Virrey, enterado éste de la negativa rotunda del pescador, lo trató con sumo afecto y le dijo sugestivamente:

—Mañana pelearás con un tiburón y además de los ocho pesos fuertes que te dará el teniente, yo te regalaré una onza de oro española.

## IV

El matador de tiburones se pasó toda la noche pensando en su aciaga suerte. Cuando se le presentaba oportunidad de ganar un puñado de dinero, que le sacaría de tantos apuros, se encontraba sin sus queridos escapularios de la Virgen del Carmen, sin los cuales jamás había salido al mar, ni siquiera a pescar.

Descansó poco. Levantóse temprano y buscó su daguilla de combate, que llamaba *mi alfiler*. Este era un largo puñal, hecho de una escofina y con un fuerte cabo de hueso. Tenía una pulgada de ancho y trece de largo. Lo aceitó y guardó en su vaina de cuero; tenía en el cabo una manija, de

currricán, para asegurarlo en la muñeca cuando se arrojaba al mar a combatir a los escualos.

Salió y fuése a la plaza. El mar estaba como una lámina de acero, terso y límpido. Los galeones reales lucían sus vistosas banderolas y los barcos pescadores regresaban al puerto con su pesca. Entró en un bodegón a desayunarse.

V

Como a las diez de la mañana hubo algazara en la playa. Los que atalayaban avisaron al Teniente a Guerra que un tiburón había entrado en la bahía. El Teniente avisó a sus hidalgos huéspedes y toda la comitiva se dirigió a la playa.

Rufino no había salido del bodegón. Allí estaba pensativo, con las manos sujetándose la cabeza. El ruido de la playa llegaba a él como una provocación; pero él no se movía. La gritería iba en aumento.

El dueño del bodegón tocó en el hombro a Rufino. Este levantó la cabeza y exclamó:

—¿Qué hay?

—Que hoy vas a ganar mucho dinero.

—No sé....

Entonces se levantó, nervioso y preocupado y se elejó de allí. Se dirigió a la playa. La multitud lo invadía todo. Llegó a la dársena de los botes y miró al horizonte, poniéndose la mano de visera sobre la frente. Apretó los puños con ira. Había divisado la aleta negra del tiburón sobre las ondas. El voraz animal husmeaba que comer cerca de los galeones. El Teniente ordenó que le arrojasen un perro chino para atraerlo a la orilla. La orden se había cumplido. Tan pronto lo divisó el monstruo, se hundió la negruzca aleta, para virarse el

escualo y poder devorar al infeliz perrillo. Un espumarajo de sangre manchó la superficie del agua.

VI

Rufino lo había visto todo. Le brillaron los ojos de coraje con deseos de combatir la fiera. Corrió a la punta de la dársena. Se desvistió rápidamente y daga en mano se lanzó impetuoso al mar. El gentío aplaudió con estrépito.

La aleta negra del tiburón, como una velilla latina, volvió a aparecer sobre el mar. Rufino nadó con bravura hacia ella. De repente desapareció la siniestra aleta negra y también zambulló el pescador. El agua se movía convulsivamente. Debajo de la superficie se desarrollaba la encarnizada lucha. Rufino era un gran buzo, pero la ansiedad y expectación eran muy grandes.

Apareció sobre las ondas el muchacho y se vió que nadaba apresuradamente hacia tierra. Al llegar a la orilla se desmayó. El pueblo acudió en tropel en torno del pescador, que estaba muy pálido. Hubo necesidad de auxiliarle. Su boca estaba teñida de sangre. Vuelto en sí, se sentó transido de ansiedad. Miró su daguilla. Estaba límpida el acero, pero rojo el hueso del cabo. Escupió y al ver que escupía sangre exclamó triste:

—Ah! ¡mis escapularios, mis escapularios!....

De pronto gritó con alegría:

—Allí está!.... ¡Allí está!.... ¡Lo maté!.... Pero, ¡ay! él también me ha herido!....

Rufino, al clavar por segunda vez su puñal al monstruo moribundo, recibió un aletazo en el pecho que en poco le priva de conocimiento, y, perdido el sentido, se hubiera ahogado.

El gentío vociferaba atrozmente. Sobre la superficie de las aguas se iba destacando el horrible

animal, con su espantosa boca abierta, privado de la vida. Diestros ribereños, en sus pequeños esquifes, empezaron a remolcarlo hacia tierra.

VII

El Virrey se acercó al grupo donde estaba Rufino, puso su diestra sobre la cabeza del matador triunfante y le dijo:

—Eres un valiente, pero no vuelvas a repetir esa hazaña.

Y le entregó dos onzas españolas. Al poco rato la gorra del pobre ribereño estaba llena de dinero. Hasta los marinos de los galeones, que habían presenciado su heroicidad, le enviaban su regalo en toda clase de monedas.

Fué conducido Rufino a su bohío en brazos de sus amigos. Estubo gravemente enfermo por algún tiempo, pero su recia naturaleza venció el mal y cicatrizó su pulmón herido. Compró redes de pescar y un buen bote y no volvió a combatir con los monstruos del mar. En el comedor de su cabaña, pendiente del seto, guardaba como trofeo de sus victorias la célebre daguilla rodeada de dientes de tiburones.

# La hija del verdugo

## (1765)

### I

En el año que ocurrió el episodio que vamos a narrar, el hermoso edificio situado en la plaza de Baldorioty y que llamanos *La Intendencia,* no lo adornaba una fachada tan artística como la que hoy posee, y su inmensa mole bastillesca estaba dedicada a Presidio. La plaza principal era el mercado.

Entre las personas que habitaban esta sombría cárcel estaba el verdugo, que había sido enviado de España con nombramiento a perpetuidad. A este personaje *oficial,* que había embarcado en Cádiz con rumbo a San Juan de Puerto Rico, se le había permitido traer una niña de diez años, único ser que constituía la familia del verdugo. La señora del Alcayde acogió la muchachita y la educó a su mano, utilizándola como sirvienta.

María Dolores—este era el nombre de pila de la hija del verdugo—supo captarse la buena voluntad de su protectora, y subió tan hacendosa como modesta y buena, tanto que en el Penal todo el mundo la quería mucho, especialmente los presos que habían notado que siempre que venían reos del campo conducidos a pie por la ruta, al pene-

trar en el soportal o pórtico de la cárcel, ya estaba María Dolores, caritativa, con su cacharro de agua fresca para apaciguar la intensa sed de aquellos infelices.

Al verdugo le dejaban un rato de solaz cada día, a la prima noche, y el ejecutor de la Justicia se iba con su hijita a rezar el rosario a la iglesia de Santo Tomás de Aquino (hoy San José) y después se sentaba, huraño, en la plazuela de Santo Domingo a tomar el fresco de la noche. Prendía su pipa y fumábala toda mientras María Dolores se paseaba por la plazuela y al poco rato retornaba al Presidio por la calle del Cristo.

Andando los tiempos creció María Dolores, fué núbil, y todos tenían que hacer elogios de ella porque unía a su gentil belleza andaluza una gran modestia. A pesar de vivir entrando y saliendo en la cárcel nadie se le atrevía con alguna palabra ofensiva porque su aspecto serio y noble infundía respeto. Continuó acompañando siempre a su padre a rezar el rosario en los Domínicos. Dejaba al viejo verdugo en la plazuela fumando su pipa y ella se corría por todo la calle de San Sebatían a dar un buen paseo. Al regresar, por lo común tenía que despertar al padre, que, terminaba su última fumada, entraba a dormitar, y regresaban al Presidio más o menos tarde en la noche.

## II

En este tiempo llegó a la Capital un Comisario Regio, don Alejandro de O'Reilly, a imponerse del estado de esta posesión española. Una de las principales medidas de O'Reilly fué reorganizar las Milicias Disciplinadas y los Cuerpos veteranos de esta plaza. Con este motivo hubo gran movimiento

de gente en la ciudad, provocado por el banderín de enganche.

Entre los rechazados había un joven canario, fornido y guapetón, que exigía que siendo Cabo, al reengancharse lo hicieran Sargento. Tenía en contra al Capitán de la primera compañía del Regimiento, y al presentarse en queja a O'Reilly lo hizo con tal altanería que el Comisario Regio dispuso que no lo admitieran. Al saberlo el arrogante Betancourt exclamó:

—Yo nací para mandar y no para que me manden.... y mandaré!....

Aquella misma noche organizó una cuadrilla de salteadores y empezó a ser el terror de la ciudad.

Entonces no existía el barrio de la Marina, que posteriormente se formó con terrenos ganados al mar y se ha dedicado al comercio. No había más que un caminito que conducía a unos tejares levantados donde está hoy el Arsenal. Todo lo demás estaba bajo el agua. Los buques fondeaban frente a la puerta de San Juan y las pulperías y mercerías estaban en las Caletas y en la plaza del mercado, la hoy de Baldorioty, llamada *Plaza de las Verduras*.

La vigilancia de la ciudad la hacía una ronda de caballería. Dadas las diez de la noche nadie podía salir a la calle, las que estaban a obscuras como boca de lobo. El sujeto que topaba la ronda lo detenía incontinente y le echaba esposas uniéndolo a la comitiva de detenidos que llevaba a la prevención. El servicio de los *Serenos* vino muy después.

## III

En uno de los paseos de María Dolores a lo largo de la calle de San Sebastián, se entró a com-

prar unos caramelos en una dulcería de la esquina de la calle de San Justo, llamada *El Trueno.* Al salir estaba en la puerta un joven que le dijo:

—¡Viva la gracia! Qué lindos ojos negros! No puedes negar que eres de Cádiz, porque vas derramando sal por donde pasas!....

María Dolores miró al joven, se sonrió, y sin cortarse le respondió finamente:

—Gracias, caballero!....

Y regresó a la plazuela de Santo Domingo para acompañar a su padre al Presidio. Se repitieron los paseos y también las entrevistas, siempre en la serenidad y paz de nuestras diáfanas noches tropicales, lo que prueba que a las mujeres todas les gusta que las galanteen. Esto es instintivo en ellas. El galanteador de María Dolores era nada menos que el terrible bandido Betancourt. Este se había enamorado perdidamente de la cándida doncella, quedando encantado de su espiritual dulzura, y la acompañaba a veces hasta la esquina de la calle de San José. Por fin le prometió que tan pronto redondeara sus asuntos, pues él era ambicioso, la iba a pedir en casamiento a su padre para establecerse en el comercio de provisiones en un pueblo de la Isla.

## IV

Las quejas del Comercio al Gobierno contra el mal servicio de las rondas fueron repetidas porque no pasaba noche que no saquearan una tienda. O'Reilly tomó carta en el asunto y aconsejó al Gobernador y al Cabildo que se redoblara la vigilancia de la ciudad y que se diera un castigo fuerte a los malhechores aprehendidos.

Una noche, atacando el almacén de comestibles de los señores Azperúa & Co., de la caleta de

San Francisco, fué copado un bandido de la Partida, después de haber dado muerte a dos dependientes vizcaínos.

Del lugar del suceso fué llevado al Cerro de San Cristóbal cuyo castillo no existía para aquella época, y con un proceso verbal, brevísimo, fué ahorcado en seguida, disponiéndose que durante 24 horas estuviera expuesto el cadáver a la vindicta pública para conocimiento de todos. Habiéndosele ahorcado a las cuatro de la mañana había que bajarle de la horca al siguiente día, a la misma hora, de modo que un inmenso gentío pudo desfilar por el campo de San Cristóbal y contemplar el cadáver del malhechor. Durante el día no se habló de otra cosa en la ciudad.

V

Aquella noche hacía una luna esplendente, sin un cendal de bruma, y María Dolores, como de costumbre, acompañó a su padre a la iglesia y a la plazuela. Y estando en ésta, dijo a su padre:

—Yo quisiera ir a ver al ahorcado. Debe ser una cosa horripilante!

—Valiente mal gusto, hija mía! Piensa en otra cosa. Da tu paseo de siempre y después a casa.

—Tienes razón, padre mío!

Y María Dolores, ciñéndose al talle su pañolón de vivos colores, echó a andar por la calle de San Sebastián. Al llegar a la dulcería *El Trueno* compró caramelos y al salir contó con encontrarse con Betancourt. Al verse sola, como la noche era tan hermosa y clara, caminó hacia el final de la calle y al divisar la puerta que daba a extramuros, volviéronle los deseos de ver al ahorcado. Y se dijo:

—Si estuviera conmigo Betancourt, le diría que me acompañara.

Con este pensamiento llegó al retén. El Sargento de guardia, que la conocía, le dijo:

—¿En qué andas, María Dolores?

—Sargento, todo el mundo ha visto al ahorcado menos yo, y mi padre no me ha querido acompañar.

—¿Quieres que te acompañe alguno del Cuerpo de guardia?

—No. La noche está clarísima y desde aquí estoy divisando la horca. Déjeme ir a matar mi curiosidad y rezarle un padre nuestro al ajusticiado, que yo me vuelvo en seguida, Sargento!

—Dios te acompañe, hija mía!

María Dolores echó a andar de prisa y al encontrarse frente al ahorcado dió un grito de espanto y se sintió agonizar. El que pendía de la cuerda era Betancourt, su novio. Un rayo de la blanca luna daba en la frente del ajusticiado. María Dolores tomó rápidamente la escalerilla de su padre y trepó ágil por ella. Al tocar el cuerpo del ahorcado se cercioró de que hacía tiempo que había muerto. Estaba frío como el hielo.

El dolor, como el amor, enloquece. En sus raptos de delirio no reflexiona. María Dolores, en su desesperación, trastornada por la intensa pena de aquella sorpresa, se quitó el pañolón de punto cordobés y atándolo al cordel de que pendía el joven bandido se ató al cuello el otro extremo y se ahorcó, abrazando convulsiva contra su palpitante seno el cadáver del infeliz Betancourt.

## VI

El longevo verdugo despertó en la plazuela de Santo Domingo, se restregó los ojos y exclamó:

—Me parece que he dormido mucho. Cuánto tarda esta noche María Dolores! Voy a su encuentro.

Y echó a andar. Antes de entrever la dulcería *El Trueno*, tropezó con la ronda de caballería, que le dió el alto.

—¿Quién va?

—El verdugo.

—¿Por qué, a estas horas, estás en la calle?

—Voy en busca de mi hija.

—A esta hora no puedes andar por la calle sin una licencia especial. ¿La tienes?

—No!....

—Pues, date preso. Cabo Sánchez, póngale usted esposas al verdugo y únalo a la comitiva. En marcha!....

Al pasar frente a la Catedral sintió el verdugo, que iba con la cabeza inclinada, que algo le había rozado la cara, levantó el rostro y vió un murciélago que se alejaba. Dos grandes lagrimones asomaron a sus párpados. Era supersticioso y tomó aquello por una señal siniestra. Al ser entregado en la cárcel el Alcayde le llamó y le dijo:

—Son las tres de la madrugada, prepare usted el servicio para a las cuatro bajar al ahorcado del patíbulo y conducirlo al cementerio. Después me dará usted cuenta de todo.

A la media hora de esta orden caminaba el verdugo hacia el Cerro de San Cristóbal. Al llegar al sitio se quedó aterrado. Por un momento permaneció en actitud estúpida por el terror de la sorpresa. Una mujer pendía de la cuerda junto al bandido y esa mujer era su hija María Dolores. Tomó trémulo la escalerilla, subió rápidamente y vió que hacía tiempo que su pobre hija había fallecido. Bajó de la escalerilla temblándole todo el cuerpo, vacilante, y notó que todo daba vueltas ante sus ojos vertiginosamente; después nublósele la vista, sintió un golpe de maza en el cerebro, giró sobre sus pies como un beodo y desplomóse. Un

ataque fulminante de apoplegía le había privado de la vida.

El sombrío ángel de las tristezas derramó sobre aquel fúnebre espectáculo el triste velo de sus melancolías.

## VII

Un gentío inmenso acudió al lugar de este trágico suceso. Hasta el Gobernador y el Obispo concurrieron. Nadie pudo explicar el misterio de la muerte del verdugo y su hija. Y hasta se creyó en una venganza de la cuadrilla de bandoleros que capitaneaba Betancourt.

Pasado algún tiempo el dueño de la dulcería *El Trueno*, dió a conocer al público que la desgraciada María Dolores era novia, no amante o querida del bandido Betancourt, porque aquella joven era muy virtuosa; y habían acordado casarse y establecerse en un pueblo de la Isla. Los descreídos continuaron creyendo que aquellas muertes habían sido una venganza de la cuadrilla de bandoleros por haberles ahorcado su jefe, y que el dulcero los encubría!....

---

# El Santo Cristo de la Salud

## (1766)

### I

Al final de la calle del Cristo, en San Juan, donde forma esquina con la de Tetuán, antes de los Cuarteles, existe una capilla cerrada. Un arco romano que sostiene una azotea, obstruye la vía pública en ese punto. La pátina de su antigüedad le da a esta ermita el tono de monumento histórico.

En los primeros tiempos de su construcción no existía más que la capillita levantada sobre el reborde de la muralla de vieja tapiería. Mano piadosa agrandó posteriormente el recinto con un arco romano y una pequeña azotea.

Allá por los años de 1753 vino a crearse este oratorio. Una tarde de grandes fiestas de San Pedro y San Pablo, se corrían caballos a escape en esta calle. Venía a ser el hipódromo de aquella época. La calle estaba sin empedrado, al natural, arena en unos sitios, barro y zanjones en otros y la empinada cuesta junto al Convento de las Monjas Carmelitas. No había aceras tampoco.

Los jinetes se agrupaban frente al murallón y de dos en dos, despedían sus cabalgaduras a escape en dirección del Convento de Dominicos. La meta era la puerta principal de Santo Tomás de

Aquino, hoy San José, suplantación que hicieron los Padres Jesuitas en 1860. Los jinetes regresaban después al paso al punto de partida, para empezar de nuevo su vertiginosa contienda.

Unos atrevidos jóvenes, que montaban briosos corceles, una vez descendida la cuesta al venir al punto de partida, pusieron sus caballos a galope a ver cual llegaba primero junto a la muralla. Sabido es que el murallón por el lado sur da al Presidio y tiene una gran elevación. Para los tiempos que nos ocupan no existía el Correccional. Uno de los corceles, el del arrogante mozo Baltasar Montañez, se desbocó y al llegar al pretil dió un terrible bote, salvó el muro, y, con espanto general, caballo y caballero fueron al abismo.

El secretario del Gobierno, General don Tomás Mateo Prats, que presenciaba las corridas desde el balcón de una de las casas contiguas, gritó convulso y religiosamente:—Sálvalo, Santo Cristo de la Salud!

II

El caballo se reventó contra los peñascos que había junto al alto paredón: el joven salió ileso milagrosamente....

Con motivo de este trágico suceso, el señor Prats, creyente y pío, levantó una capilla sobre la muralla de tapiería, con permiso del Gobernador, Vice-Real Patrono en estas Indias, y de su Ilustrísima el señor Obispo; y solocó allí un hermoso cuadro con la imagen del Santo Cristo de la Salud. Tomó fama de milagrera dicha imagen y todos los años se le hacían espléndidas fiestas religiosas costeadas por el vecindario.

III

Hoy—¡quién lo dijera!—no está de moda el

santuario del bueno y milagroso Santo Cristo de la Salud....

La gasa nebulosa del olvido se extiende por aquellos piadosos sitios como una desolación. La ermita se arruina lentamente. La envuelve una melancólica tristeza. Las cornisas están rotas y los paredones y arco romano desconchados. Ya no se oye por allí la sencilla plegaria, ni arde la lámpara votiva, ni se ven los ramilletes de flores naturales. Nada de ofrendas. Sólo se siente el dulce y apacible encanto de la soledad y el silencio de las tenebrosas sombras!....

El olvido impera en aquel recinto, es decir, la muerte en perspectiva....

Sociedad tonta y veleidosa, que hasta en la nobleza de tus cultos eres inconsciente e infiel.

---

# Guabacho

## (1772)

### I

Antiguamente las tierras en Puerto Rico estaban divididas en estancias y hatos: las estancias eran de particulares, los hatos de uso comunal. Los pueblos tenían en torno del caserío los ejidos, que eran una legua de terreno, en circunferencia, para desahogo del poblado y la futura expansión. Estas dividisiones obedecían a Las Leyes de Indias.

La estancia de don Antonio de Mathos, en 1772, comprendía desde el río de Camuy hasta muy cerca del Guajataca. Tenía más de siete leguas de grandor. Don Antonio era Capitán de Milicias y había construído su casa vivienda en una luminosa loma con vistas panorámicas espléndidas.

Las casas de campo de nuestros antepasados eran de dos pisos y no tenían fabricado el piso bajo; pero eran muy cómodas y espaciosas. Las construían sobre estantes enterizos de ortegón, maga o tortugo amarillo; no los labraban, sino que los clavaban en tierra, rollizos y profundamente. Había que contar con las violencias de los huracanes. El esqueleto de la casa lo formaban de escogida cuartonería de cedro macho o capá prieto, con escopliaduras y fuertes tarugos; y la recia tablazón

era selecta, usando toda clase de madera buena, lo mismos de aceitillo o cedro como capá o tabonuco. Las techumbres, generalmente de teja de barro, a estilo de Castilla, y un amplio balcón circular rodeaba el piso superior, en cuyas barandas de un jeme de ancho, se ponían a secar los quesos de masa diariamente. Estos quesos, blancos como hostias, tenían dos pulgadas de altura y el tamaño común de un plato. Llegaron a constituir una industria en el país. El interior de estas casas era modesto, ni estaban encaladas, ni pintadas al óleo. Y el mueblaje lo constituían grandes camas, anchas hamacas, buenos arcones para guardar el dinero y la documentación, y algún raro ropero, y banquetas, butacas y columpios sin pajilla, construídos en el país o traídos de Curazao.

Frente al caserón de don Antonio de Mathos se amarraban en pequeñas estacas unas doscientas vacas lecheras, todas las tardes, para ordeñarlas de madrugada. La leche era llevada en damesanes a venderla detalladamente por las calles del incipiente Camuy y del desaparecido San Antonio de las Tunas. Una buena parte de la leche quedaba para la cuajada de los quesos de masa, y el suero lo destinaban a la seba de puercos en corrales.

Don Antonio era muy generoso con todo el personal de su finca. También era muy religioso, y había hecho levantar una capilla de madera, cercana a la casa. Estaba el santuario bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes. El pío estanciero había hecho que un platero de San Juan le trabajara una hermosa lámpara votiva que hacía de cabida dos cuartillos de aceite de oliva, y día y noche como reveladora de la fe de su amo, ardía ante la imagen de la madre de Dios. Esta divina imagen la había hecho traer directamente de Barcelona. Cuidaba del santuario el pabre Buena-

ventura Carvalejón, que vivía en la misma casa, rodeado de toda clase de comodidades. Don Antonio le había dado de ayudante un negrito, llamado Juan José, pero que su amo lo apodó *Guabacho;* y Guabacho se quedó, pues era como todo el mundo lo llamaba.

II

Este negrito criollo tenía diez y seis años y el bueno del padre Buenaventura le había enseñado a leer y escribir. Ayudaba al sacerdote en la misa y cuidaba con esmero del altar de Nuestra Señora de las Mercedes, adornándolo de ramilletes de flores.

Con regularidad exacta ponía todos los días en la lámpara de plata los dos cuartillos de aceite. Al romper el alba ya estaba Guabacho tocando la campaneta de la capilla llamando a misa.

Un día amaneció el Mayoral de los trabajos agrícolas, con unos dolores de lomo que ponía el grito en el cielo. Acudió Guabacho a verle y le dijo:

—Niño, haga una promesa a la Virgen, y yo le voy a traer un poco del aceite caliente de la lámpara del altar, para que se dé un sobo.

El enfermo no contestó, de lo quebrantado que estaba, pero Guabacho se fué a la capilla y trajo el aceite ofrecido. El mismo le dió la friega, fuertemente sobre los lomos. Al poco rato desapareció el dolor y al otro día estaba el Mayoral completamente bueno. Circuló la noticia por toda la finca y desde entonces agregados y peones acudían a Guabacho en solicitud de ayuda para sus padecimientos, y él les decía a todos lo mismo, ingenuamente:

—Haced una promesa a la Virgen y traed en que llevar un poco de aceite caliente de la lámpara de plata.

Los votos llegaron a tantos que no había ya donde colgarlos. El retablo estaba lleno de ellos. El padre Buenaventura empezó a guardarlos en uno de los cajones de la cómoda de la sacristía.

## III

El auxilio espiritual por aquellos montes era cada vez más penoso para el buen sacerdote. Los agregados vivían diseminados dentro de aquella gran finca. Don Antonio regaló al buen padre un hermoso y dócil corcel para aliviarle en su cristiana fagina. El caballo, aunque de superior calidad, era lerdo y necesitada espuelas. En los principios, el padre se las pedía prestadas al Administrador, pero un día que éste iba para la Aguada, le dijo:

—Pase, amigo, a la sacristía de la Capilla, que le voy a dar plata suficiente para que me mande a hacer un par de buenas espuelas.

Guabacho estaba presente y observó que el padre Buenaventura daba al Administrador un montón de votos de plata envueltos en un papel. Ido el Administrador, le dijo el negrito:

—Padre, ¿cómo es que coge su merced las promesas de la Virgen para hacer espuelas?

—Te diré, Guabacho, no quiero pedírselas a don Antonio; y por otra parte, la Madre de Dios no necesita esa plata y la voy a emplear para mejor servicio de la Religión. Con dos buenas espuelas cumpliré mejor con mi ministerio. Y, además, es justo que el altar ayude a quien bien le sirve.

Guabacho guardó silencio. El tenía una gran obsesión desde que aprendió a leer y escribir, y era que quería ser libre. ¡Es tan grande en el hombre el anhelo de libertad! Leyendo el Año Cristiano, había aprendido a ver la diferencia entre el esclavo y el liberto. Cuantas monedas le regalaban las guardaba con ese fin. Pero, con lo que

había visto en la sacristía cambió de táctica. A los que venían a él en demanda de auxilios curativos para sus enfermos, les decía ahora:

—Haced una promesa a la Virgen, traed en que llevar un poco de aceite de la lámpara de plata y dadme a mí una moneda cualquiera.

Las monedas menudearon, desde el ochavo de cobre y medio real de plata hasta el peso fuerte. Fué guardando su tesoro en una botijuela y terminó por enterrarla detrás de la iglesita.

El Guarda almacén notó andando el tiempo, el gasto excesivo que se hacía de aceite de olivas en la Capilla y, aunque don Antonio no era cicatero, tuvo que poner en su conocimiento el despilfarro que hacía Guabacho. Se le puso un espía y se supo la salida que le daba al aceite de la lámpara de plata. Noticiado don Antonio llamó a Guabacho y le dijo:

—¿Cómo es que se gasta tanto aceite en la Capilla?

—Mi amo, es que los murciélagos se lo beben de noche en la lámpara de la Virgen.

—Embuste! Te voy a dar una paliza que no te va a quedar un hueso sano. Dí la verdad. ¿Qué haces tú del aceite?

—Pues la verdad, mi amo, como el Mayoral se curó con aceite caliente de la lámpara de plata, todo el día viene mucha gente a pedirme un poquito y yo se lo doy.

—Tú no se lo das, tú se lo vendes!

—No mi amo, yo se lo doy y ellos me regalan una moneda.

—Y, ¿para qué quieres dinero, si tú lo tienes todo en mi casa?

—Mi amo, para comprar mi libertad!......

—Y ¿dónde vas tú a estar mejor que aquí, tunante?

—Yo no me voy de aquí, pero yo quiero ser libre!......

—Pues bien, desde ahora mismo eres libre! Yo te doy la libertad!......

IV

Guabacho no cabía en sí de gozo. Le había dado el amo su carta. Ya no se llamaba Guabacho, sino Juan José Mathos, como decía el papel. Don Antonio le había mandado fabricar una casita al pie de la Capilla. Además, lo había nombrado sacristán. Y había mandado a hacer otra lámpara de plata de cabida de cuatro cuartillos para que pudiera dar aceite caliente a todos los enfermos.

Los años corrieron. Murió don Antonio. La gran estancia se fraccionó entre sus hijos. Desapareció San Antonio de las Tunas para dar nacimiento a la Isabela. El caserón se deshizo. Pero el santuario subsistió mientras vivió Guabacho, que llegó a la avanzada edad de noventa y siete años, cuidando siempre del altar de Nuestra Señora de las Mercedes, adornándolo de flores y votos, y prodigando el aceite caliente de la lámpara de plata de la Virgen a todos los enfermos de la comarca.

# La Garita del Diablo

## (1790)

### I

Dina era una mestiza atrayente, una flor natural de aroma incitante, una doncella gallarda, pelinegra y de vivarachos ojos, hija de un español, capataz cuadrillero de la Real Hacienda y de una india pura acanelada, resto de la aborigene raza. Procedía de la *Indiera*, de San Germán, refugio último de los autóctonos nativos.

La esbelta moza tenía diez y ocho primaveras y no había salido sola a la calle ni una sola vez. Recluída en su ruín casucha del alto de San Cristóbal, sus fiestas se reducían a oir misa en la iglesia de San Francisco, en unión de una tía que la acompañaba, hermana de su padre, pues la madre había muerto al darla a luz.

Los mayores embelesos de Dina eran ver desfilar las escuadras del Regimiento Fijo de Artillería, cuando a tambor batiente pasaban frente a su terrera casucha los esbeltos militares, a cumplir el precepto religioso de los domingos. Aquellos muchachos, fornidos, derechos, vestidos de blanco, portando el corto y ancho machetín, que al andar debatía sobre el muslo del militar, le sorbían los sesos a la linda moza, recatada y núbil. Se quita-

ba del antepecho de la puerta, cuando la tía la regañaba con insistencia gruñona y le ordenaba entrar y cerrar la persiana.

—Ya te he dicho que cuando pase la tropa debes entrarte, pues es gente atrevida y descarada.

—Ya lo sé, tía!, replicaba displicente la sobrina. Pero me gusta contemplar los militares, por su garbo y precisión en el andar; y además, me agrada tararear el pasodoble que toca la charanga.

## II

A la tía de Dina dió una fuerte ictericia y el físico del Regimiento del Fijo, le ordenó que paseara al sol, después de tomar unos amargos brebajes que le propinara.

Dina acompañaba a su tía a pasear por el *abanico*, el gran rediente de castillo de San Cristóbal. Poco a poco se fué familiarizando con los fosos y contrafosos, baterías y casamatas del Fuerte, hasta conocerlo todo él al dedillo. Y mejor aún, cuando hizo amistad con una de las familias de militares subalternos, de las que estaban acuarteladas en las bóvedas. Y de este ir y venir de la casita de ella a San Cristóbal y de San Critóbal a su casita, no pudo evitar que algunos soldados se fijaran en la esbeltez de sus carnes, cuyas finas curvas ceñían y hacían temblar la fina muselina de su traje, y provocaban chicoleos y requiebros a la linda criolla.

Dina era pura como un lirio en capullo que empieza a entreabrirse a las caricias del sol. Y con los galanteos y requerimientos amorosos de los militares se ponían rojas como el jacinto sus vírgenes mejillas, a pesar de su trigueña tez; y la casta doncella se veía obligada a apresurar el paso.

Por fin hubo unos ojos picarescos, de un buen

mozo, que se le metieron dentro del corazón y que los veía luego en todas partes, y con los que soñaba, provocándoles amorosas pesadillas. Eran los ojos de un soldadito llamado Sánchez, y que por su intensa palidez los compañeros lo apodaron *Flor de Azahar*. El atrevido galán era andaluz de buena cepa y tocaba la guitarra con facilidad extrema y trovaba de afición, entonando unas endechas con gracia y soltura. Había puesto *sitio*, como decía su capitán, a la plaza fuerte de la vecina moza, a la que dejaba loca y desesperada de amor con sus intencionadas coplas.

Recogida la muchacha en su casita, solía oir el ritmo rasgueado de las cuerdas de la guitarra, que cadenciosamente llenaban la atmósfera de sus dulces sones, sacudidas por la hábil mano de Flor de Azahar. Y de vez en vez, dejaba el militar caer en los oídos de la inocente doncella, con pertinaz osadía y melancólico acento, esta copla:

Bella Dina, bella Dina,
Quiéreme, por Dios, mi cielo,
Que la suerte me es indina......
Sé tu, niña, mi consuelo!

La moza acongojada y palpitante, daba vueltas en su cama, como si su lecho tuviese espinas punzadoras, atosigada por la luminosa quimera de la vida. Y tras lánguidos esperezos se entregaba al insomnio. La guitarra seguía gimiendo de cuando en cuando la dulce canción y el veneno de la estrofa se filtraba lentamente en el alma de la infeliz doncella. Su espíritu quedó al fin aprisionado en la tela de oro de aquella melosa endecha, que la hurgía las entretelas del corazón.

Una profunda tristeza invadió a la gallarda Dina, que amaba ya a Flor de Azahar con una intensa pena, pues le veía sujeto a una rigurosa disciplina, cuyos trabajos le tenían tan pálido; sin

poder tener el consuelo de aliviarlo en algo, dándole entrada en la casa, porque la tía no quería *cuentas* con militares, gente atrevida de manos.

### III

En el castillo de San Cristóbal existe una garita, alejada de la plaza, que da al lado norte y parece que se interna en el mar. Es un punto estratégico para atalayar la costa hacia el *Escambron* y hacia el sospechoso horizonte marítimo.

En una de las noches que le tocaba a Sánchez la vigilancia de ese punto, sintió Dina deseos irresistibles de charlar con él, que era el único delirio de su fantasía. En todo el día no le había podido ver, y llegada la prima noche no hubo el consuelo de oir la canción favorita al lánguido son de la guitarra, que penetraba en su alma como una plegaria.

Esperó la muchacha a que su tía se durmiese, y una vez cerciorada de ello, al oír sus acompasados ronquidos, entreabrió quedamente la puerta de la calle, y se deslizó, por detrás de la muralla, hacia la conocida garita, que se destacaba con negruras de basalto entre el brumoso celaje de la costa del mar. Allí estaba haciendo fielmente su guardia Flor de Azahar.

La luna cayendo hacia poniente, lanzaba mortecinos resplandores. El mar cabrilleaba pálidamente con los últimos reflejos de la protectora de los amantes, y la ola, sin murmullos, lamía suavemente los peñascales. Cuando un rayo lunar, rompiendo la bruma, lanzaba serpentinas plateadas, al caer sobre las dormidas ondas dejaba un rastro de luz, como bruñido acero refulgente. Sombras y tristezas rondaban en torno del castillo y envolvían a Dina, que avanzaba con sigilo por conocida senda hacia el atalaya, donde estaba su novio.

—Flor de Azahar, dijo tímidamente la garrida moza, cabe la garita, con una voz suave y leda, que rompió el silencio de aquella aterradora soledad.

Sánchez oyó el amoroso suspiro de la doncella, le palpitó el corazón con violencia, dejó el fusil y se precipitó en los brazos de Dina, cuya negra pupila de enamorado febril lo trastornó poniendo fuego de amor en sus venas. Unico instante feliz de sus amores hasta entonces. Un ténue claro de luna agonizante aprisionó en su argentino encaje a Flor de Azahar y a Dina. Dejemos al dulce misterio de la noche lo que es del dulce misterio de la vida!

IV

—¡Centinela, alerta!, gritó al poco rato el guardia del *Caballero de Austria* del castillo; y el grito del soldado vigilante fué repitiéndose de garita en garita, rompiendo el mutismo nocturnal de la fortaleza, hasta llegar a la que ocupaba Sánchez. El pájaro negro del silencio reinaba en aquellos contornos. Nadie contestó en el atalaya, cuya custodia correspondía a Flor de Azahar.

La ronda de vigilancia encontró al siguiente día, al relevar la guardia, que Sánchez había desertado, dejando el fugitivo su fusil y la cartuchera en el lugar entregado a su lealtad. No era el primer caso que ocurría en aquella triste garita. Así que la gente crédula y supersticiosa continuó afirmando que Lucifer con sus hechizos había cargado con el pobre soldado, que tal vez estaría en pecado mortal; pero los muy duchos en el arte del *querer fuerte* se dejaban decir, que para ellos, Cupido era el que se había robado a Flor de Azahar, pues era gran coincidencia que también la bella Dina hubiera desaparecido de su casa. Tal vez la amante

pareja se había refugiado en la sierra de Luquillo para formar allí su nido de ternezas plácidas.

Desde aquel día se llamó aquel sitio *La Garita del Diablo*, porque nadie quitó a la estúpida vecindad que el Espíritu Maligno había intervenido en la desaparición de Flor de Azahar, el gran tocador de guitarra, y que la huída de Dina no tenía nada que ver con la desaparición del soldado desertor. Siempre el vulgo, ciego en sus necedades, se inclina a creer más en el error que en la verdad!

# El pirata Cofresí

## (1824)

### I

La goleta *Ana*, navegando de bolina y orza, este, cuarta al nordeste, dobló punta Borinquen e hizo frente a las embravecidas ondas del mar del Norte, dejando las tranquilas aguas del noroeste de la ensenada de la Aguadilla.

—Aferra el trinquete y afloja foque y mayor, gritó Cofresí al segundo de a bordo; y echémonos mar afuera a ver si tenemos hoy buena fortuna a barlovento.

Las órdenes del pirata se cumplieron estrictas y la ligera nao empezó a navegar velozmente con todo su aparejo a vela llena. Las ondas se rompían impetuosas en su proa y azotaban con sus espumas blanquizcas la cubierta del barco. Las cuadernas de la goleta crujían de vez en cuando. Detrás iba quedando una estela de lechoso espumajo hirviente.

El horizonte estaba límpido, el cielo azul y el brisote frescachón que soplaba del este estaba fijo. La isla se iba perdiendo de vista. De cuando en cuando una gaviota pasaba graznando sobre la embarcación: parecía un pañuelo blanco arrojado en el espacio.

—Pilichi, dijo Cofresí al grumete, con soberbio ademán, vé a mi camarote y tráeme el anteojo. Me parece divisar algo en lontananza.

Y el arrogante marino ponía la mano horizontal sobre las cejas, como una visera, para enfocar bien su mirada de águila y escudriñar las lejanías del mar. Recibido el catalejo lo tendió diestramente y, cierto de lo que presumía, por sus ojos fulguró un relámpago, y gritó al contramaestre con voz llena de fanfarría:

—Hazte cargo del timón, Galache, que tenemos enemigos a la vista.

Era un *brick* danés que conducía mercaderías de Nueva York a San Thomas. Para tal época esa isla, con su puerto franco, era un depósito de grandes aprovisionamientos de telas, ferretería y artículos de lujo traídos de Europa y Norte América para surtir las Antillas y Venezuela. Cada vez se distinguía más claro el confiado buque mercante. Cofresí pasó al entrepuente de proa e hizo en su presencia cargar el pedrero de bronce con un saquillo de pólvora y abundante metralla. Después se cercioró que estaba fuerte el montaje de la cureña y firmes las gualderas. Entonces marchó a popa donde reunió su gente, llamando a cada uno por su nombre , y les dió sus instrucciones. Revisó severamente machetes y cuchillos. Hizo traer más armas blancas y ordenó ponerlas en un sitio especial en el combés cerca del palo del trinquete. Y tranquilamente se puso a amolar, con sumo cuidado, su hacha de abordaje.

## II

La gente del bergantín, al divisar la goleta, izó la bandera danesa en señal de saludo. La velera *Ana* izó bandera de muerte, es decir, la bandera negra de los piratas. El *brick* ya no podía huir y afrontó el peligro. La goleta era muy andado-

ra y se había aproado directamente al enemigo. El bergantín estaba abarrotado en su carga. Su tripulación comprendió que tenía que habérselas con un barco pirata. Pronto la borda del *brick* fué ocupado por diez rifleros alineados que hicieron fuego de fusilería. Eran malos tiradores. Las balas atravesaron el velamen de la *Ana* y algunas se incrustaron en la obra muerta del casco. Entonces las armas de fuego no eran de repetición; de modo que mientras las cargaban de nuevo los tiradores del bergantín, la goleta se puso a doscientos pies de distancia y le lanzó una descarga de metralla con el pedrero de proa. El ruido del cañón impresionó a los marineros del *brick* y antes que pudieran disparar por segunda vez sus rifles, ya la *Ana* estaba al abordaje, ceñida al buque contrario por estribor.

Cofresí, hacha en mano, seguido de los suyos, saltó ágil y célere al buque abordado y atacó cuerpo a cuerpo a los defensores del *brick*. Estos no estaban preparados para un combate al arma blanca. Sonaron tres o cuatro tiros y quedó despejado el entrepuente. Los marineros del bergantín se refugiaron en las bodegas. Rápidamente se adueñó Cofresí del buque dando muerte al timonel y a algunos marinos que quedaron sobre cubierta. Después cerraron las escotillas y quedó preso bajo cubierta el resto de la tripulación del *brick*. El capitán danés estaba junto al palo de mesana, en un charco de sangre, con la cabeza abierta de un hachazo. Los cadáveres fueron arrojados al mar y empezó el alijo de la sobre cubierta. En seguida se saquearon las bodegas con suma precaución y se trincaron bien los presos que iban apareciendo. Luego de saqueado el bergantín se le dió barreno, y se desatracó el pirata para verlo hundirse. El *brick* dió una cabezada primero y se inclinó de proa;

después se fué sumergiendo poco a poco hasta que de repente desapareció bajo las aguas.

La *Ana* hizo entonces rumbo hacia la Isla, que se divisaba a sotavento, y maniobró en demanda de punta San Francisco para ocultarse en Cabo Rojo.

III

El comercio de San Thomas estaba aterrado con las depredaciones de Cofresí. Por fin el gobierno de Washington intervino y dió orden al Almirantazgo de castigar al pirata puertorriqueño. Pronto llegó a conocimiento de Cofresí que un barco de guerra norteamericano había venido a ayudar a las autoridades de la Isla para capturarlo o destruirlo. Entonces abandonó sus correrías por aguas del Atlántico y se pasó al mar Caribe.

Estando la *Ana* fondeada en el puerto de *Bocas del Infierno* divisó en lontananza una vela, y Cofresí con su velera nao salió prontamente a apresarla. Pero esta vez fué por lana y le zurraron la badana. Tan pronto estuvo a tiro de cañón recibió un balazo en el baupres que le hizo comprender que se las había con un barco de guerra. No obstante, se le fué encima valentísimo y le hizo fuego de fusilería y cañón, siendo recibido de igual modo. Viendo la superioridad del contrario viró de redondo y a todo trapo emprendió la huída. La goleta, descalabrada, izó la escandalosa sobre los cangrejos para escapar mejor, utilizando el viento de popa que le soplaba. Cofresí se puso al timón porque la *Ana* era una nave de buen gobierno y muy veloz, y dirigió la goleta paralelamente a la costa, bojeando el sur y burlándose de sus perseguidores hasta que la embarrancó en un bancal diestramente. Echados un bote y una chalana al agua ganaron los piratas la playa, librán-

dose del buque de guerra que no pudo alcanzarlos, ni maniobrar con sus botes por aquellos sitios inabordables.

## IV

Ya en tierra dividió Cofresí su gente en dos grupos, dándoles por punto de reunión la playa de Cabo Rojo. Antes enterraron lo que pudieron salvar de la *Ana*. Cada grupo bien armado emprendió la fuga por distinta vía.

Como las Milicias Disciplinadas estaban patrullando por aquella costa, pronto los dos grupos tuvieron que batirse y abrirse campo a sangre y fuego, volviendo a subdividirse, fatigados y jadeantes, hasta que acosados por la caballería tuvieron que rendirse a sus perseguidores. El jefe pirata fué cogido después de reñida refriega, todo cubierto de heridas.

## V

Roberto Cofresí y Ramírez de Arellano, natural y vecino de Cabo Rojo, era un joven altivo, de veintiseis años de edad, robusto, valiente, audaz y de bravo aspecto. Unido a quince compañeros de la piel del diablo, eran el terror de estos mares antillanos con sus piraterías.

Para satisfacer a la vindicta pública y asegurar el reposo y tranquilidad de estas islas, fueron pasados por las armas en la mañana del 29 de Marzo de 1825. Un gentío inmenso presenció el horroroso espectáculo en el Campo del Morro. Un destacamento del Regimiento de Infantería de Granada formó el cuadro para conservar el orden. Una descarga cerrada de un piquete de tiradores, a una señal sigilosa convenida, hizo que once de aquellos desgraciados pasaran a la eternidad. Los

otros habían muerto en los combates sostenidos con las Milicias.

Satisfecha la curiosidad y llena de pavor dispersóse la muchedumbre conmovida.

Las tropas volvieron a sus cuarteles a redoble de tambor.

Y los cadáveres mutilados por la justicia humana quedaron expuestos al público por veinticuatro horas para escarmiento de malhechores.

Los Hermanos de la Caridad, que no comulgan con el odio social, previo permiso del Gobierno, dieron sepultura a aquellos cadáveres en el cementerio de Santa María de la Magdalena.

Así terminó el valiente Cofresí y sus intrépitos compañeros de correrías piráticas.

---

# Carabalí

## (1830)

### I

Caminando de la ciudad de Arecibo hacia la de Utuado, en la isla de Puerto Rico, se encuentra el viajero en una de las cumbres con una caverna fantástica. Hay que atravesar primero la extensa y pintoresca vega por donde serpentea el caudaloso río *Abacoa,* cual inmensa cinta de plata, para luego ganar las estribaciones de la abrupta montaña.

En la campiña ondula por doquiera la dulce gramínea sacarina, en masas apretadas; por las alturas, según se asciende, escasea ya la fuerte y útil vegetación, y dominan la escena la esbelta palma real, árboles frutales de frondosas copas y zarzabacoas, lianas y helechos.

Fuera de la vía común y tomando tortuoso sendero se llega al fin a columbrar una mancha negruzca en una gran roca. Esta es la entrada de la Cueva de los Muertos. Para penetrar en la sombría gruta hay necesidad de inclinar el cuerpo y andar a gatas. Dentro de la caverna se siente una atmósfera húmeda y no es fácil distinguir en seguida los objetos. Poco a poco la pupila se va dilatando para recoger la poca luz que allí se irra-

dia. Entonces puede verse algo en aquella semiobscuridad e indecisa penumbra. Los murciélagos revolotean por la alta bóveda.

Si el viajero enciende su linterna, todo se ve de repente con contornos tenebrosos y fantasmagóricos. Rocas peladas, estalactitas y estalagmitas. Y si se avanza hacia el fondo de la caverna, se encuentra una cortadura extensa en el suelo, que da nacimiento a un abismo insondable y obscuro.

Esa enorme grieta es la boca de un precipicio. Si audaz el viajero se inclina ante el mohoso borde del abismo, no distingue nada y siente vértigos y respira un vaho húmedo que asciende del fondo de aquella cavidad subterránea.

La caverna tiene arrugas por todas partes, trabajadas por imperceptibles hilillos de agua: hijas esas deformidades, de la lucha perenne del gotear sutil y tenaz sobre el grano de arena cuarzoso, que se defiende cediendo algo de sus dominios.

El sitio, con su húmedo verdor, es lúgubre: y el pensamiento combatido por ideas melancólicas induce al viajero a abandonar aquel triste lugar tan pronto nota esparcidos por el suelo huesos de animales, en abundancia, revueltos con estiércol de aves.

Los vecinos la llaman *Cueva de los Muertos* porque antes se encontraban cráneos humanos mezclados con las osamentas. Todavía no falta quien considere la gruta encantada, embrujada, por haber sido refugio de esclavos, huidos de los ingenios, cuyas almas en pena por haber muerto en pecado mortal, salen, cual duendes de aquelarre, la noche de San Blas, a maldecir a los dueños de la hacienda de este nombre. De las ruinas de este ingenio no resta ya más que un montón de pedruscos de su gigantesca chimenea y el recuerdo de las terribles venganzas de *Carabalí*, el negro de-

sertor, cuya cuadrilla de salteadores fué por mucho tiempo, el espanto y quita-sueño de mayordomos y capataces.

La fuga de un esclavo traía consigo, una cacería con avidez perversa. Aquello era monstruoso por lo inícuo. Una multitud de canes, guiados por pérfidos hombres, husmeaban y perseguían a otro hombre, que se resistía a ser bestia de carga, y lo rastreaban y acorralaban como a un jabalí.

He aquí la historia tenebrosa de la *Cueva ae los Muertos.*

## II

*Carabalí* había podido evadirse por tercera vez del cepo de la cárcel del ingenio *San Blas,* y auxiliado por la obscuridad había ganado la montaña. Los guardianes nocturnos de la hacienda se habían concretado a dar cuenta, al día siguiente, de la fuga del rebelde esclavo.

El mayoral lanzó una mal sonante imprecación y mandó llamar al capataz primero, quien no tardó más que algunos instante en acudir al supeperior llamamiento.

—Oiga usted, Samuel; reúna inmediatamente la jauría y los hombres que necesite y emprenda la persecución de ese maldito negro, que nos desacredita ante el amo. Hay que hacer un escarmiento en esta atrevida canalla. Me lo trae usted vivo o muerto.

## III

La neblina que había caído el día anterior sobre el abra del ingenio se había ido extendiendo desde el mediodía y condensando en torno de las cimas de las fábricas, cuarteles y casas de vivienda de *San Blas,* y había favorecido la huída del testarudo africano. Los Mayordomos, segundos y capataces, huyendo de la fina garrúa que les moles-

taba, azotándoles el rostro, se habían recogido al comedor de su departamento a tomar ginebra para calentarse el cuerpo. Y una negra vieja, fuera de trabajo por derrengada e inútil, llamada *La Monga*, había favorecido en los preparativos de faga al desertor reincidente.

La niebla, de lechosa se había vuelto poco a poco gris, y la llovizna persistente lo salpicaba todo, convirtiendo los pisos barrosos del *batey* en lodazales. La noche se vino encima a más andar, sin los crepúsculos del atardecer tropical.

*Carabalí*, arrastrándose primero y luego a gatas, avanzó hacia el boscaje, y, ganado el enmarañado macizo del bosque, se enderezó cual largo era, aspiró el aire a pulmón pleno, volvióse hacia el ingenio, cuya alta chimenea se destacaba entre la densa bruma, y la amenazó colérico con el puño apretado. Luego echó a andar con paso firme y seguro, venciendo obstáculos, hacia la cumbre de la montaña, ganoso de buscar amparo en la tenebrosa caverna que allí había. También la obscuridad nocturnal, que en principio le había sido útil, ahora le estorbaba para ganar terreno; pero el instinto de conservación le servía de acicate en aquellos crueles momentos. Sabía que al amanecer marcharían en su busca los implacables capataces y segundos, auxiliados de los feroces perros adiestrados. Era preciso por tanto, ponerse cuanto antes en cobro, fuera del alcance de los terribles colmillos de los canes.

## IV

Llegado a la gruta, *Carabalí* penetró en ella como un reptil se desliza en su agujero. Le era conocida. En sus dos fugas anteriores se había acogido siempre a ella y le habían capturado cuando imprudente había bajado al llano.

A ciegas y a tientas buscó en el suelo, palpando en la orilla de la entrada. Pronto encontró lo que buscaba porque lanzó una exclamación de gozo. Eran frágiles trozos de madera, fofos y secos, con los cuales hizo prontamente lumbre, frotándolos con rapidez uno contra otro.

El chispazo de luz invadió la extensa bóveda de la caverna. Volaron precipitadamente algunos murciélagos. Mas el prófugo estaba en su casa. Se encontraba rendido de cansancio, pues había caminado más de una legua por entre matojos, lianas y arbustos para ganar la inaccesible cumbre, escalando las ásperas laderas y las escabrosas breñas, a fin de refugiarse en la cueva, de él tan conocida. Sacó del bolsillo de su pantalón un trozo de tabaco torcido, arrancóle un pedazo con los dientes, guardó cuidadosamente el resto, apagó la lumbre y entregóse al sueño, que sin dificultad vino presto a apoderarse de aquel estropeado cuerpo.

V

La mañana fué esplendente; y bien de madrugada estaba todo preparado en el ingenio para la caza del esclavo huído. Samuel montó en su brioso corcel, y levantando el látigo de puño de metal y fuerte rabiza, dió la voz de marcha. Había que empezar el ojeo primeramente por los contornos del edificio, porque en los cerrados platanales se quedaban ocultos muchos de los fugitivos siervos. Se formaron dos grupos, que tomaron opuestas direcciones, y empezó la cacería dando suelta a dos perrazos que ladraban furiosamente. A la hora larga, estaba explorado el denso bosque de bananos que circundaba con sus esmeraldinos abanicos de amplias hojas el churrigueresco edificio azucarero.

—Fórmense cuatro grupos, dijo Samuel, y explórese todo hasta llegar a los términos de las guardarrayas y a los escondrijos de los picachos. Y soltad los otros perros uno a uno, y azuzarlos siempre en dirección de las cumbres, donde nos encontraremos para bajar unidos, batiendo los cañaverales por sus callejones.

Como se precipita un torrente desbordado, desapareció entre las malezas y arbolillos aquella avalancha de hombres y animales. La plaza del ingenio quedó desierta. Solamente la ranqueante *Monga* estaba allí, contemplando con los amarillos ojos inyectados de sangre, y un convulso rictus en los labios, a aquella caravana de seres desnaturalizados, más perversos los hombres que los canes, que iban a perseguir despiadadamente a su infortunado paisano.

## VI

*Carabalí* abrió los ojos con los primeros resplandores que sucedieron al alba y penetraron en la gruta iluminándola. Estiró los entumecidos miembros y se desperezó. Acurrucado en un montón de paja había dormido toda la noche sin moverse. Tal era la necesidad de reposo que tenía cuando ganó la caverna en la fatigosa huída del día anterior.

—Hoy vendrán de seguro en mi busca, se dijo a sí mismo.

Quedóse pensativo y agregó:

—Está bien: ¡yo venderé cara mi vida!

*La Monga* le había proveido de un machete *Perrillo,* que había robado en el almacén para dárselo. Tuvo que buscar una piedra arenisca para amolarlo; y vació una higüera de su endocarpio para hacer una jícara y proveerse de agua. No había tiempo que perder. Sacó filo al machete des-

de la punta al cabo. Después exploró los alrededores de la gruta y se desayunó con frutas silvestres.

—Ya estarán armando el cotarro para prenderme. ¡Trabajo les mando!

Y para probar el corte de su espadín le tiró un mandoble a un grupo de lianas que colgaban del tronco de una copuda ceiba. Las colgantes enredaderas rodaron tajadas por el suelo.

—Bien; ¡de primera! Ahora a cerrar la entrada para evitar una sorpresa; después obstaculicemos la subida.

Y empezó la faena de cortar arbustos y ramajes para formar barricada frente a la boca de su guarida. Descansó luego un rato para tomar aliento. Sentado sobre un peñasco mordió unas frutas estando en atisbo perenne al menor ruido que venía de afuera. De nuevo en su faena, le pareció oir, espaciado en el aire, el lejano ladrido de un perro. Entonces se echó al suelo, aplicó el oído contra la tierra y se levantó rápidamente. El enemigo se acercaba. Los ladridos iban siendo cada vez más claros. Penetró en la cueva y cerró por completo la entrada, dejando únicamente a flor de tierra un pequeño agujero, del tamaño del palmo de la mano. Luego se puso en guardia. Los labridos eran cada vez más cercanos. Nervioso e impaciente, el infeliz fugitivo volvió a morder su tabaco. Por fin, sintió la jauría junto a la puerta de la caverna.

El can que llegó primero, ágil y atrevido, metió la cabeza por el agujero y empezó a forzar la entrada tan pronto olfateó al africano. En seguida que pudo metió una pata y toda la cabeza. Entonces *Carabalí* de un machetazo le cercenó el cuello. Y volvió a obstruir lo que el perro había descubierto. Así pudo matar tres de aquellos fieros animales.

Pero, en el cuarto erró el golpe y le partió el hocico y una oreja. El animal, dando espantosos alaridos se replegó a donde estaban los capataces. Estos, al ver el can herido, se dieron cuenta que estaban en el rastro de la presa que buscaban. Hicieron uso de sus escopetas para amedrentar al prófugo y emprendieron la subida por aquellas escabrosidades, con toda clase de precauciones. Desde la boca de la gruta repitieron los escopetazos. Los disparos hacían ecos rápidos en la montaña inmediata.

*Carabalí* comprendió que estaba perdido, porque la caverna no tenía más que aquella salida y le sería imposible combatir contra aquellos hombres que tenían armas de fuego. Empero, juró de nuevo no entregarse vivo y matar a los que se pusieran al alcance de su espadín.

La trailla ladraba afuera furiosamente. Y agrandando el boquete se precipitaron por él dos perrazos. Intrépido el fugitivo les hizo frente con su machete y los mantuvo a raya, pues a uno le picó una pata y a otro un costado: ellos, agresivos, ladraban al rededor de él; pero una perra, ladina, que se deslizó furtivamente sin percibirlo el africano se le prendió de una pantorrilla. El agredido dió un grito agudo que no pudo evitar lanzarlo por la sorpresa del mordisco. Volvióse, no embargante, y de un mandoble formidable dividió la perra en dos pedazos. El angustioso quejido del rebelde llegó a los oídos de sus perseguidores.

—Ya la perra hizo presa, dijo Samuel con la mayor sangre fría, empedernido en aquella clase de caza. Y prendió un tabaco. Después de tirar el fosforo, añadió, dirigiéndose a los acompañantes:

—Entrad presto para evitar que los perros lo inutilicen o despedacen .

Cuando *Carabalí* se sintió herido y vió la jau-

ría en torno suyo se fué defendiendo con tajos y mandobles, fatigoso y angustiado, y retrocediendo al mismo tiempo al fondo de la caverna.

En la ansiedad de defender su vida se había olvidado de la cortadura del piso y del precipicio. De pronto le faltó la tierra bajo los pies y desapareció en aquellas profundidades tenebrosas. La trailla se detuvo en el escarpado borde del abismo y empezó a ladrar con mayor ahinco al verse impotente para perseguir al desaparecido. Los capataces al penetrar en la gruta, se acercaron a la peligrosa sima con horror.

—Quinientos pesos perdidos!, gruño Samuel, mordiendo con ira su tabaco.

—Lo siento por mi perra, replicó otro capataz. No la encontraremos mejor para husmear esta gentuza y hacer presa prontamente en sus pantorrillas.

—No hay mal que por bien no venga!, exclamó otro de los perseguidores. Salimos ya de esta mala cabeza, que traía revuelta la negrada del ingenio. ¡Qué se vaya a vivir con Barrabás! Esta casta de negros colorados es verdaderamente muy soberbia. No sirve para trabajar los campos.

—Siempre he aconsejado al amo, repuso Samuel, que compre negros congos, que son humildes y sufridos. ¡Ea, a retornar! La expedición ha fracasado esta vez. Vamos a ver ahora como nos recibe el mayoral, después de tantos trabajos pasados por estos andurriales y arcabucos desde el amanecer. Si el amo se enfurruña, tendremos que pagar el negro a prorrateo o perder la colocación con el soporte de mal empleado.

## VII

*Carabalí* había caído en un arroyo pantanoso desde una altura de más de cien pies. El limo,

otras veces necíparo, le salvó, porque no recibió golpe alguno al introducirse en él como enfundado. Una vez desaparecido el vértigo del descendimiento, y dándose cuenta de su crítica posición se encontró en el fango hasta más arriba de la cintura. El agua que rezumaba de la gruta y de aquella charca se deslizaba lentamente por una abertura, por la cual entraba también la escasa claridad que allí había.

*Carabalí* con grandes esfuerzos se fué acercando hacia la abertura y divisó por ella la chimenea del ingenio *San Antonio* que estaba fundado al otro lado de la montaña. Entonces comprendió que aquella cumbre venía a ser la divisoria de las dos haciendas. Con grandes penalidades salió del pantano y después de orientarse bien pudo recuperar su machete, que había soltado de la mano al rodar por el abismo. Con tan buen compañero procuró mejorar la nueva guarida y formóse su cobijo.

A los pocos días bajó *Carabalí* al llano opuesto y pudo cautelosamente reunir en su torno algunos desertores de aquella comarca: pobres africanos atropellados por sus amos inicuamente. Entonces acordó con ellos trabajar en la piedra una imperceptible subida a la cueva para merodear en los alrededores del ingenio *San Blas* y respetar a los dueños del *San Antonio*, a fin de no despertar sospechas por aquel lado de la montaña.

*Carabalí* y su cuadrilla llegaron a infundir pavor y espantoso pánico entre los capataces y mayordomos de la hacienda *San Blas* porque algunos de sus empleados más adictos se habían encontrado asesinados en las cañadas.

En vano los soldados del Gobierno habían cooperado con las gentes audaces del ingenio a batir a los bandoleros. Al atacar la cueva no encontraban más que osamentas de toda clase de animales y al-

gunos esqueletos humanos desparramados. Con la impresión desagradable de aquellos despojos se aproximaban amedrentados al borde musgoso del precipicio impenetrable y oscuro, cuya cortadura consideraban peligrosísima, porque por ella había caído al abismo un negro fugitivo.

Por fin en el ingenio *San Blas* surgió la superstición, alentada por la astuta *Monga*, de que el alma en pena del infeliz *Carabalí* era la que salía de noche con su falange de espíritus malignos a asesinar capataces y a robar ganado y aves de la hacienda para ofrendárselos a Satanás, y que no había tales bandoleros.

Algunas noches al claror de las estrellas, se veía salir de la cumbre de la montaña una densa humareda, como de fogata, y los guardianes asustados, enseñándose unos a otros el fenómeno de hechicería, afirmaban que el alma de *Carabalí* y su comparsa infernal estaban haciendo sacrificios a Luzbel. Si se daba cuenta al mayoral de lo que ocurría, se persignaba de frente a pecho y de hombro a hombro, y ordenaba que se rezara, en seguida, un rosario para ahuyentar aquellas brujerías.

## VIII

Han pasado muchos años de estos sucesos, y todavía aquella caverna es denominada la *Cueva de los Muertos*, y los viajeros que la visitan, no pueden evitar cierto temor y malestar, que les comunican los campesinos guías al ver esparcidas por el suelo tantas osamentas; y al poco rato, contagiados los visitantes con el supersticioso relato de las fechorías de *Carabalí* y su cuadrilla, dan la orden de abandonar la gruta.

En ciertas horas y en ciertos sitios, los espejismos de óptica y los azoramientos de la concien-

cia sumergen al hombre en tal sobresalto místico, que le obligan a huir cobardemente en busca de otro lugar más seguro, como si se tratara por instinto de un salvamento. Esto les ha pasado siempre y continúa ocurriendo a los curiosos exploradores que visitan la *Cueva de los Muertos.*

---

# La Cuesta del Griego

## (1833)

### I

Todavía bien entrado el tercio del siglo XIX época del gobernador don Miguel de la Torre, era peligroso viajar por los caminos del interior de la Isla, especialmente de noche, porque todas las vías eran de herradura, muy cerrado el boscaje de uno y otro lado del camino y el piso desigual, encharcado y pedregoso. El caballo tenía que ser vigoroso y resistente para emprender con él cualquier viaje de pueblo a pueblo.

Con todos esos inconvenientes los buhoneros italianos se internaban por la Isla a surtir a los ricos estancieros de una prendería no siempre de buen gusto, en relojes, sortijas, brazaletes y cadenas de oro; y hacían pingües ganancias.

A la caída de una tarde del mes de Septiembre de 1833 el prendero Ramini se dirigía de Manatí a Arecibo, y el mal tiempo lo sorprendió en uno de los puertos del camino del barrio de Sabana Hoyos. Faltábale aún descender dos grandes cuestas antes de caer en el camino llano del barrio del Factor y ganar el pueblo por los tortuosos callejones de los trapiches de caña; con el adi-

tamento del peligroso pasaje de un ancón en la desembocadura del río Abacoa.

La noche se venía encima a más andar y Ramini no podía avanzar mucho por lo resbaladizo del barro *cipey*, teniendo que llevar su cabalgadura a paso lento para evitar una caída. Entrada la noche, se le dificultó más la marcha; y habiendo divisado una luz que salía de un claro del monte, resolvió detenerse allí para descansar un rato, tomar café y orientarse. Llegado al bohío preguntó a un hombre que estaba sentado en la escalera:

—¿Quiere usted paisano, servirme de guía hasta el pueblo?

—No puedo, no tengo caballo para acompañar a usted. A pie es imposible, porque con lo que ha llovido las cuestas deben estar intransitables. Hay muchas gradillas y no quiero romperme una pierna.

—¿Podría pasar aquí la noche?

—Si se conforma usted con dormir en esa hamaca, sí. Y para cenar no hay más que café prieto y plátano asado.

—Bien, me quedo. Dijo el buhonero, apeándose de su caballo. El campesino se le acercó y le ayudó a descargar la cabalgadura de dos grandes baules de madera, fabricados expresamente para hacer bien el contrapeso y servir como de banastillas. Después le puso una soga al caballo y lo llevó a comer grama detrás del bohío. El buhonero entre tanto, se acomodó en la hamaca de majagua y entabló diálogo con la mujer del labriego.

## II

—Ya dije a usted que no había más cena que esta. Exclamó el hombre del bohío, presentando al buhonero una jícara llena de café prieto. Está

sazonado con *melao* porque no tengo azúcar. Y aquí tiene usted dos plátanos, muy bien asados por mi mujer.

—Gracias. Me gusta mucho el café prieto, aunque sea endulzado con melaza. Los plátanos no he podido aún acostumbrarme a ellos. Solamente maduros puedo pasarlos. Afortunadamente yo traigo pan de Manatí y además queso fresco, que puedo compartir con ustedes. También traigo tabacos.

Después de cenar se soltó la lengua. El buhonero contó su historia. Corta. Hacía cinco años que se había dedicado a aquel negocio y se acercaba la hora de retirarse a Reggio. No era ambicioso. Tenía una novia y quería casarse pronto para formar su modesto hogar.

El campesino no era del país. Era griego. Marinero de un barco de travesía que hacía el comercio entre Barcelona y las Antillas. Un día desembarcó con parte de la tripulación en la Capital; y en una tienducha de la Marina tomó ron de caña y se le fué a la cabeza. Hubo riña y él mató a uno. A él también lo hirieron. El barco se hizo a la vela y el griego quedó en tierra detenido. Fué condenado a presidio por algunos años. Cumplió; y se echó al campo a ganarse la vida. Por fin, fijó su residencia en aquel sitio, alejado de la sociedad, con una compañera, con quien compartía su triste existencia; y no había podido hacer fortuna.

La conversación se enfrió; el buhonero guardó silencio; y el griego dijo, apesarado y mordido de envidia por el relato de su interlocutor:

—Tengo que madrugar. Tantos recuerdos me han entristecido y lo mejor es dormir para disipar las penas. Si algo necesita usted, llame a esta puerta.

III

La excitación del viaje, la mala cama y el café no dejaron dormir al buhonero. En vano pretendió conciliar el sueño. Viendo que le era imposible, acordóse que él llevaba siempre en el bolsillo una velilla de cera retorcida. Hizo luz. Se dirigió a uno de sus baules, lo abrió y empezó a entretenerse limpiando suavemente con gamuza las prendas, reconociendo si cada una estaba en su estuche y otras minucias por el estilo, para pasar la noche.

Por una de las rendijas del aposentucho lo atisbaban el griego y su mujer, que tampoco podían conciliar el sueño. Cada vez que veían un terno, el brillo de las piedras preciosas los deslumbraba; pero no decían una palabra por no asustar al buhonero.

De pronto empezó a llover y tronar fuerte. La cabaña se sacudía al rodar sobre ella uno de esos truenos que conmueven la atmósfera. El caballo relinchó. El buhonero cerró el baul y llamó a la puerta del cuarto del campesino.

—Voy; contestó el griego con voz fuerte.

Y apareció en la sala, después de pasado un rato, dando lugar al huésped a que creyera que se había detenido en levantarse y vestirse.

—He oído relinchar mi caballo y deseo ver si se ha enredado o le ocurre algo.

—Yo iré a verlo; dijo el griego. Al resplandor de la velilla se veía su faz contraída y de color profundamente pálido. Fué a abrir la puerta y de pronto una ráfaga de viento apagó la cerilla que tenía en la diestra el buhonero. Al mismo tiempo, se oyó un grito sordo. Un relámpago alumbró a dos hombres que luchaban en la obscuridad, cuerpo a cuerpo. Al cabrilleo de la chispa

eléctrica y el estampido del trueno siguió un profundo silencio. El caballo relinchaba con insistencia..

IV

Cuatro años después de este suceso Don Jacinto Dávila y Dávila, teniente a Guerra del pueblo del Naranjal (Vega-Baja) marchaba hacia Arecibo en compañía de Don Miguel Rodríguez de Mathos, teniente a Guerra del pueblo de Manatí. Iban a un gran desafío de gallos que había en la Villa del Capitán Correa y a gozar de las fiestas religiosas que se celebraban con motivo de Nuestra Señora de la Monserrate, la patrona de la villa.

La noche les cogió en el camino y a fin de evitar un aguacero que les caía de soslayo, se replegaron junto a una casa, antes de emprender la penosa bajada de la *Cuesta del Griego*. Con el cobertizo sobresaliente de la casucha evitaron mojarse, situándose al lado opuesto de la lluvia. Esta, en lugar de disminuir arreció por momentos y empezó a relampaguear y a tronar recio.

Don Jacinto había recostado la cabeza contra el seto de la casa y después de una descarga eléctrica, que iluminó el espacio, oyó distintamente estas palabras, pronunciadas dentro del ventorro:

—Una noche como esta mataste al prendero.

—Calla, mujer; eso no se dice ni a las tinieblas.

—Es que recuerdo que rodaste por tierra, a pesar de la puñalada que le diste primero. El te agarró por el cuello y si yo no te lo quito de encima acaba contigo.

—Tenía unas fuerzas hercúleas. Le atravesé el pecho con el cuchillo dos veces, sentí su sangre

caliente mojarse la mano y sus dedos de hierro me constreñían la garganta horriblemente. En fin, esta enterrado junto al palo de aguacate con su caballo y sus baules vacíos. Siempre tengo miedo de pasar por allí.

—Recuerdo......

—Calla, mujer, calla! No hables más de eso!

V

Cesó de llover y tronar. Y Don Miguel dijo a Don Jacinto:

—Vamos, amigo, que tenemos mucho terreno delante por recorrer.

—Antes necesito, señor oficial, en nombre de S. M. que me prestéis auxilio.

Y al mismo tiempo dió Don Jacinto con el puño de su espada en la puerta de la casa.

—¿Quién va? Replicó una voz áspera.

—Abrid pronto y alumbrad. Necesitamos hospitalidad en esta venta.

La puerta se abrió y apareció el griego con un farol en la mano y detrás su mujer.

—Daos preso en nombre del Rey, porque una noche como esta asesinastéis a un prendero. Si os movéis para huir os abraso el cráneo de un pistoletazo.

VI

La casucha quedó abandonada. Y, a pesar del tiempo transcurrido, se llama aún la pendiente tortuosa y mala de aquel camino, *La Cuesta del Griego*.

---

# La mancha de sangre

## (1845)

### I

—Le he llamado a usted, señor escribano, porque quiero hacer mi testamento. ¿Ha traído usted los papeles necesarios al efecto?

—Sí, señor.

—Pues bien, quiero que mi testamento sea cerrado; de modo que después de extender usted las cláusulas que yo le dicte, lo cerrará; y los testigos, ignorantes de lo que diga el documento, firmarán en el sobre lacrado; y lo archivará usted en su escribanía, dejándome una copia legalizada para guardarla yo en mi escritorio.

—Estoy a sus órdenes señor.

—¿Ha extendido usted ya los preliminares de rúbrica?

—Desde luego.

—Pues bien, deseo repartir el ingenio San Daniel en tantos lotes como esclavos tengo y a cada uno de mis siervos, con su libertad, darles un pequeño predio, en desagravio de la inicua explotación tenida por mis antecesores con la carne africana.

—¿Qué más?

—La maquinaria así como la bueyada y mis

caballos, se venderán para pagar mi entierro, mi panteón y los gastos que origine el cumplimiento de mi última voluntad.

—¿Y el resto o remanente?

—Lo entrega usted al señor cura párroco para que lo reparta entre los pobres de la población.

—¿Qué más?

—Dentro de mi ataúd pondrá usted este retrato de mi padre, hecho al daguerrotipo. Lo mandó a hacer en París en uno de sus viajes. Y fuera de mi ataúd en el fondo de la bóveda, colocará usted este otro retrato, de idéntica factura, de mi tío, de quien heredé este ingenio.

—¿Me permite usted una pregunta, señor?

—Diga usted.

—¿Y por qué no dentro de su ataúd?

—Esto es un secreto.

—Y ¿no puede usted revelármelo en este supremo instante de su vida, cuando está usted haciendo su testamento bajo mi fe notarial; y tal vez tenga yo que cumplimentarlo todo personalmente?

—Es un secreto terrible!

—Juro a usted, señor, por la salud mía y la de mi esposa e hijos, y por la salvación de mi alma, que Dios condene al fuego eterno, si llegare a ser perjuro y no guardare ese secreto, ni cumpliera su última voluntad.

—Pues bien, acepto su juramento. Venga usted conmigo.

## II

Don Blas Silva de Almeida, el hacendado que estaba testanto, era para esa época un hombre como de cuarenta años, alto, robusto, de trigueño color, la nariz recta, los labios gruesos y los ojos

y los cabellos negros. En sus modales era muy correcto, pues se había educado en Lisboa, de donde pasó a Bruselas a obtener el título de ingeniero agrónomo, por orden de su protector, su tío, porque era huérfano de padre y madre. Tenía Don Blas una sensibilidad superior por la educación recibida; lo que le colocaba muy por encima de sus antepasados, en rango intelectual. El tío comunicó a Don Blas, cuando vino de Bruselas, el origen de su nacimiento y le reveló reservadamente el terrible secreto de familia. Luego le puso al frente del ingenio y lo declaró su heredero absoluto.

Bajo la sabia dirección del joven ingeniero agrónomo la hacienda había prosperado rápidamente, cambiando el trapiche de bueyes por un tren jamaiquino, con magnífica máquina de vapor, adquiriendo después mayor territorio al rededor del fundo con la compra de vegas y sobrevegas hasta cuadrar debidamente la finca y hacer de ella uno de los mejores ingenios de la comarca.

## III

Don Blas y el escribano, pues para esa fecha no había la especialidad de notarios, bajaron las escaleras de la casa vivienda y se dirigieron a las fábricas. Era el período de la molienda y el ingenio estaba en plena efervescencia. En el batey estaban acumuladas las cañas en montones informes, de trecho en trecho, formando grandes pilas, y continuaban llegando los carretones con gran contingente de áureos y verduzcos trozos, que rodaban por el suelo al soltar el boyero la cuerda que retenía el cajón a la lanza del carro. Las masas con rítmico y convulso volteo exprimían las cañas, que lanzaban grandes chorros de guarapo;

y las negras con sus faldones replegados a la cintura, sudorosas, no podían satisfacer la voracidad de aquel gigante de acero. De la alta chimenea salían torbellinos de humo negro, que se replegaban sobre sí mismo y luego se extendían hacia Occidente como una cabellera de densas brumas.

Dentro de las fábricas estaba el tren en toda marcha. El resoplar del férreo monstruo era imponente: las volantas rodaban sobre sus ejes centrales con precisión; los émbolos salían y entraban en sus acerados tubos, sonoros. En las grandes pailas hervía el guarapo, cuya cachaza arrojada por mano potente de uno a otro tacho con las largas palas de madera, levantaba leves nubecillas aromosas que se condensaban grisáceas en los elevados techos y salían al exterior. De cuando en cuando los gritos salvajes de los fogoneros, que metían bagazo en las hornallas, contrastaba con el melancólico cantar de la monótona guaracha de los paileros y con el chirrido de la maquïnaria temblorosa.

Todo parecía vacilar bajo el misterioso soplo de un espíritu poderoso. Era el himno vivificante al trabajo, que dulce, vago, y encantador, en alas de las brisa tropical, rodaba sobre la extensa llanura con la nota aguda del silbato estridente de la caldera repleta de potente vapor.

IV

Al entrar Don Blas y el escribano en las casa de fábricas el sol caía a plomo sobre el ingenio. El hacendado condujo a su acompañante al lugar de las evaporadoras y le señaló una losa de Canarias, de dos pies cuadrados y de color gris sucio, obscuro.

—¿Véis esa losa?—le dijo.

—Sí, señor.

—¿Qué notáis en ella?

—Nada, contestó el escribano, después de examinarla detenidamente.

—Esa losa está cubierta de polvo de carbón. Ahora veréis mejor.

Y Don Blas se bajó, sacó un cepillo de su faltriquera y limpió la baldosa del polvo que la cubría; después, de un frasquito, lleno de agua que traía oculto, empapó su pañuelo y lavó con él cuidadosamente la superficie de la losa.

—Creí que era una baldosa gris de Canarias, exclamó el escribano, y ahora veo que es una losa roja.

—Se equivoca usted. La baldosa es gris, pero está empapada en sangre!

—¿En sangre?

—Sí, en sangre humana! Desgraciadamente en la sangre de mi padre!, dijo con acento doloroso Don Blas. Y se levantó intensamente pálido de la emoción.

—¡Ah!

—Quiero, oígalo usted bien, señor escribano, quiero que esta losa, que volveré yo mismo a cubrir de profanas miradas, la coloque usted a la cabecera de mi ataúd, dentro de mi panteón.

—Cumpliré fielmente sus órdenes, señor, balbuceó impresionado el escribano.

Don Blas sacó una cajita de latón de su bolsillo, la que contenía carbón pulverizado, y cuidadosamente volvió a cubrir con aquella sustancia la extensa mancha de sangre que había puesto al descubierto. Concluída la penosa labor, dijo a su acompañante:

—Vamos a la casa vivienda. Allí le revelaré mi secreto de familia.

V

Sentados en cómodos columpios, y solos, empezó el hacendado su narración en estos términos:

Era el año 1840 y el gobierno español había prohibido, ya el comercio de carne humana negra, que se conoció con el nombre de *trata africana.* Mi padre y mi tío, portugueses, que estaban dedicados a este negocio, acordaron comprar un predio rústico en esta isla, al frente del cual quedó mi padre y se fué mi tío a traer la última importación de negros de Cabo Verde, aunque clandestinamente, para levantar con ellos un trapiche azucarero. La expedición fué feliz y pudieron ser introducidos los africanos, mediante una onza de oro por cada pieza, para acallar a las autoridades encubridoras. Y pronto el trapiche, tirado por vigorosos bueyes empezó a dar azúcar moscabada.

Se juramentaron los dos hermanos para no levantar hogar en el país, sino hacer una gran fortuna, a fin de irse a disfrutarla a su tierra retirándose a Lisboa; por lo cual era preciso no contraer compromiso matrimonial con ninguna criolla. Y para matar la monotonía de aquella vida de sacrificios, cada uno de ellos alternativamente, iría a Europa por cuatro meses después de terminada la zafra.

En uno de los viajes de mi tío, no pudo evitar mi padre el concurrir a un baile, donde se prendó perdidamente de una modesta campesina, que, por lo mismo que rechazó su declarado amor, lo enloqueció y obligó a casarse ocultamente con ella.

Mi tío ignoró el secreto once años, y un día, el mayoral de la hacienda, que lo sabía, y a quien mi padre en un rapto de coraje había abofeteado, se vengó de él, aprovechando un momento de disgusto de mi tío contra mi padre por un descuido

en la plantación, y le hizo la revelación al irritado hermano.

Mi tío, colérico, bajó las escaleras de esta casa y marchó en busca de mi padre. Le encontró en el departamento de las evaporadoras; y allí mismo lo increpó tan duramente, bajo el furor de su frenesí, que mi padre levantó la mano y pegó en el rostro a mi tío, quien, fuera de sí, y en el vértigo de la ira, dió una puñalada a mi padre, con tanta desgracia que le partió el corazón.

Don Blas se detuvo profundamente emocionado al llegar a este punto de su relato; se enjugó la frente cubierta de frío sudor; y con ronca voz prosiguió su narración, la faz velada de intensa palidez:

"Cayó mi padre. Y entre el mayoral y mi tío lo condujeron a esta casa donde llegó cadáver. Al día siguiente se le enterró como muerto de un ataque cerebral, producido por el mucho sol cogido en aquellos días, y el mucho calor del departamento de las evaporadoras. La mancha de la sangre de la losa pasó como originada por el golpe en la cabeza al caer contra el pavimento en el ataque apoplético. Mi tío cubrió con polvo de carbón la baldosa y ordenó que nadie podía pisar sobre ella. La declaró sagrada. ¡Qué sarcasmo!"

Volvió Don Blas a descansar. La revelación de su secreto le afectaba hondamente. Lo había recibido íntegro de labios de su tío y era la primera vez que salía de su pecho. Tomó un poco de agua y continuó así:

"Mi tío, pasado el ras violento de ira, bajo cuyo dominio fué fraticida, quedó anonadado y profundamente arrepentido. Meditó sobre su crimen y comprendió que el mayoral lo había arrojado en aquel abismo. Entonces, viéndose ligado para siempre con aquel vil hombre por su secreto, tapó

con un homicidio la horrible muerte que había dado a mi padre. Preparó una emboscada al mayordomo, le dió de puñaladas y lo enterró en un cañaveral. Mi madre, al saber que mi padre había muerto de repente, abrumada de dolor, se presentó a mi tío, llevándome de la mano. Mi tío me abrazó y me besó en la frente; y nos quedamos a vivir en la hacienda. Al año siguiente fuí enviado con mi madre a Lisboa. Allí falleció la pobre de una pulmonía.

Don Blas volvió a hacer una pausa para proseguir. Y volviéndose a su interlocutor le dijo con firme voz:

—¿Jura usted, señor escribano, guardar fielmente éste mi secreto, no revelarlo a nadie, y cumplir con lealtad cada una de las cláusulas de mi testamento?

—Si lo juro, señor, respondió el letrado: extendiendo la mano derecha, como si la pusiera ante los Santos Evangelios.

—Pues bien, si así lo hacéis, que Dios, en cuya presencia cerramos este contrato, os lo premie; y si no os lo demande. Yo os lego el diez por ciento de mi capital, sí, cual os lo ordeno, lo cumplimentáis; y si no lo cumplis, os maldigo y que las llamas del infierno os devoren por toda una eternidad.

—Conforme!, replicó el hombre de la fe notarial, volviendo a extender su diestra religiosamente.

## VI

Don Blas murió, a los cinco años de hecho su testamento, de la caída de un caballo brioso, que se desbocó. Y el escribano presentó en seguida ante el Juez el testamento del hacendado; pero no el legítimo sino un documento falso en el cual Don

Blas le constituía por único heredero, con la condición de cumplimentar ciertas cláusulas dadas por el testador a él, personalmente y en secreto.

El juez dictó el auto de posesión de la herencia a favor del escribano, quien marchó al ingenio a tomar ciertas medidas para la celebración de la entrega de la finca. Llamó al negro de confianza de Don Blas, y le enseñó la orden del juez. El fiel criado introdujo al escribano en el aposento de su amo y le entregó las llaves del escritorio.

El presunto heredero despidió al esclavo y cerró tras él la puerta. Entonces buscó en las gabetas la copia del testamento verdadero. Encontró el documento al poco rato de rebuscar y se sonrió satánicamente. Sacó del bolsillo el original y uniéndolos les pegó fuego para destruirlos totalmente. Flameó el legajo con rapidez y se desprendieron rojos trozos de papel, medio prendidos y medio carbonizados, los que como mariposas de fuego giraron en la atmósfera y fueron a dar con el mosquitero de la cama donde había espirado Don Blas. La sutil muselina se incendió como si estuviera salpicada de pólvora y dió fuego a las cenefas de la cama, de donde pasó al cielo-raso del aposento; y viéndose el escribano impotente para domar el terrible elemento, dadas las proporciones que había tomado en cortos instantes, corrió a la puerta y tiró del picaporte con violencia. La puerta estaba cerrada. Gritó y nadie le contestó. Buscó la ventana para abrirla y arrojarse por ella y estaba clausura por fuera. Entonces se acordó de la maldición del hijo del portugués, al exigirle fuera fiel a su juramento. Aterrado cayó de hinojos y pidió perdón al cielo; pero era tarde. El cuarto era presa de las llamas, y pronto lo devoró el incendio, así como redujo a cenizas toda la casa vivienda del ingenio.

## VII

Don Blas había tomado sus precauciones para el caso de que el escribano no le fuera leal. Había enterado de todo a su viejo sirviente, en el cual tenía plena confianza, y le había indicado, que si el letrado era fiel, guardara él el secreto de la familia y no lo revelara a nadie y lo entregara al silencio de las tumbas, cuando muriese; pero que si el papelista resultaba un traidor, indudablemente vendría en busca de la copia del testamento para destruirla; y que entonces él lo encerrara en el aposento y marchara al pueblo a darle cuenta al juez de la infamia y traición del escribano; y le entregara la carta que tenía para dicho magistrado y con ella el documento auténtico. Y que advirtiera al juez, que la copia de su testamento no llevaba el sobre lacrado porque lo había utilizado como ratonera para coger al ladrón, poniéndole dentro una copia falsa.

El fiel criado cumplió con precisión lo dispuesto por Don Blas; y al salir del cuarto donde introdujo al escribano, pasó la llave suavemente por fuera. La ventana la había clavado el mismo día que murió su amo. Montó a caballo y partió a escape para el pueblo, dejando al perjuro papelero a buen recaudo.

## VIII

El juez hizo cumplir las cláusulas del testamento de Don Blas Silva de Almeida en todas sus partes. Y hoy, donde se levantaba el potente ingenio San Daniel, con soberbias casas de fábricas, cuarteles, alambiques, almacenes y diversas casas de vivienda, existe una modesta aldehuela de humildes agricultores, blancos, amarillos y negros;

producto del mestizaje de las razas que trabajaban en la hacienda de los portugueses. La memoria de Don Blas es venerada entre aquella gente en virtud de su gran acto de filantropía y reparación moral, y todos los años, para Noviembre, visitan las familias el cementerio del poblejo, en peregrinación, y mediante el permiso eclesiástico católico, se exhibe la losa de Canarias, con la célebre mancha de sangre.

---

# Las once mil vírgenes

## (1797)

### I

El general inglés Abercromby en 1797, dirigióse contra la isla de Trinidad, comandando una formidable escuadra de sesenta velas; y habiéndose apoderado fácilmente de aquella tierra, hizo rumbo a la de Puerto Rico y desembarcó sus aguerridas tropas en las playas de Cangrejos en son de conquista.

Gobernaba este país el general don Ramón de Castro y prontamente puso la ciudad en estado de defensa. Se tocó la generala. Se distribuyó la guarnición. Se cortó el puerte de San Antonio. Se organizaron ganguiles, pontones y baterías flotantes en lanchas cañoneras y se levantaron patrullas en cuerpos volantes para recorrer y defender los campos circunvecinos de las incursiones y depredaciones del enemigo. Se publicó un *Bando* para que las mujeres, los niños y los viejos abandonaran la ciudad, quedando sólo los hombres útiles para tomar las armas.

No fué posible evitar el desembarco de las tropas inglesas, porque los navíos anclados en la ensenada de Cangrejos, barriendo la playa con metralla, protegían las chalupas y botes que desem-

barcaban las tropas enemigas cerca de la playa llamada la Torrecilla.

El general Abercromby situó su cuertel general en la *Casa del Obispo* cerca de la iglesia de San Mateo y empezó a avanzar hacia poniente. Al llegar al puerte de San Antonio le detuvo la cortina de fuego de este fortín, que fué destruído en 1896, y la metralla del Castillo de San Gerónimo. Entonces levántó trincheras en Miramar (en aquella época se llamaba El Rodeo y posteriormente El Olimpo) y en el Condado. No le fué posible pasar adelante, aunque tomó los Polvorines de Miraflores. Si recio y sostenido era el fuego de cañón y mortero del inglés, porfiada era la defensa de la plaza. El sitio empezó el 17 de abril y el 29 del mismo mes continuaba en iguales condiciones, peleando sitiados y sitiadores con empeño y denuedo.

II

El obispo Trespalacios, que regía esta diócesis ayudó a Castro hidalgamente con personal eclesiástico para todos los puestos de la guarnición hasta los de peligro y además dinero. La Cruz y la Espada marchaban de común acuerdo en la defensa de San Juan.

El 30 de abril se presentó a su ilustrísima el Provisor y le dijo:

—Señor Obispo ¿por qué no hacemos una rogativa para implorar el auxilio del cielo?

—Tiene usted mucha razón. Haremos una rogativa dedicada a Santa Catalina, santa del día, y patrona del primer castillo que se hizo en esta ciudad y que hoy es Casa de los Gobernadores, y también la dedicaremos a Santa Ursula y a las once mil vírgenes, de quienes soy devoto especial.

—Y ¿cómo se dispondrá la procesión?

—Pues toda la ciudad tomará parte en ella. El que no tenga vela de cera la llevará de esperma o sebo y los muy pobres llevarán antorchas de *tabonuco*. Yo la presidiré con el Cabildo eclesiástico y las autoridades. Saldremos de la Catedral y recorreremos todas las calles de la capital y al romper el alba regresaremos al templo para celebrar una misa cantada a toda orquesta.

Tal como lo dispuso el señor Obispo tuvo efecto la grandiosa rogativa con el aditamento de haber echado a vuelo todas las campanas de las iglesias.

## III

A las nueve de la noche los espias ingleses, que atalayaban, avisaron al cuartel de Abercromby, que se notaba gran movimiento dentro de la ciudad, que se oían grandes repiques de campanas y se vislumbraban grandes luminarias hacia el oeste.

—Estarán recibiendo refuerzo de los campos, dijo el general inglés; y añadió: Mis fragatas, que vigilan la entrada del puerto, no pueden acercarse por el fuego que les hacen las baterías del castillo de la entrada.

Y dió órdenes para que las trincheras de El Rodeo y del Condado avivaran lo más intensamente posible el fuego contra la ciudad. Y que hubiera acción de mosquetería sostenida contra las lanchas cañoneras.

A las doce de la noche volvieron los vigias a notificar al general Abercromby que las luces iban creciendo dentro de la ciudad y que ahora se dirigían al este. Abercromby reunió su estado mayor y le dijo:

—Llevamos cerca de un mes en la fagina de este sitio y no hemos adelantado una pulgada. Tenemos lo que tomamos el primer día y nada más. La plaza está muy bien defendida. Por otra

parte la disentería empieza a hacer estragos en nuestra tropa. El agua de que disponemos es muy mala. Hay que tener en cuenta, que los vecinos de los campos, fuertes y aguerridos, van viniendo a socorrer la Capital y no podemos evitarlo. Esta noche se prepara, indudablemente, una gran salida de los sitiados, al primer cuarto de la madrugada para atacar nuestra campamento. Creo, pues, llegado el momento de reembarcar la tropa.

Todos los oficiales de su estado mayor fueron de igual parecer. Se dió la orden de embarque. Se tocó la generala. Y a la mañana siguiente, primero de mayo, estaba completamente levantado el sitio.

## IV

En la Iglesia Catedral, después de la misa cantada, se entonó el *Tedeum laudamus* y luego predicó su Ilustrísima.

Un hermano de mi abuela, teniente de Milicias, que entró en la plaza el 22 de abril con una compañía de Milicianos de Arecibo, refería el espléndido triunfo de Santa Ursula y las once mil vírgenes. Mi abuela, que murió de 97 años, y recibió de labios de su hermano la histórica narración, me contaba que las onces mil vírgenes, gracias al obispo Trespalacios, que las había implorado a tiempo, salvaron la ciudad del saqueo de los ingleses. Que aquella memorable noche fué cuando más tronó el cañón enemigo, y que las balas se volvían de mitad de camino contra los sitiadores y no caían en la ciudad. Y que cuando la gran rogativa entraba en Catedral terminó de repente el cañoneo y desaparecieron los enemigos.

También así lo estuve yo creyendo mucho tiempo; pero después he sabido que Santa Ursula y las once mil vírgenes eran *bretonas* y he pensado, que de haber venido en aquella ocasión hubie-

ra sido en ayuda de sus *paisanos*, a pesar de lo que juraba y perjuraba el hermano de mi abuela.

De modo que, respetando la buena fe de nuestros mayores y su bella tradición, me inclino a creer que quienes obligaron a los ingleses a levantar el asedio fueron el gobernador don Ramón de Castro con su activa dirección y enérgico carácter y los ferreos puños de los Mascaró, Vizcarrondo, Andino, del Toro, Linares, Lara, Díaz y demás valientes que supieron defender el terruño de la invasión extranjera.

---

# La Campana del Ingenio

(1840)

I

La antigua hacienda de caña *Rancho Viejo,* cuyas mazas eran movidas por vigorosos bueyes, se había convertido en el potente ingenio *San Jorge,* con máquina de vapor y adquisición de mayores predios de terrenos para ensanchar el cultivo de la dulce gramínea.

Del viejo trapiche no quedaba en pie más que una torre circular, de fuertes muros, bien construída, que parecía recordar haber sido un *Molino de Viento,* utilizado con anterioridad tal vez a la bueyada para mover con auxilio de los alisios las mazas trituradoras, en un principio hechas de gruesos troncos de madera.

Don Jorge Smith, que transformó primeramente el trapiche melaero en molino hidráulico el año treinta, y luego en una buena hacienda de tren jamaiquino, con buenas libras esterlinas de que disponía, completó la dotación de cuarenta piezas de esclavos, y convirtió la vieja torre en atalaya de la finca y lugar destinado para fijar la campana que había de despertar a los siervos al romper el día, del sueño profundo que gozaban los infelices en los bien atrancados cuarteles.

Del alba a la hora de fagina, se permitía a la negrada abrir el portalón del cuartel de los hombres para que visitaran la barraca de las mujeres. Y a las tres grandes campanadas, que llegaban a los cuarteles desde la alta torre, salían los trabajadores bien de mañana, a sus respectivas faenas, bajo la custodia de los segundos mayordomos del ingenio, que ya habían recibido del mayoral la consigna de lo que tenían que hacer aquel día. La misma campana con su ronco tañido, suspendía la labor en los barbechos, que se estaban cultivando, así como la brega fatigosa en la fábrica y alambique, y la misma metálica voz reanudaba los trabajos.

Andando los tiempos la campana se rajó; pero, en seguida, se colgó otra en su lugar. Y, finalmente, el pito vocinglero de la máquina de vapor sustituyó ventajosamente al histórico instrumento, y la baratura y facilidad de adquirir un reloj suizo de bolsillo, uniformó la hora en todos los departamentos e hizo enmudecer por completo la vieja campana de la sombría torre. También se arrumbó el reloj grande de la antesala, de gran disco y gran caja vertical, ocultadora de cuerdas y pesas de la antigua maquinaria. En su lugar se puso un pequeño reloj de pared de metálica cinta circular enrollada, al cual se le daba cuerda semanalmente; y por él se regulaban todos los relojes de los empleados del ingenio.

Don Jorge, fundador de esta hacienda, vivió siempre en ella y no creó familia. Tenía una sobrina, doña Carlota que inmigró con él de Jamaica y que vino a ser su heredera. Refería la sobrina a su esposo Don Conrado Maldonado, el primer mayordomo del ingenio, con quien contrajo matrimonio al año siguiente de estar en el país, que la noche anterior a la muerte repentina de su tío

estuvo ella desvelada por el mucho calor que hacía, que dejó abierta media ventana de su aposento, en la parte que daba a la alta torre, y que para coger el sueño se puso a leer *Los Doce Pares de Francia*. Que embebida en la lectura tuvo que suspenderla porque oyó claramente que tañía quedo, muy quedo, la vieja campana del ingenio. Primero creyó que era el viento y la ofuscación de su mente; pero la segunda vez que percibió el doblar lento del metálico sonido, quedó convencida de que era la cascada voz de la vieja campana rajada.

Doña Carlota no comunicó a nadie más que a su esposo aquella fantástica impresión. Y hasta se olvidó del extraordinario fenómeno por el momento, ante el desagradable suceso de que al medio día murió de repente Don Jorge, de un ataque apoplético, al salir de la fábrica de la hacienda. Don Conrado, descreído, consideró cuestión de nervios el relato de su esposa; y no volvió a ocuparse de aquel asunto.

## II

Heredera Doña Carlota del ingenio *San Jorge*, pidió con empeño a su esposo ordenara que la puerta que daba entrada a la alta torre fuera tapiada completamente, lo que se efectuó para evitar que por la noche pudiera cualquier malhechor refugiarse en aquel abandonado sitio.

La buena señora tuvo de su consorte tres hijos y una hija; y durante largo tiempo gozaron felizmente de los buenos rendimientos del productivo ingenio. El esposo era un buen marido y un buen padre de familia; pero tanto bienestar terminó una noche, víspera de Año Nuevo, en que iban a cumplir sus veinticinco años de casados y a celebrar las bodas de plata.

Estaba Doña Carlota con sus criadas de confianza, preparando hojaldres y bizcochos, para el siguiente día; sus hijos estaban ya recogidos; el esposo en el pueblo, y la noche se le había ido pasando suavemente en la espera del retorno de su marido, sentada en el comedor mientras las sirvientas trabajaban los dulces. De pronto oyó claramente el tañido cascado de la vieja campana del ingenio. El abanico que tenía en las manos se le cayó al suelo. Las criadas le manifestaron que no habían oído nada.

Doña Carlota dejó el comedor y pasó a su aposento, donde se puso a rezar. Nerviosa y preocupada abrió maquinalmente la ventana que daba hacia la torre. En mitad de sus oraciones se le desprendió el rosario de las manos, porque el ronco tañido del roto metal, doblando quedo llegaba claramente a sus oídos. Cerró medrosa la ventana y acostose vestida, sin decir nada a sus familiares.

A las tres de la tarde del siguiente día trajeron a Don Conrado en unas angarillas a la casa vivienda del ingenio. Un rebelde esclavo, que había sido castigado con ensañamiento por el capataz, juró vengarse en aquel amo débil y consentidor de semejantes torturas; y lo acechó cuando entraba en el jardín a recoger unas flores para obsequiar a su hija, y detrás de unos rosales lo atacó y macheteó cruelmente.

## III

Iba a celebrarse en el ingenio *San Jorge* el enlace matrimonial de la hija de Don Conrado, la bella Estafanía, linda joven de diez y seis primaveras, con el médico titular del pueblo Don Agapito Fernández de los Ríos. Era Estefanía una criolla de ojos negros, grandes y expresivos, luengas pes-

tañas y finas cejas bien arquedas, trenzas gruesas color de caoba, y frente y nariz de perfiles griegos. Bajo el tinte trigueño de su piel circulaba una sangre cálida y vivaz, pues daba grande atractivo a aquella adorable criatura. Un cuerpo airoso, con curvas firmes y bien trazadas completaban las gracias de la doncella.

Se prepararon unas bodas fastuosas. El novio quería echar la casa por la ventana. Doña Carlota deseaba que el casamiento de su hija única fuera rumboso. Todo lo principal del pueblo estaba convidado. Como grato recuerdo de aquel feliz enlace, se bautizarían algunos negritos, de los cuales serían padrinos los principales jóvenes de las más encopetadas familias. También serían manumitidos, como gracia especial, la mulata que fué nodriza de Estefanía cuando enfermó la señora madre, y el negro viejo que acompañaba a la niña todos los días a la escuelita del barrio.

Aquella fiesta nupcial sería extraordinaria; duraría dos días y el tercero por la mañana pasaría la feliz pareja con su acompañamiento en coches y a caballo, al pueblo, a realizar el casamiento con arreglo al ritual de la iglesia católica; y con el frescor del día seguirían viaje para la Capital, a fin de tomar el vapor intercolonial de San Thomas, donde trasbordarían al trasatlántico de la línea francesa que les llevaría a St. Nazaire, para pasar en Europa una buena temporada.

El primer día del festival se pasó alegremente con los bautizos por la mañana y baile por la tarde, que duró hasta la media noche. Todos se retiraron alegres y contentos. Doña Carlota, fatigada del trajín del día, sentóse en un columpio, abrió las ventanas de su cuarto y se puso a contemplar la salida de la luna. Aquel globo de luz, que ascendía lentamente por Oriente, le trajo dul-

ces añoranzas a la memoria. Un airecillo fresco venía de los cañaverales. A la una de la noche, al levantarse para cerrar la puerta de su aposento y acostarse se detuvo repentinamente como si súbita parálisis embargara todos sus miembros. Le pereció haber oído el ronco tañido de la resquebrajada campana vieja. Se agarró de la hoja de la puerta para no caer al suelo, del terrible sacudimiento nervioso que había experimentado, al sentir en sus oídos aquella campana queda, de sordo doblar metálico que despertaba en su alma con apocalíptica voz, tristes e imperecederos recuerdos. Trabajosamente llegó al columpio y se puso a rezar. Al poco rato volvió a oir de nuevo el tañido ronco del quebrantado bronce. Arrodillóse la infeliz dama y levantando los ojos lacrimosos al cielo exclamó:

—Oh, Dios mío, qué desgracia será la que nos espera! Qué sea yo la víctima, Señor!....

Y se desmayó.

## IV

El día amaneció esplendente; límpida la atmósfera, sin celajes el horizonte y el sol diamantino. Los hombres organizaron una cacería de palomas torcaces al inmediato bosque de palmeras. Terminó el desayuno con alegres chistes y empréndióse la marcha.

Idos los caballeros, las jóvenes se pusieron a tocar al piano, acompañado de guitarra y bandolín; y por largo rato cantaron una guaracha. Una de ellas entonó una dulce melopea. Luego quedaron fastidiadas de estas diversiones, pues les faltaba el elemento varonil que con sus galanteos las animaran a repetir el canto. Entonces la hija de Doña Carlota propuso una excursión a bañarse al río, que estaba muy cerca de la casa. Allí pa-

sarían un buen rato a las sombras de las bambúas y entre las frescas aguas del baño. Todas las muchachas aplaudieron estrepitosamente para aprobar aquel improvisado plan. Las sirvientas de confianza las acompañarían y la pléyade de hermosas doncellas se marchó al río.

Antes de bañarse se pusieron las jóvenes a danzar, cogidas de las manos, y cantando y danzando se fueron entrando en las cristalinas aguas, El río tenía un descanso de menor a mayor. Las muchachas al sentir el frescor delicioso del agua se dejaron llevar de la seductora pendiente y de la grata impresión del líquido elemento; e insensiblemente cogidas de las manos se deslizaron hacia el cantil. La primera que le faltó pie y sintió el agua al cuello, gritó con fuerza y atrajó hacia ella sus dos compañeras inmediatas. Las demás jóvenes creyeron que zambullían aquellas amigas por gracejo y alegría. Y el triste final fué, que cuando se quiso no se pudo romper la fatídica cadena, y se ahogaron cuatro jóvenes, entre ellas la bellísima Estefanía. Cuando las criadas, buenas nadadoras, trataron de intervenir y socorrer a las infelices criaturas, fué imposible y hasta una de ellas se ahogó por pretender salvar a la prometida esposa de Don Agapito Fernández de los Ríos.

La fatal noticia llevada a Doña Carlota, fué como si la hubiera herido una chispa eléctrica. Cayó al suelo y estuvo privada de conocimiento dos horas. Al volver en sí, gritó con desesperación y rabia:

—Maldita sea esa vieja campana del ingenio!

## V

Refieren los hijos de Doña Carlota, que la víspera de su muerte, la virtuosa dama oyó conmo-

vida, a la media noche, el lúgubre tocar de aquel resquebrajado bronce, que tan doloroso recuerdos le traía.

A la mañana siguiente reunió a sus hijos presintiendo la muerte, les refirió tranquila en solemne recogimiento lo que a todos había ocultado y se despidió de ellos con maternal cariño. A la tarde era cadáver. Los hijos mandaron derribar la puerta de la siniestra torre de *Rancho Viejo* y lanzaron iracundos la vieja campana rota al cantil, donde había perecido la infeliz Estefanía y sus tres amigas.

## VI

¿Eran alucinaciones de Doña Carlota aquellos siniestros tañidos, anunciando muerte? ¿Eran funestas coincidencias? ¿Tratábase de superticiosos influjos? ¿Quién hacía vibrar la vieja campana del ingenio *San Jorge* a deshoras de la noche? ¿Qué manos invisibles sacudían el quebrantado metal, haciéndole tañer quedamente para anunciar una desgracia inmediata? ¿Eran acaso fenómenos premonitores de la vida de ultratumba?....

¡Cuántos secretos quedan aún por arrancarle a la naturaleza! Indudablemente que en torno nuestro se realizan fenómenos interesantísimos bajo la acción de potencias invisibles que desconocemos! El calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, y el mismo vapor de agua, son fuerzas ignoradas en su esencia que no percibe nuestra retina más que por sus efectos! ¡El misterio y el terror nos envuelven!....

# La sortija de rubí

## (1859)

### I

—Imposible, imposible, imposible! gritó con voz áspera mister Morse a su benévola esposa, dando, rudo e inflexible un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—Oye, Jorge, contestóle ella, con acento dulce y suplicante, es conveniente que seas razonable. No vayamos, añadió plañidera, a sacrificar a nuestro querido hijo a esos vuestros odios añejos, engendrados en vuestra competencia comercial.

—Mira, mujer, replicó mister Morse con acento hiriente de burgués contrariado, no me enciendas en ira! Mi sangre no se ligará jamás con la sangre de esos malditos Smith! Entre ellos y nostros existe una barrera infranqueable. El odio en nuestras familias es irreconciliable y pasará de generación en generación. Está dicho! Déjame en paz!

### II

Charles Morse se había educado en Londres y era todo un gentleman. Tenía un tipo lord bayroniano: perfil griego, frente alta, soberbia, nariz

correcta, ojos sombríos, rasgados, boca fina y color sonrosado mate, de delicada tonalidad. Emanaba de él un halo de hidalguía medio-eval. Le gustaba con delirio la equitación y la cacería. Y en una cabalgata, promovida por unos amigos de la casa, en una hermosa tarde de mayo, conoció a Nany Smith.

Montaba la gentil doncella un caballo muy brioso, que no gustaba se le pasaran los otros corceles, por lo que caminaba a vanguardia. Charles se adelantó y puso su caballo al sobre paso, al par del caballo de Nany, y la saludó cortésmente. No la conocía, ni había habido oportunidad de ser presentado a ella. Siguieron juntos por entre las avenidas de los flamboyanes florecidos. La tarde era de risas en las trémulas ramas de los árboles y el sol doraba los cocales. La hora era deliciosa.

En las primeras frases que le dirigió el joven Morse, comprendió al oir la cristalina voz y el especial acento arrullador de Nany, que era hija de ingleses como él; y entonces se trabó el diálogo entre ellos en el idioma de Shakespeare, con vivo interés por entrambas partes.

Al llegar Charles a su casa llevaba la imagen de la esbelta amazona prendida del corazón, acariciándolo con la profunda voluptuosidad de su mirada encantadora. Se lo contó a su madre, y ésta, buenaza como toda madre, no se atrevió a revelarle el odio mortal que existía entre los Smith y los Morse por cuestión de asuntos mercantiles.

## III

Aquellos amores brotaron súbitamente como la llamarada de un voraz incendio. Nany tenía diez y ocho primaveras; era bien formada; lucía cabellera áurea, ojos azul claro, cutis fino rosáceo, sal-

picadas las mejillas de puntos de rubíes, mirar melancólico, dulce, afable, la barbilla con un hoyuelo y un lunarcillo tentadores. Llevaba en sus venas sangre sajona y latina revueltas. Su temperamento latino la hacía rebelde, imperiosa, colérica a veces, templada su ira por su gracia juvenil. La tarde de la cabalgata estaba radiante de belleza. Amó a Charles con frenesí desde el primer momento que le trató; y sus padres no pudieron arrancarle ese sentimiento pasional. El instinto de tener sangre de una misma raza los atraía.

En una de las cortas entrevistas de los dos apasionados amantes, Charles llevó a Nany dos sortijas para que escogiera cuál de las dos quería como palabra de casamiento.

—Quiero la de rubí, dijo Nany. El rubí es sangre cristalizada; y solamente arrancándome toda la que llevo en mis venas podré dejar de quererte, amor mío!

—Pues yo llevaré en mi mano derecha la de záfiro, cuyo azul me recordará siempre que tú eres mi cielo y que únicamente Dios me podrá disputar tu amor, querida Nany!

## IV

Enterados los Morse y los Smith de las relaciones de sus hijos, pusieron todos los medios posibles para evitar que los jóvenes amantes se vieran y se trataran. Los disgustos y sinsabores en los dos hogares eran diarios. Llegó a tal extremo la tirante situación que el padre no le hablaba al hijo ni éste a su progenitor.

A Nany no la dejaban salir, sujeta a carcelario aislamiento, y casi siempre se la pasaba en su cuarto dialogando con su vieja aya.

Primera vez que marchaban de acuerdo sin

tratarse, las dos familias adversas. En oponerse a estas amorosas relaciones, con crueldad violenta, eran de igual parecer.

V

Un domingo, bien de mañana, dijo Nany a su aya:

—Sácame del ropero mi traje negro de seda, que quiero ir a misa. El sol acaricia hoy las flores de mis macetas; es tan bello el día que quiero rogar a Dios proteja mis desgraciados amores.

El aya obedeció sonriente.

—Dame acá mi joyero. Quiero lucir hoy mi sortija de rubí. Es la palabra de casamiento de mi querido Charles.

El aya entregó la cajita de prendas a Nany y ésta, nerviosa, no podía abrirla; la llavecilla no podía girar; el resorte no obedecía. Fué preciso un esfuerzo violento de la apasionada doncella para abrir el cofrecillo, todas las prendas se vertieron en su falda. Al coger su sortija favorita, lanzó un grito de alegría y ferviente amor; pero, al contemplarla, de súbito se quedó estupefacta al ver que el rubí se había puesto negro. Besó la sortija con religiosidad y llena de duelo y de congoja se puso a sollozar. La pobre aya no podía consolarla y tuvo que avisar a la familia, que acudía en tumulto, y se puso toda en febril movimiento.

La infeliz doncella tan pronto lloraba desesperadamente bajo la sacudida emocional producida por aquella misteriosa transformación de la preciosa piedra, como cantaba alegremente, influenciada por terrible nervosismo. Estada loca.

VI

La misma mañana en que Nany trató de ves-

tir su traje negro de seda para ir a misa, Charles desesperado con la angustia de no poder ver a su amada, le envió con una sirvienta de confianza la sortija de záfiro, la de la piedra celeste de sus ensueños; y junto a un rosal del jardín de su casa, trastornado con la tensión nerviosa que sufría hacía tiempo, y aniquilado por tanta contrariedad en sus amores, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo, víctima de un padre egoista que lo sacrificaba a sus odios de hostil mercader. Arrepentido el viejo Morse y hondamente impresionado con la muerte violenta de su hijo, no volvió a desplegar sus labios para emitir una frase y murió al poco tiempo de melancolía.

La infeliz Nany jamás pudo recuperar la razón; y la desconsolada madre, con las siete puñaladas de la Dolorosa, conserva aun religiosamente las dos históricas prendas; pero la sortija de rubí no ha recuperado su pristina belleza; el color rojo vivo de sangre arterial, que ostentaba brillantemente, le sustituyó el negruzco de sangre venosa coagulada. Enigmas de la Esfinge!....

El Amor tiene sus víctimas como tiene sus hijos predilectos. Pero ¡ay de los que empañan el cristal de sus conciencias con la desesperación y caen en el vértigo de la nostalgia del deseo! En la amarga jornada, en que peligra la felicidad, hay que saber esperar y confiar! Es preciso ser fuerte y domeñar las cábalas que el Destino forja contra nuestra dicha; y si nos hiere la piedra de la Desgracia, que sea la que viene de muy arriba y no podemos evitar. Jamás volvamos nuestra lanza contra nosotros mismos!....

---

# La palma del martirio

## (1850)

### I

En el batallón de Milicias Disciplinadas de Arecibo, había un corneta, apuesto joven, varonil, de tipo donjuanesco, que cuando las escuadras de soldados recorrían las calles de la Villa, a tambor batiente, las muchachas retrecheras se apiñaban en la plaza de la Caballería, hoy de Muñoz Rivera, a comerse con los ojos a Daniel Gómez, que atronaba los aires con las vibraciones sonoras de su corneta y correspondía a las doncellas, que lo atisbaban con ardientes miradas de amor.

Poco a poco fué Daniel fijando sus quereres, y después de rodar, frívolo, de rubias a trigueñas y de trigueñas a rubias, alabándose de sus fáciles triunfos, se tropezó con la horma de su zapato, una criolla, toda almíbar, linda y fresca, que no dejaba a nadie que la tocara ni con la punta de los dedos.

Era la gentil María Teresa, una bonita muchacha, flexible y ágil, la flor del barrio, que bailaba más que un trompo, cantaba como una calandria, y cosiendo, cocinando o lavando estaba siempre con la copla al aire, alegre y feliz, dando expansión a su fantasía.

Tan pronto llegaba Daniel a la choza, no hay

que decir que dejaba María Teresa sus quehaceres, y acompañada a la guitarra por el diestro miliciano, empezaban las endechas y canciones.

II

Daniel Gómez tenía los sesos sorbidos por aquella gentil moza; pero eso sí, decía ella, vengan flores todo lo que quieras y cómeme con los ojos, pero no me toques. Estas eran las frases sacramentales de la virtuosa doncella. Rara avis. Pues cuando el amor sopla recio, antes de llegar a vientos huracanados, ya se doblan las palmeras y se rompen las encinas y se viene abajo el bosque.

El corneta, que era todo un conquistador de callejones y zaguanes, no entraba por uvas verdes, las quería todas maduritas y cosechadas por su mano. Pero María Teresa era una muchacha pudorosa y altiva y al verse contrariada se ponía áspera y soberbia. La diplomacia de Daniel se agotó y se dispuso a valerse astutamente de una celada para rendir aquella plaza infranqueable.

Entonces no había alumbrado público en la Villa, ni los barrios extremos de la población habían tomado tanto incremento. La calle donde vivía María Teresa, si puede llamarse calle a un trozo de arenisca brava, iba a terminar al mar, pero antes de descender del médano había a mano izquierda una palma de cocos y junto a ella plantas silvetres. El mar del Norte se distinguía desde aquel sitio, como a corta distancia azul verdoso, encrespado, en su eterna lucha con los arrecifes; a menudo borrascoso y roncador; y las olas, enroscadas en ondulaciones sucesivas, dibujaban siempre una cinta de espumas blanquizcas en las rompientes.

A este solitario sitio, llevó Daniel después de

un largo paseo vespertino, a su idolatrada joven, cuando morían ya los últimos rayos solares en un rincón del horizonte. Se sentaron junto a la palmera y la noche les sorprendió en sus requiebros amorosos.

—Creí que nunca vendrías aquí conmigo......

—¿Y por qué no?

—¡Como eres tan arisca!

—¡Ariscas son las bestias, Daniel!

—Digo, tan fría, que no dejas que te cojan ni las manos!

—Porque vosotros los hombres sois unos abusadores con las mujeres débiles.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi madre, que murió hace tiempo y está en los cielos! Ella me encargó que no me dejara tocar de ningún hombre. Y ya ves que bien lo cumplo!

—Demasiado lo veo. Pero eso de tu madre no rezaba conmigo, que te quiero tanto!

—Ella me dijo "todos los hombres"; y tú entras en la colada.

—Pero se le olvidó decirte que no acudieras a citas.

Y diciendo y actuando, echó Daniel su robusto brazo a la cintura de María Teresa y la atrajo hacia él convulsivamente, con la impaciencia de no haber podido dominarla con su amorosa plática.

—¡Suéltame, o grito! exclamó la virtuosa doncella, con un gesto viril de reproche.

—Estamos en la playa y nadie te oirá, replicó Daniel, con voz sorda. ¡Ahora serás mía!......

María Teresa era pequeña y delgada, pero nerviosa y fuerte, levantó las manos y abofeteó a Daniel, con ira y desprecio. La muchacha se volvió una serpiente y se defendía, valerosa, del brutal ataque de su enloquecido amante. En una de

sus represalias le escupió colérica la cara. Daniel, ante tal ultraje, perdió por completo la paciencia enrojeció su rostro, penetraron las tinieblas en su alma, y el corcel de su ira se desbocó de repente. Soltó la muchacha, se retiró unos pasos; sacó la bayoneta y la hundió en el pecho de la infeliz doncella, que rodó por tierra.

—Infame, canalla, asesino!......

—¡Calla, calla, calla!......

Y ciego, perturbado, frenético, siguió apuñalando a la pobre criatura indefensa, hasta que lanzó el último suspiro. Una tristeza infinita cubrió aquel cuadro, donde el ángel de la inocencia lloraba el pie del cuerpo de María Teresa. La infeliz doncella estaba allí muerta, pero había conservado la virginidad de su amor, pues el descorazonado amante no profanó su cadáver.

III

Daniel Gómez, con los ojos inyectados en sangre, se fué al cuartel y se presentó a su capitán, diciéndole que había matado a su novia a bayonetazos.

—Animal, ¿qué has hecho? gritóle el capitán.

—No lo se! Ciego de ira, he matado al ser que más quería en el mundo. Me escupió en el rostro y sentí que una oleada de sangre me ahogaba, y me perdí!......

—¡Quedas arrestado! gritó el capitán emocionado.

Y Daniel ingresó en la cárcel aquella misma noche.

IV

Formóse la causa por lo militar. El fiscal pidió que el corneta fuese fusilado, pues ese día estaba de servicio y había abandonado el puesto por atender a sus amoríos y cometer un asesinato con

alevosía y ensañamiento. El juez accedió a la petición del fiscal y la Real Audiencia, a la que se le dió traslado de la causa, confirmó la sentencia. Quedaba por fin Daniel Gómez y Maldonado condenado a ser pasado por las armas, y el Comante Militar y Corregidor de la Villa, coronel Llobregat, encargado de hacer cumplir la sentencia......

## V

Había en Arecibo, para esa época, un comerciante llamado don José María Caso: hombre progresista, que consideraba incultura y salvajismo aquella sentencia, en la que no se habían tenido en cuenta las atenuantes. Era enemigo de la pena de muerte, y al cerciorarse de que el Tribunal Supremo había confirmado el fallo del Inferior, tomó un caballo y partió a escape para la Capital, a luchar para obtener el perdón del infeliz miliciano. Tenía que correr, por malos caminos de herradura, más de quince leguas, pasar varios ríos por difíciles vados, atravesar la bahía en bote desde "Palo Seco"; y después escalar la Fortaleza, aplacar al Gobernador, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia, para obtener gracia a favor de un sentenciado a la última pena. Luego, desandar lo andado, a buen galope, para llegar a tiempo de detener la ejecución del reo.

En los corrillos de la Villa todos auguraban a Caso haberse metido en inútiles bregas, para caer en un ridículo; y al día siguiente de su partida, nadie se acordaba ya del intrépido y tenaz luchador.

## VI

Amaneció el día fatal. Las campanas doblaban a muerto. Los hermanos del Santo Cristo de la Caridad imploraban de casa en casa oraciones

y limosnas para el reo que iba a ser ajusticiado. A las diez de la mañana, salió el infeliz Daniel de la Capilla, con las manos atadas a la espalda, rodeado de su fúnebre cortejo militar, y acompañado del Vicario, Padre Domínguez, que le confortaba con los auxilios espirituales. Las campanas continuaban doblando. El tambor batía la marcha del piquete de Milicianos, que había de fusilar al desgraciado matador. La comitiva tomó por la calle de la Cruz en dirección al *Fuerte*, detras del cual se llevaría a efecto la fatal sentencia. Todos caminaban lentamente en demanda del siniestro lugar; todos tristes!

Al desembocar la calle, apareció por la parte opuesta un jinete, que venía a escape, agitando en el aire un papel y gritando desaforadamente:

—¡Indulto, indulto, indulto!......

El reo se desmayó en brazos del sacerdote......

## VII

Al frondoso cocotero, a cuya sombra una trágica noche Daniel Gómez mató a María Teresa, la gente del barrio lo nominó *La Palma del Martirio*. Al poco tiempo de tan triste suceso sus pencas empezaron a secarse; no echó retoños nuevos; se cayeron los ramajes; y una noche de ventarrón borrascoso fué arrancada de cuajo, llevada al mar y arrastrada por las impetuosas olas.

Han pasado los tiempo; han venido nuevas gentes; el callejón donde vivía María Teresa, es hoy calle que va a terminar a la Plaza Principal de la ciudad; calle sin tablilla; pero los antiguos siguen llamándola de *La Palma del Martirio*, aunque nadie se acuerda ya del terrible drama, que dió fin a los amores del gallardo corneta de Milicianos y la gentil criolla Arecibeña.



# -:- INDICE -:-

## BIBLIOTECA
## PUERTO RICO ILUSTRADO

AÑO II VOL. IV

---

La Empresa Editora de la revista semanal, ''Puerto Rico Ilustrado'', con el fin de divulgar la literatura regional, obsequia a sus suscritores con tres obras escogidas de autores portorriqueños.

Todo suscritor a la revista por un año, mediante pago anticipado de $5.50, tiene derecho a la adquisición de estos libros que se publican anualmente.


EDITORIAL